
marc ferro
10 9 8 7 6 5 4 3 2 1
diez lecciones
sobre la historia
del siglo xx

historia

traducción de
RICARDO VINÓS

DIEZ LECCIONES SOBRE LA HISTORIA DEL SIGLO XX

por

MARC FERRO





siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores argentina, s.a.
LAVALLE 1634, 11 A, C1048AAN, BUENOS AIRES, ARGENTINA

portada de patricia reyes baca

primera edición en español, 2003

isbn 968-23-2448-3

primera edición en francés, 1996

título original: *dix leçons sur l'historie du xxe siècle*

impreso y hecho en méxico

1. 1917: ¿POR QUÉ FEBRERO? ¿POR QUÉ OCTUBRE?

Oponer febrero y octubre es un lugar común. De hecho, el carácter espontáneo del movimiento revolucionario se manifestó con la caída del zarismo en el mes de febrero, mientras que ocho meses después, fue la acción de las organizaciones políticas la que desempeñó un papel determinante.

No obstante, un análisis más preciso nos revela que el contraste no es tan sorprendente como podría parecer. En febrero, los partidos políticos y las organizaciones ilegales sin duda ejercieron un papel secundario, pero sus enseñanzas dieron frutos: "Actuábamos como en un sueño", escribió Kerenski, "y cada uno de nosotros conocía de memoria su papel". Igual que en 1905, los revolucionarios instituyeron un soviet y establecieron un régimen conforme a los ideales de buena parte de los militantes.

Es difícil imaginar cómo habrían transcurrido los sucesos de octubre si Lenin y sus amigos no hubieran forzado, a su manera, a los bolcheviques a actuar. Empero, recordemos que previamente las masas se habían puesto en movimiento: ejercían una parte del poder y ya no reconocían la legitimidad del estado.

¿Qué definición podría darse a los acontecimientos de octubre: un golpe de estado, una insurrección? ¿Se contentaron los bolcheviques con "tomar el poder al vuelo" o más bien apoyaron un movimiento más vasto?

En realidad, no sólo se trata de averiguar cómo los bolcheviques tomaron el poder, sino también de preguntarse cómo fue que una segunda revolución pudo seguir a la primera y enseguida consolidarse.

LAS ASPIRACIONES DE LA SOCIEDAD

Después de los acontecimientos de febrero, el mundo se quedó sorprendido por el éxito de una revolución lograda en "cinco días". Los pueblos de Rusia entonces dieron a conocer, con toda libertad, sus aspiraciones a un mundo mejor. Éste fue un movimiento espontáneo,

si los hay, y único en la historia: también es cierto que los deseos de la nación francesa se expresaron en 1789, pero eso sucedía aún dentro del marco del Antiguo Régimen antes de que la situación explotara y se lograra la revolución. En Rusia, al contrario, los súbditos del zar dieron a conocer sus aspiraciones desde que se enteraron de la caída de Nicolás II y de su remplazo por un gobierno provisional (encabezado por el príncipe L'vov, Miljukov y otros miembros del partido constitucional-democrático "burgués") bajo el control de un soviet de diputados presidido por los mencheviques. Kerenski figuraba en los dos órganos. En ese momento, los partidos políticos, desmantelados por el zarismo, eran incapaces de dar órdenes o de actuar como intercesores.

Al expresar su reconocimiento a los hombres de febrero, manifestándoles su confianza, los habitantes del Imperio dejaron hablar a sus corazones. "Ah, si conociera nuestra existencia", escribió uno de ellos a Kerenski, "comprendería que no vale la pena ser vivida". En menos de quince días, catorce mil cartas y telegramas semejantes a esa misiva llegaron al soviet de Petersburgo. El soviet de Moscú también recibió miles de ellas, así como la duma y el mismo Kerenski, a quien fueron dedicados numerosos poemas, uno de ellos consistente en una oda de cinco estrofas.[1]

Lo más conmovedor eran las demandas de los trabajadores. Con modestia pedían algo más que un salario de miseria: cuarenta horas de trabajo por semana, mejores condiciones de trabajo en las fábricas y seguridad en el empleo. Deseaban que existieran comités para ejercer control sobre la gestión de las empresas; de esta manera, los obreros podrían verificar si sus patrones eran o no capaces de satisfacer sus reivindicaciones. Por tanto, en dicho momento, no se trataba ni de socialismo ni de gestión obrera. En el plano político, los obreros reclamaban la institución de una república democrática y una asamblea constituyente. Ésta tendría como función instalar las reformas estructurales a las cuales aspiraba la nación, sin que se volvieran a cuestionar sus principios. En otras palabras, se daba por entendido que la existencia de los soviets garantizaba las conquistas hechas en febrero, es decir, las libertades "burguesas", donde los soviets (consejos) representaban a las clases o grupos sociales (obreros, soldados, campesinos). El comité de fábrica representaba a la empresa: y más

[1] Retomamos aquí algunas de las conclusiones de nuestro libro, *La Révolution de 1917*, París, Aubier-Montaigne, 1967, p. 606.

tarde el soviet de los comités de fábricas representaba al conjunto; los sindicatos representaban a los gremios. Así se aseguraba el paso de Rusia a un estadio revolucionario más avanzado en aquella era del socialismo. Dicha perspectiva fue abiertamente proclamada por los partidos políticos, aunque menos compartida por los trabajadores.

Sin duda, se deben señalar algunas diferencias: los obreros de las grandes fábricas, recién llegados del campo, tenían una actitud más radical, desconfiada o agresiva hacia las nuevas autoridades. Por otra parte, más seguros de su pan cotidiano, los artesanos, los obreros de las imprentas y los ferroviarios se declaraban plenamente solidarios con un régimen que les aseguraba la libertad. De ahí en adelante, se creyeron iguales a los demás ciudadanos de hecho y de derecho, vivieron en comunión con el nuevo régimen y se sintieron animados por un intenso fervor patriótico. Se entiende la actitud favorable de los ferroviarios hacia el nuevo régimen, por el hecho de que ellos habían salvado a la revolución parando los convoyes con las tropas del general Ivanov, a quien Nicolás II había encargado de la represión. Volvieron a salvarla cuando actuaron de la misma manera con las tropas de Kornilov. Por esto, se consideraban un poco como los protectores de la revolución de febrero y militaban más en las filas de los mencheviques que en las de los bolcheviques.

Más lentos en dar a conocer sus aspiraciones que los obreros, aunque más vengativos, los campesinos deseaban que se tomaran medidas contra sus antiguos opresores. Sus hijos o sus hermanos habían sido movilizados a menudo a las trincheras y se consideraban a sí mismos más marcados por la guerra que los obreros de la ciudad, que habían desarrollado ahí mismo sus tareas, y expresaban de manera bastante brutal sus deseos de una paz rápida. Los mujiks hicieron recordar que querían hacerse propietarios si aún no lo eran, con la voluntad de demarcar sus terrenos imitando a los lotes más favorecidos y esperaban el enriquecimiento de propiedades no cultivadas o subvaloradas. Alimentaban un resentimiento sumamente vivo contra los que poseían más tierras de las que podían cultivar. Los campesinos pobres exigían una distribución gratuita, ya fuera de tierras baldías o de una parte de las grandes propiedades. No eran nada hostiles a la idea de la propiedad privada ni a la de ganarse un salario, ni a la de hacer trabajo de granja: ante todo, esperaban recibir algo inmediatamente. Los kulaks, los campesinos enriquecidos, anhelaban los antiguos dominios de la corona; estaban preocupados por su futuro y temían iniciativas locales. Además, querían que las grandes decisiones

fuesen tomadas por una asamblea constituyente; presentían que, si se mantenían solidarios con otros terratenientes o propietarios, sus intereses estarían mejor defendidos.

Las aspiraciones que los soldados y los marinos dieron a conocer también eran moderadas. Aunque fueran de origen obrero o campesino, el uniforme y la vida en común los había unido al presentar, en primer lugar, sus reivindicaciones como combatientes. Querían que sus familias recibieran subsidios familiares durante el transcurso de la guerra y que se otorgara una pensión a los heridos e inválidos. Ante todo, exigían el abandono inmediato de las antiguas medidas disciplinarias usuales en las fuerzas armadas; hacía falta establecer relaciones basadas en el respeto de la persona humana entre oficiales y soldados. Así, aunque todos deseaban ardientemente la paz, como muchos combatientes de todos los países, dichos veteranos no preveían regresar pronto a sus hogares. Sería excesivo creer, como se ha repetido a menudo, que los soldados y los marinos derribaron al régimen zarista para poner fin a la guerra. Es cierto que para muchos un cambio de régimen podía implicar un cambio de política; sin embargo, para la mayoría, significaba sobre todo que, de ahí en adelante, cada combatiente se sintiera investido con una nueva responsabilidad: demostrarían a sus jefes que éstos no tenían el monopolio del patriotismo. Se daba a entender que las nuevas autoridades sabrían encontrar las vías para lograr una paz equitativa, mediante un acuerdo con los aliados. Posteriormente, la actitud de los soldados cambió. Se opusieron a la idea misma de la continuación de la guerra, porque presentían que los obreros esperaban de esa manera restaurar la antigua disciplina.

Los de otra raza (ucranianos, judíos, etc.) estaban a la expectativa de que el nuevo régimen reconociese su calidad de ciudadanos, su pertenencia a una patria. La existencia de su personalidad solamente podía traducirse en el otorgamiento de derechos colectivos culturales y políticos. La mayoría de los polacos y letones, así como una gran parte de lituanos y finlandeses, esperaban alcanzar la secesión. En dicho momento, unos y otros esperaban que el nuevo régimen los dejara formar contingentes armados autónomos capaces de volver a conquistar sus territorios, que a la fecha estaban en gran parte ocupados por los alemanes. Para los tártaros y otros musulmanes, la lucha contra Turquía no era causa muy popular y deseaban ardientemente la paz.

BLOQUEO POLÍTICO, DINAMISMO SOCIAL, PARÁLISIS ECONÓMICA

Cuanto más se hubiera beneficiado alguien de las ventajas del zarismo, más rápidamente se alineaba con el nuevo régimen. Generales, popes y grandes duques fueron el ejemplo. Los siguieron los funcionarios. Así pues, cada ciudadano consideraba dicha revolución como propia, o al menos como obra de todos. No solamente se sentían frustrados con "su" revolución los soldados, los campesinos o los obreros, sino también los oficiales y los "burgueses".

Instalados en el gobierno tal como deseaban, aunque no en las condiciones que habían esperado, los burgueses no habían podido salvar al zarismo. Dueños del poder, querían, por lo menos, fortalecerlo y realizar sus propios planes para el futuro. Creían (como lo aseguraban la mayor parte de los líderes revolucionarios) que, habiendo tomado el poder, lo conservarían mucho tiempo. ¿Acaso no enseñaba la historia que a fin de cuentas, y a pesar de las dificultades pasajeras, la fuerza permanecía con los "burgueses conquistadores"? Querían ganar la guerra y anexar los estrechos, acaparar y racionalizar la producción, volverse independientes de las oficinas y, luego, aflojar las garras del capital extranjero. Apoyados en sus principios democráticos, declaraban que dejarían la tarea de realizar las reformas estructurales a una asamblea constituyente, pero, en realidad, como nos demuestra el testimonio de Gutchkov, el ministro de Guerra, nunca pensaron en convocarla. Argumentaban que el estado de guerra volvía imposible cualquier consulta electoral. También querían proseguir las hostilidades hasta llegar a un final victorioso, lo que también podría significar el final de la revolución.

Así, las aspiraciones de los trabajadores chocaron con la intransigencia de los propietarios, una situación poco propicia para la colaboración entre las clases. Está claro que los que apoyaban la conciliación, representantes de burgueses y obreros, campesinos pobres y *pomesciki*, iban en contra del sentimiento profundo de los grupos que supuestamente representaban.

Fueron los "conciliadores", tanto en el soviet como en el gobierno, quienes tomaron el poder y lo conservaron, y aun llegaron a colaborar en el seno del mismo gabinete, de la misma coalición.[2] Preocupados

[2] Sólo Gutchkov, Manuilov y Miljukov dejaron el gobierno en la crisis de abril, suscitada en parte por las manifestaciones anarcobolcheviques, en favor de una paz sin anexiones ni contribuciones.

por resguardar el futuro del nuevo régimen, los triunfadores de febrero determinaron que su unión era lo único que podía garantizarlo frente a los partidarios de soluciones intransigentes. Atrapados en el fuego cruzado de los que abogaban por un régimen autoritario (o militar) y los que soñaban con instalar una sociedad sin clases, el "doble poder" practicó una política de báscula y tomó refugio en la inmovilidad, argumentando, según le convenía, incompetencia o ilegitimidad ante las elecciones. Así, el gobierno y los dirigentes mencheviques y socialistas revolucionarios de los soviets no se atrevieron a actuar, no supieron imponer la paz social en las ciudades, ni pudieron proceder al inicio de una reforma agraria, ni a arreglar el problema de las nacionalidades. Sobre todo, no supieron ganar la guerra ni ponerle fin.

*

Si los dirigentes de la nueva Rusia hubieran logrado concretar algunas de las esperanzas de la nación, seguramente habrían fallado en la etapa siguiente, porque las aspiraciones de unos y otros no sólo eran antagónicas: no correspondían a las posibilidades del momento.

La burguesía quería tomar las riendas del porvenir del país. Sin embargo, de cara a las reivindicaciones de la clase obrera, todavía no tenía los medios para hacer las concesiones que los más lúcidos de sus representantes juzgaban indispensables. Los obreros textiles eran una clase social establecida hacía mucho, pero, en otros sectores, la gran burguesía industrial no había tenido tiempo de acumular grandes ganancias, como en Gran Bretaña o Francia; además padecía la falta de disponibilidades, ya que siendo deudora sólo controlaba una parte de los capitales que podía usar. Con tan estrecha libertad de maniobra, faltos de flexibilidad, se les dificultó mucho transformar sus actividades y mantuvieron una mentalidad victoriana o luisfelipista. Tan desprovista como endeudada, dicha burguesía estaba buscando nuevos acreedores el mismo día que tomó en sus manos la economía de la nación. Estados Unidos había aceptado ayudarlos, a condición de que mantuvieran las hostilidades aun sin declarar la guerra a las potencias centrales: característica que indica bien la dependencia de Rusia de Occidente, tanto como la solidaridad de Washington con París y Londres. Primer obstáculo.

Habiendo entrado en la carrera de la modernización en el último lugar, la economía rusa no sólo tenía la desventaja de ser dependiente

y frágil a la vez: “arrancaba” en un umbral demasiado bajo y su retraso económico se manifestaba en cada índice de actividad. En los últimos años del zarismo había logrado progresar de manera espectacular, pero es engañoso evaluar en porcentajes. En lo que respecta a las industrias mecánicas, por ejemplo, se nota que, en una época donde las grandes potencias eran exportadoras, la Rusia de Nicolás II sólo proveía el 12% de sus necesidades de consumo de máquinas de vapor, ya que utilizaba muy pocas. Respecto de la mayoría de los índices de progreso (índice de incremento de la producción agrícola, consumo de algodón crudo, producción de hierro bruto por habitante, índice de desarrollo de ferrocarriles, consumo de energía por habitante, etc.), Rusia se encontraba en el último lugar de las diez potencias más grandes de la época. No sólo tenía medio siglo de atraso comparada con Francia o Estados Unidos: no estaba nada claro cómo podría recuperarse.[3]

La guerra manifestó las debilidades de la economía rusa y las agravó. Las exigencias de dieciséis millones de militares, la pérdida de Polonia y de una parte de sus industrias, y los intereses de los aliados son varios de los factores que actuaron de manera desigual pero en el mismo sentido: la industria rusa tuvo que convertirse y extenderse enteramente hacia la producción de bienes destinados a la defensa y no pudo enfrentar las necesidades civiles.[4] Muy concentrada, rígida, más avanzada por sus rasgos estructurales que por su nivel técnico de desarrollo (excepto en las industrias químicas, la imprenta y algunos sectores más), la industria rusa no pudo contar con ninguna válvula de seguridad. En unos cuantos meses, la retaguardia carecía de productos manufacturados, lo cual rompió el mecanismo de la economía y tuvo consecuencias incalculables. Ya que no podían proveerse de productos industriales, los campesinos desaceleraron sus repartos a las ciudades. ¿De qué servían rublos inútiles? Sobrevinieron una doble alza de los precios agrícolas e industriales, de los salarios que no tardaron en seguirlos y muchas otras causas circunstanciales que se sumaron a los sucesos de febrero.

Tras la caída del zarismo, la burguesía estaba decidida a aplicar su propio programa para el futuro, y se encontraba poco dispuesta a

[3] Sobre dichos hechos, véase el análisis de Bairoch, “Niveaux de croissance au XIXe siècle”, *Annales* E.S.C., 1965-6, pp. 1091-1118.

[4] El hecho está claro en lo que concierne a las industrias metalúrgicas del sur. Es menos aparente, pero igual de real, en muchos otros sectores de la economía. Cf. *Ekonomiceskoe polozenie Rossii nakanune velikoj oktiabr'skoj socialisticeskoj revoljucii*, Moscú, 1957-2, p. 125.

tratar de manera paritaria a las clases obreras, de modo que no supo apreciar la amplitud del movimiento reivindicativo. Cuando los trabajadores formularon peticiones razonables, se interpretó dicha modestia como señal de timidez. Además, una parte de los trabajadores, campesinos y soldados abrigaban propósitos patrióticos; los dirigentes burgueses esperaban volverlos contra sus camaradas más avanzados. Esta doble equivocación de juicio se sumó a razones de orden más tradicional o a imposibilidades que impulsaron a la burguesía a adoptar una actitud intransigente respecto de las reivindicaciones de las clases populares. Esto lo iban a pagar muy caro.

A partir del mes de mayo, por no haber sabido satisfacer dichas peticiones a tiempo, los patrones tuvieron que enfrentar huelgas gigantescas. Éstas agravaron la situación de la economía. A partir de 1915, la producción de fuentes de energía, materiales y bienes de consumo había empezado a disminuir, a pesar de que hubo una recuperación a fines de 1916. El proceso de degradación y descomposición del sistema económico se hizo aún más grave. Empero, otros mecanismos intervinieron también y se sumaron a los que databan de la época zarista. Por no recibir materias primas –sea porque el nivel de producción había bajado o porque la crisis de los transportes bloqueaba los intercambios comerciales– varias empresas cerraron sus puertas para no tener que remunerar a sus empleados "que ya no trabajaban" (quienes a su vez se sumaron al grupo de los descontentos). Agregado al movimiento de los cierres de fábricas, que fue la respuesta de los patrones a las reivindicaciones obreras, dicho paro de producción rompió aún más el sistema normal de las relaciones económicas. Más adelante, al ocupar las instalaciones, unos comités de fábrica tomaron las riendas de la gestión de las empresas para asegurar su buen funcionamiento y los capitalistas bloquearon el juego de los repartos y encargos para asfixiar a los nuevos gerentes. Preferían hacer sabotaje o aun destruir su patrimonio antes de ver amenazados sus privilegios de clase.

Sin medios de transporte ni compradores, miles de toneladas de materias primas o de verdura se deterioraban a pocas verstas de Petrogrado.

La red económica del siglo XX, impuesta sobre las estructuras antiguas de producción e intercambio, se rompió, se fragmentó y luego desapareció, para volver a aparecer unos años más tarde. Poco a poco, las relaciones microeconómicas relevaron el complejo sistema de la economía del antiguo régimen: así se estableció un proceso de trueque y se firmó un acuerdo entre el comité de suministro de Stavropol

y el de Astrakán. Ni las autoridades ni Petrogrado fueron avisados. Un ejemplo entre otros.[5]

Retraso, dependencia, fragmentación. La vida económica se encontraba paralizada en un momento en que la sociedad reventaba de dinamismo. Liberado de un solo golpe de Nicolás II y del zarismo, el pueblo ruso se regocijaba con esa alegría que sigue a las largas esperas. Durante mucho tiempo no había tenido más que dos opciones bajo la opresión: la rebelión o la fuga. Se le daba a escoger entre la revolución o la emigración: se podía ir a América o a Siberia para iniciar una nueva existencia o, entre todos, intentar transformar el régimen. Sublevándose o emigrando, los súbditos del zar no fueron tan pasivos como uno podría suponer. Herzen lo notó. En una carta a Michelet, en 1854, escribía: "El día que Rusia haga su revolución, no aceptará nada del campo enemigo; nunca será protestante, nunca se quedará a medias en ningún asunto; no hará la revolución con la única meta de deshacerse del zar y pagar como precio a su victoria más que representantes zaristas, tribunales zaristas y leyes zaristas." ¿Será que dicho vigor se explica por el hecho de que en Rusia la iglesia ha estado asociada siempre al estado, y nunca hizo el papel de freno, como en Occidente, donde neutralizó y canalizó una parte de la energía popular? ¿O será más bien que la sociedad rusa llevaba mucho tiempo frustrada por no haber logrado nunca imponer concesiones o reformas al zar, y quiso afirmarse por la fuerza?

En los años que precedieron a la guerra, el pueblo ruso había dado muchas pruebas de vivacidad y agilidad. Después del fracaso de la revolución de 1905, los campesinos y obreros respondieron intentando integrarse en el sistema económico y social que los oprimía, como atestigua el desarrollo extraordinario del movimiento cooperativo, especialmente en el campo. La renovación cultural y artística, y el progreso de la industria también son testigos de la vitalidad de la burguesía y la élite intelectual. Cuando empezó la guerra, fue suficiente que la derrota amenazara su quehacer y entonces, por reacción de autodefensa, cada grupo social se organizó para defender sus intereses: los industriales, los médicos, etc., y "siempre sin autorización", como se señala en un reporte de policía en 1916. En dicha fecha, sin saberlo, los rusos empezaban a gobernarse a sí mismos: el

[5] A principios de 1917, se pensaba que era necesario triplicar el parque de locomotoras. En julio, sólo el 30% de ellas estaban en circulación. Las otras no, por falta de carbón. Sin embargo, en las minas carecían de material, etcétera.

ejército por un lado, los productores y los consumidores por el otro. El estado no era más que una cáscara vacía: la revolución había empezado aun antes de estallar.

De hecho, al leer todas las cartas y peticiones dirigidas al gobierno provisorio, al soviet y a Kerenski, uno se queda confundido: no se perfila la imagen estereotipada de un pueblo retrasado, dispuesto a someterse a lo que sea ni a seguir a cualquiera. Queda claro que la acción de la burocracia, que había desarrollado la educación, había dado sus frutos. Pero también daba frutos la acción de la inteliguentsia, los deportados, las organizaciones legales e ilegales: en 1917, al derrocar al régimen del zar, los ciudadanos de la nueva Rusia estaban políticamente en un estado de movilización permanente. Lo confirman las imágenes cinematográficas: en marzo de 1917, haciendo cola para hablar en los mítines, cada ruso traía en el bolsillo un plan listo para la regeneración del país.

Políticamente, la sociedad había evolucionado por sobre las posibilidades de la economía. Por lo tanto, era difícil satisfacer sus aspiraciones de acrecentar, de manera simultánea, las ganancias de los terratenientes y el nivel de vida de los trabajadores.

Además, las clases populares no podían obtener de la revolución todos los beneficios que esperaban, porque a veces, sin ser conscientes de ello, tenían un comportamiento que iba en contra de los mismos principios que formulaban. Dicha actitud venía como herencia de un largo pasado de servidumbre. Los rusos, que muchas veces eran más enérgicos que sus líderes políticos, más revolucionarios y, desde luego, más intransigentes y más "bolcheviques" que los bolcheviques, a la vez manifestaban una mentalidad arcaica. Así, en 1917, los autores de las proclamas con más lamentos respecto del destino del ser humano eran los mismos que, al día siguiente, suscitaban pogromos o ejercían una justicia sumaria, como en Elisavetgrado. En el campo, la desconfianza atávica hacia la gente de la ciudad había resucitado desde que las primeras decepciones les hicieran dudar de la buena voluntad de los hombres de febrero. Cuando éstos evocaron públicamente los diversos tipos de reforma agraria posible y planearon hacer un inventario de las cosechas, un grupo de campesinos imaginó lo peor y enseguida escribió a dichos "señores": "Nuestros abuelos llegaron descalzos. Compraron la tierra, pagaron a los bancos y a los señores feudales. Nuestros padres pagaron, nosotros pagamos. ¿Y quieren quitarnos nuestras cosechas y nuestras tierras? No daremos nada. Nos dijeron que vendrían por ellas. Que vengan a

ver…"[6] La mentalidad campesina confundía fácilmente lo revolucionario y lo estudiantil: alguien podía volverse sospechoso cuando el imaginario del campo lo asociaba con la ciudad, que representaba la opresión, el estado, el mal. Aunque todos eran proletarios, los miembros de los comités de suministro con frecuencia recibían una paliza. "Oye, tú –exclama un mujik señalando a un joven militante que había venido a organizar las listas electorales–, tienes las uñas bien largas... ¿No serás el Anticristo? Los campesinos gritan y atacan al pobre para averiguar si no tenía cola y estaba cubierto de pelo."

La desconfianza era recíproca: en Isim, cerca de Tobolsk, el comité de suministro decidió que, de ahí en adelante, todo el trigo llevado por los campesinos al mercado sería susceptible de requisición. Instituyó también un monopolio de compra y venta. Cerca de Tambov, los pequeños productores de tabaco y de verduras se sublevaron: el comité de la ciudad había requisado su cosecha al precio más bajo. "Sin embargo, escribieron los campesinos, nuestro pueblo ofreció más de 500 000 rublos a la revolución" (sin duda, a cambio de libertad). También en la región de Tambov, el príncipe Viazemski, "muy amado por los campesinos", se negó a conceder una de sus reivindicaciones: en consecuencia, le sacaron los ojos y le perforaron el pecho antes de que los soldados y los mujiks sublevados pudieran cortarle la cabeza. Dicho suceso no fue un caso aislado, y sucedió antes de la toma de poder por los bolcheviques.[7]

De esta manera, no transcurrieron más de seis semanas entre la alegría de las jornadas de febrero, el desencanto de abril, y la amargura y la cólera del verano. Incapaz de contenerse, la sociedad se vuelve a encontrar en la atmósfera febril de una tradición más antigua, la *Pugacevschina*.

Otra característica: aunque los rusos querían rápidamente libertad para todos, privaban a las minorías de sus derechos. Los soviets se creían representantes de la población entera. Unánimes en decirse democráticos, los dirigentes de los trabajadores reducían de buena gana la representación de los soldados en los soviets. Y aunque los rusos estaban a favor de los derechos de los extranjeros, seguían oprimiéndolos sin ser conscientes de ello. Por ejemplo, no notaban que en el soviet de Helsinfors no había ningún finlandés, ni un solo

[6] Archivos de la revolución, CGAORSSSR, 3, 1, 363.

[7] Comunicación N.V. del 26 de agosto de 1917 y CGAORSSSR, 3 y 66: estos hechos datan del mes de agosto.

azerí en el soviet de Bakú. En las asambleas de soldados gritaban los representantes estonios, judíos o ucranianos, exigiendo la formación de contingentes separados. La moción del congreso panmusulmán de Nijni-Novgorod declaraba que: "La joven Rusia no le presta más atención al problema de los musulmanes que el antiguo régimen." Por su lado, en Alma-Ata, el congreso campesino ruso proponía "para vencer el antagonismo nacional, aislar a los indígenas y reforzar las guarniciones".[8]

En febrero, las peticiones de los soldados, obreros y campesinos habían definido la vocación de dicha revolución, que habría de ser democrática, reformista, humanitaria y universalista. En realidad, desde que los hechos empezaron a producir resistencia y sustituyeron a los sueños, se manifestaron otras tendencias, que crearon un nuevo aspecto de la revolución.

El desarrollo económico ruso estaba bloqueado por un proceso de degradación que se debió a la guerra y que la revolución de febrero aceleró. Además, Rusia era recorrida por corrientes antagónicas, lo cual frenaba su arranque, aunque también hubo conflictos internos que no supo diagnosticar.

La sociedad exigía movimiento y se sentía paralizada.

¿GUERRA O REVOLUCIÓN?

¿Existían soluciones a estas dificultades? Los revolucionarios consideraban que el problema de la guerra dominaba a todos los demás. Sin embargo, a diferencia de los otros asuntos, éste no sólo dependía de la voluntad de los ciudadanos: hacía falta convencer tanto al enemigo como a los aliados de concluir una paz sin incorporaciones ni contribuciones. En abril, el fracaso de los primeros actos de fraternidad, una especie de balbuceo en favor de la paz, atestiguó que la paz entre los pueblos sucedía por acuerdos celebrados entre los gobiernos. Éstos, por su parte, no lograban ponerse de acuerdo. ¿Sería dicha falla únicamente culpa de Guillermo? Los bolcheviques aseguraban que no. Los ministros burgueses eran responsables por igual: tanto los de París como los de Londres o los de Petrogrado. Por con-

[8] Véanse las entregas de *Neue Orient* del mes de agosto de 1917. Para el tema de los musulmanes del imperio, uno se puede apoyar en los hechos reunidos por H. Carrère d'Encausse, *Réforme et révolution chez les Musulmans de l'Empire russe,* París, 1966, p. 310.

siguiente, había que abatirlos, al igual que al zarismo. ¿Acaso no eran ellos los que, sin hacer nada para conseguir la paz, más bien se oponían a todas las reformas y en Rusia condenaban a los obreros y a los campesinos a la miseria?

Tanto en Rusia, como fuera de ella, el problema de la guerra estaba ligado a una cuestión de poder. Lenin confiaba en que el proletariado alemán podría deshacerse de Guillermo sin mucha demora. En Rusia era necesario que el gobierno burgués cediera el poder a los soviets.

*

El problema del poder dividió a los rusos revolucionarios más que ningún otro. Tanto antes como después de la caída del zarismo, su definición y su resolución estaban indisolublemente asociados. En efecto, se trataba de averiguar si el proceso de desarrollo en el que se encontraba el país, así como las condiciones generales que en ese momento imperaban dentro y fuera de Rusia eran oportunas, o no, para que las clases populares tomaran el poder e implantaran el socialismo. ¿Podían? ¿Debían? Y si la respuesta era positiva, ¿qué estrategias debían adoptarse para llevar a cabo el proyecto? De hecho y paradójicamente, dicha manera de ver las cosas no era únicamente la de los dirigentes marxistas o populistas, sino que también la adoptaban sus seguidores. Los medios burgueses seguían un razonamiento parecido: juzgaban que la hora del socialismo no sonaría en Rusia durante mucho tiempo y se preguntaban si no sería hábil de su parte dejar el poder, al menos por un tiempo, en manos de unos revolucionarios inexpertos para que se desacreditaran ellos mismos por sus propios medios.

Este problema del poder tenía otro aspecto. Hacía falta definir lo que significaba la toma del poder por el proletariado, había que precisar la forma que iba a adquirir. ¿Se trataría de un régimen que iba a instaurar el poder de los soviets? Pero, ¿de qué manera lo ejercerían? ¿Las instituciones revolucionarias procederían por la mediación de un gobierno o más bien por el ejercicio directo de la soberanía? En otras palabras, ¿significaría la desaparición o el fortalecimiento del estado? ¿Las razones que resultaban válidas para éste, lo seguirían siendo el día en que desapareciera el orden capitalista?

En febrero, el éxito de la revolución había sido tan inesperado como su inicio. Retomando la tradición de 1905, los líderes revolucionarios formaron un soviet que poblaron con representantes de todas las ten-

dencias de la opinión democrática, desde los más moderados "laboristas", amigos de Kerenski, hasta anarquistas y bolcheviques. La duma titubeaba ante la empresa de constituir el gobierno: todo dependía de la actitud del soviet. Es por eso que, desde los primeros días de la victoriosa revolución, el problema del poder fue planteado concretamente a todos los dirigentes.

En la derecha, había una minoría de mencheviques, socialistas-populistas, socialistas-revolucionarios, etc., que estimaban que, por naturaleza, dicha revolución era "burguesa". Además había que permitir que la duma constituyera un gobierno y considerar la participación eventual de los socialistas como un éxito. Algunos, inclusive, lo creían esencial.

La mayoría criticaba dicha manera de ver las cosas. Juzgaba, con Sujanov, un político sin-partido cercano a los socialistas zimmerianos,[9] que al no poseer Rusia los medios para hacer una auténtica revolución socialista, la participación de los socialistas en el gobierno no tendría más función que burlarse de los trabajadores, perjudicar su emancipación y desprestigiar a los líderes. Una auténtica revolución socialista no sería posible hasta el día en que Rusia se pudiera respaldar en una Europa también socialista. Mientras tanto, hacía falta que la duma asumiera sola el poder, y que los revolucionarios aseguraran el mínimo de garantías para que, a continuación, se pudiera avanzar a la siguiente etapa de la revolución. Durante ese tiempo, los soviets desempeñarían un papel de fortalezas proletarias plantadas en un país burgués. Aseguraban salvaguardar las conquistas de la revolución.

En la extrema izquierda, una minoría compuesta por anarquistas, bolcheviques y mencheviques "unitarios" determinaba que era absurdo que las masas se alejaran de un poder que ya controlaban. El 3 de marzo, ciertos bolcheviques ya aclamaban la fórmula "todo el poder a los soviets"(*Vsia vlast' sovietam!*). Pero en la reunión del soviet en Petrogrado, la delegación bolchevique se adhirió a la tesis de la no participación, con un apoyo incondicional a un gobierno "burgués".

Así, los revolucionarios reconocían la legitimidad del poder gubernamental que la duma iba a instalar y sólo la apoyarían "en la medida que" aplicara un programa con el que estaban de acuerdo.

[9] En Zimmerwald, Suiza, en 1915 se reunió una conferencia, donde la extrema izquierda socialista condenó la guerra y el voto de los créditos que otorgaban los socialdemócratas: firmaron entre otros el alemán Lebedour, los franceses Bourderon y Merrheim, los rusos Lenin y Axelrod, etcétera.

Elaboraron los puntos de dicho programa que resultaron ser exactamente las mismas exigencias de los partidos liberales tradicionales, que no tenían nada de socialistas. De esta manera, estaban seguros de que la duma mantendría el poder y de que no volvería a los Romanov. Dicha táctica se explica por la incertidumbre que existía en aquel momento; no se atrevían a creer que el zarismo hubiera cesado toda resistencia; demasiadas exigencias habrían replegado a la duma al campo de la represión: ¿cuál habría sido, entonces, el resultado de esa revolución?

Unas cuantas semanas después, esos argumentos ya no tenían razón de ser. No obstante, el problema del poder quedó postulado en los mismos términos y no se puso en discusión ninguna modificación de la política escogida por el soviet. La izquierda se quedó sumamente molesta: anarquistas y minorías bolcheviques estaban seguros de que cada día el doble poder traicionaba un poco más las aspiraciones de la población. Kamenev y Stalin pensaban, por el contrario, que las fuerzas de la contrarrevolución no estaban vencidas aún, por lo menos fuera de Rusia: "¿De qué serviría hacer avanzar los acontecimientos si ellos solos progresaban a tal velocidad?" El descrédito del gobierno iba en aumento día a día. Explicaban: "Lo importante, no es lograr la toma del poder, sino más bien saber conservarlo después."

De regreso a Rusia, el 4 de abril, Lenin les negó la razón. En sus *Cartas de lejos*, escritas en Suiza a fines del mes de marzo, explicaba que los soviets debían ejercer el poder con un gobierno paralelo y no solamente contentarse con ejercer una vigilancia sobre los actos del gobierno. Los soviets debían disponer de una policía y de una administración, lo cual sería la única manera de proceder a la destrucción efectiva del antiguo régimen, cuya representación, o sea, el zarismo, era lo único que había sido abatido. Señalaba que la tarea de los soviets era lograr en Rusia la "dictadura democrática revolucionaria de los obreros y los campesinos". Sin embargo, cuando definió dicha dictadura, no precisó cuál sería el papel de los soviets de ahí en adelante. En abril, tampoco aclaró lo que sucedería con ese papel una vez pasada esa etapa. Sea lo que fuere, apenas llegó a Petrogrado, preconizó la instauración de una república de soviets. Las palabras clave, "todo el poder a los soviets", estaban en todas las pancartas de los manifestantes de abril, al tiempo que la vanguardia anarcobolchevique se sublevaba contra la política anexionista de Miljukov y, de manera más general, contra un gobierno cuyos miembros, con la excepción de Kerenski, tardaban en llevar a cabo las reformas.

La crisis de abril obtuvo un resultado paradójico: en el momento en que la vanguardia de la clase obrera y la reacción organizada se estaban enfrentando en la calle, condenando cada una por su lado toda política de conciliación, los soviets se unían oficialmente a la política de "colaboración entre clases", haciendo entrar a sus líderes en el gobierno. Se adherían también al díptico de los mencheviques y Kerenski: defender la revolución contra el enemigo del interior y del exterior; luchar por la paz. Siendo una minoría en el seno de los soviets, los bolcheviques, los mencheviques de izquierda (la tendencia de Martov) y los amigos de Trotski medían su impotencia: eran solamente 160 entre los 1 090 delegados. Repetía Lenin: "El proletariado no es suficientemente consciente, hace falta explicarle con calma... que la guerra es una guerra de bandidos, que pedir a los burgueses que renuncien a sus vinculaciones equivale a pedir a un comerciante que sea honesto."

En el congreso de junio, los soviets se negaron una vez más a reivindicar el poder: la consigna de los bolcheviques parecía ya no tener sentido. Y entonces, ante la estupefacción de todos los militantes revolucionarios, dándole vueltas a la situación, Lenin declaró: "El ciudadano ministro de Correos y Telégrafos (el menchevique Tseretelli) acaba de declarar que la situación es muy complicada y que no existe un partido político en Rusia que exprese explícitamente el deseo de tomar por sí solo el poder en sus manos. A eso respondo que tal partido existe; ningún partido tiene el derecho de rechazar el poder y el nuestro no lo rechaza. Está dispuesto en cada momento a tomar el poder en sus manos."

Ya no se trataba del poder de los soviets.

Esas palabras sorprendieron: así, aunque eran minoría en el *soviet de obreros y soldados*, los bolcheviques aceptaron asumir *solos* todo el poder. Los mencheviques y los socialistas-revolucionarios estaban indignados. Los demás bolcheviques estaban incómodos. Unos días más tarde, sin embargo, los bolcheviques generaron una manifestación para impulsar a los soviets a asumir el poder: acusaron a Lenin de repudiar la tradición social-demócrata y de regresar al blanquismo. La mayor parte de los militantes de las organizaciones revolucionarias lo desacreditó; únicamente Trotski lo defendió.

En realidad, no se trataba de "blanquismo": sin duda la mayoría de los revolucionarios se oponían a que los soviets asumieran la totalidad del poder, y les pareció aun menos admisible que los bolcheviques se lo quedaran. Empero, la relación de fuerzas en el seno del

mundo de los dirigentes revolucionarios era muy diferente de las relaciones de fuerzas en el seno del movimiento de masas. Dicho movimiento evolucionaba rápidamente y el avance había aumentado su poder al fracasar la política de conciliación.

Tanto en la ciudad como en el campo, tanto en la Gran Rusia como en las otras naciones, atrapada entre la presiones de la derecha y la izquierda, la política de conciliación había fallado, sobre todo después del fracaso de la lucha por la paz. La ofensiva de Kerenski no había dado frutos; la reacción volvía a levantar la cabeza: ¿no era lógico que la situación llevara, el día de mañana, a reiniciar la guerra, esta vez hasta la muerte, y así se sofocara la revolución? Animadas por los soldados y rescatadas por los bolcheviques, las jornadas de julio fueron expresión de la cólera de las masas desilusionadas que no habían visto satisfechas, ni siquiera parcialmente, sus aspiraciones. La opinión puso en la mira a "los ministros capitalistas" y a los líderes del soviet que se negaban a asumir el poder. Estos reaccionaron acudiendo a las fuerzas armadas de la República. Para Lenin, obligado a la fuga, la consigna "*Vsia vlast' sovietam!*" no era ya el único camino al poder.

*

Las jornadas de julio causaron una ruptura entre el ala avanzada de las masas y sus líderes, y también, por otra parte, con la democracia de los soviets elegidos en febrero. Se produjeron heridas profundas que dejaron sus cicatrices en el seno del mundo de la militancia. Más que nada, tuvieron consecuencias a futuro: la victoria de los hombres de febrero fue completamente rechazada, y dando un giro completo, de ahí en adelante surgió la opinión de que el doble poder era un gobierno, como los demás, y dejó de ser considerado como surgido de la revolución.

Los "conciliadores" llevaban cuatro meses generando disputas respecto de la naturaleza de la revolución, de sus tareas y de sus objetivos. Dicha sea la verdad, para ellos todo daba vueltas alrededor de una sola pregunta: ¿qué parte del pasado debía ser resguardada? Miljukov había querido regenerar el estado, Kerenski quiso resucitar el ejército; Shingarev, restablecer las finanzas; Chernov, reconstituir el antiguo partido populista; Tseretelli, reinstalar la autoridad de la Internacional; y Skobelv quería que todos regresaran a trabajar. Todos habían querido restablecer la relación gobernantes/gobernados.

¿Habrían tenido estos hombres la vista tan corta para no haberse dado cuenta de que dichos objetivos no tenían relación con los deseos de la población? De ahí en adelante, por no haber logrado ni la menor reivindicación, la población empezó a aspirar a una existencia completamente nueva, donde no hubiera ni patrones ni obreros, donde la tierra perteneciese al que la trabajaba, donde todos los hombres fueran iguales y donde las relaciones sociales se establecieran sobre principios de un nuevo derecho. También decepcionados por la revolución, muchos pueblos de otras nacionalidades reclamaban su independencia. En cuanto a los rusos, exigían no ser despojados de su calidad de ciudadanos. Ahora bien, desde febrero, había quedado demostrado que el tema recibía una interpretación muy amplia. Se rechazaba todo lo que representaba al estado como supervivencia de un pasado aborrecido. Un gobierno al cual se le oponía la autoridad del soviet resultaba sospechoso; también eran sospechosas las decisiones tomadas en un soviet en el que no se participaba. Legalmente, la asamblea más modesta de provincia se consideraba igual al Gran Soviet de Petrogrado y actuaba en consecuencia; a la vez, en su seno, la minoría no se ligaba a las decisiones de la mayoría: en seguida se convertía en una organización autónoma y decidía en completa soberanía sobre los problemas que dividían a la nación. Llegaron a formarse hasta unas treinta repúblicas autónomas a lo largo del verano. ¿No era el mismo régimen representativo lo que se cuestionaba? En febrero, los rusos demandaban una asamblea constituyente elegida por sufragio universal, igualitario y secreto; pero en las elecciones municipales de mayo y junio de 1917, las primeras organizadas en libertad, hubo un 40% de abstenciones. Para los ciudadanos de la nueva república, el problema ya no consistía en un gobierno mejor o diferente, se trataba de gobernarse a sí mismos. Un veterano, liberado tras cuarenta y cinco años de servicio, escribe al soviet: "Quiero señalarles esta voluntad de gobernarse a sí mismos (*svoevolie vlast'*) que existe en nuestra provincia. El comité político, la dirección de agricultura, la dirección de abastecimiento, el comité agrario, el tribunal de paz, el tribunal administrativo, el soviet, el comité de relaciones, etc., cada uno quiere mandar; éste, aquél, un tercero. Uno no sabe a quién hacerle caso ni dónde quejarse. Y mientras tanto, el descontento aumenta. No hay orden, esto no puede seguir así."[10] Toda delegación estaba marcada por el oprobio, toda autoridad era insoportable. Los

[10] Archivos de la revolución, CGAORSSSR, 3, 1, 263, 217.

rusos se decían socialdemócratas o socialistas-revolucionarios u otra cosa: en realidad, sus actos procedían de una especie de anarquismo, pero pocos estaban al tanto de esto, pues la propaganda anarquista no tenía eco. Quizás esto explique el relativo fracaso de los soviets nacidos en febrero: aceptados como agentes de destrucción de la antigua autoridad, fueron rechazados en cuanto se volvieron una institución. Cuando pretendieron gobernar, no se les hizo más caso que a los *prikazes* de Kerenski. Los rusos se habían vuelto hostiles a cualquier forma de parlamentarismo, a toda autoridad centralista, querían decidir por sí mismos su propio destino.

De hecho, en el otoño de 1917, la metamorfosis se completó. Los rusos ya no reconocían la autoridad del antiguo sistema heredado. "Es el mundo patas arriba", dijo un industrial, obligado a asistir a un mitin y a recibir, luego, una paliza. A menudo, en las reuniones paritarias instauradas desde el verano, era el comité de fábrica el que enseñaba a los antiguos maestros de la economía lo que debían saber sobre los derechos de los trabajadores.[11] El mismo comité actuaba como policía del establecimiento y ocupaba los locales de administración. En el campo, los soviets procedían sin continencia a la distribución de tierras, mientras que en las pequeñas ciudades, los comités populares se apoderaban de las tiendas de los comerciantes y vendían ellos mismos productos requisados en el campo. Así, desde antes de octubre, el proletariado empezaba a ejercer su dictadura: la basaba sobre los principios de un nuevo derecho, cuyas consideraciones, en la práctica, no carecían de generosidad. El embrión de un nuevo orden político, económico y social empezaba a formarse: es lo que Lenin sintió profundamente, desde su exilio en Finlandia, cuando terminaba de escribir *El estado y la revolución*. De esta manera, dicho análisis iniciado previamente era tanto un diagnóstico pertinente de la situación como una ponencia teórica.

Fue entonces cuando el golpe de estado de Kornilov volvió brutalmente a los rusos a la realidad.

*

El peligro de una contrarrevolución era una amenaza real. Kerenski, el soviet y los bolcheviques, provisionalmente asociados, lo sabían y

[11] Cf. V. Auerbah, "Revoljucionnoe obscestvo po lisnym vospominaniam", *Archiv russkoj revojucii,* XIV.

estaban preparados: como en marzo, les llegaron miles de mensajes unánimes de todas las Rusias. Soldados, marinos, obreros y campesinos exigían un castigo ejemplar para los traidores. El partido bolchevique les hizo eco.[12] Está claro que la tentativa de Kornilov había tenido una resonancia considerable; el país se encontraba trastornado, las clases populares estaban exasperadas. No obstante, prisioneros de su propia política conciliadora, Kerenski y el comité ejecutivo de los soviets trataban a sus adversarios con miramientos. Perdieron el favor de la opinión pública, que no se explicaba cómo la preocupación por la paz civil pudo llegar al extremo de otorgar el perdón a la contrarrevolución. En las elecciones de septiembre, los bolcheviques arrasaron con un éxito triunfal.[13]

En esa época, los soviets se reencontraron con el papel que habían desempeñado no mucho tiempo atrás: el de fortalezas proletarias plantadas en territorio enemigo. Sin embargo, en la *kerenskina*[14] el problema del poder ya no se postulaba en los mismos términos que en febrero, porque el gobierno había perdido toda autoridad. Para conquistar el poder, bastaba que un grupo, por reducido que fuese, actuara con determinación para lograr ejercer una autoridad que no guardaba proporción alguna respecto de su fuerza real. Kerenski estaba completamente consciente de dicha situación: quería dar nueva fuerza a los amigos del gobierno, gracias al relevo del Consejo de la República y del preparlamento. Por el contrario, Lenin contaba con la neutralidad de la opinión, que dejaría actuar a la vanguardia bolchevique, la cual, de acuerdo con los soviets y en su nombre, acabaría con el antiguo gobierno.

En los días que precedieron a la insurrección de octubre, nadie se imaginaba, mucho menos los bolcheviques, que el partido de Lenin tomaría el poder para sí y para siempre. ¿No había luchado él durante seis meses contra la coalición de mencheviques-socialistas-revolucionarios, porque ésta desempeñaba el papel de autoridad centralista? Sólo unos cuantos iniciados entre los bolcheviques habían podido presentir la orientación. ¿Cómo se podría haber anticipado esto en un momento en el que, lejos de constituir una formación monolítica, se habían separado en grupos hostiles, como las demás formaciones?

[12] Archivos de la revolución, CGAORSSSR, fondos 3, 4 978, 6 978, 1 244, etcétera.

[13] Recordemos que en el II Congreso de los Soviets, en octubre, había 390 bolcheviques en un total de 693 delegados.

[14] Denominación peyorativa dada a la época de Kerenski.

Pero, por el contrario, el pueblo había constatado que habían sido los únicos en aprobar todas las iniciativas de las masas que contribuyeran a eliminar el antiguo orden de las cosas: relaciones sociales, relaciones económicas, subordinación nacional, diplomacia secreta. Su actos siempre se dirigían hacia la desintegración. Y las fuerzas vivas de la revolución se inclinaban en ese sentido. Además, frente a los ministros burgueses y a los reaccionarios, la manera de actuar de los bolcheviques no delataba ninguna debilidad y los sucesos muchas veces les habían dado la razón.

Los revolucionarios afirmaban que los traidores amenazaban abandonar la capital. Para poder cerrar filas frente a los reaccionarios, es decir, el gobierno y los alemanes, que eran "todos cómplices", hicieron resonar acentos jacobinos. Se volvieron a agrupar alrededor de los soviets bolchevizados por una reacción de autodefensa, como lo habían hecho poco tiempo atrás en torno a la comunidad amenazada. En consecuencia, las jornadas de octubre parecieron una operación defensiva, para defender la revolución contra el gobierno o contra los que amenazaban su existencia, tanto como una operación ofensiva, para que la revolución pudiera pasar a una nueva etapa e instituir el poder de los soviets bolchevizados. Para los demás, fueron los soviets los que proclamaron la caída del régimen instaurado en febrero. Fueron los soviets los que proclamaron también los decretos sobre la tierra, sobre la paz y sobre la autodeterminación de los pueblos. En lo que concierne a la opinión pública, no existía otro poder que el de los soviets, es decir, la república de los ciudadanos.

Aquí tenemos un desenlace. Para los obreros, los soldados y los campesinos, se trataba de vengar lo ocurrido en febrero, la revolución que les había sido escamoteada. Existía, además, un malentendido que sería perpetuado por las necesidades de la guerra civil, el fracaso de la revolución europea, la intervención extranjera y las circunstancias, pero que se cristalizó en el grito de sorpresa de un desconocido, el mismo día decisivo de octubre, en el momento en que los bolcheviques anunciaban, en el nombre del congreso de los soviets, la formación de un consejo de comisarios del pueblo: "¿Qué, de nuevo un gobierno…?"

OCTUBRE: ¿INSURRECCIÓN O REVOLUCIÓN?

Desde 1917, los partidarios y adversarios de octubre debatían sobre qué naturaleza tenía el suceso: golpe de estado, insurrección o revolución. Unos insistían sobre el carácter masivo del levantamiento y sobre la adhesión de la mayoría; otros denunciaban un complot de un solo partido, señalando que se había quedado con el poder para siempre.

En realidad, lo que ocurrió fue que de manera simultánea hubo una revolución, una insurrección y un golpe de estado. Los participantes activos eran pocos, pero también eran pocos los oponentes.

Hubo una revolución en el sentido de que, hasta septiembre, no se habían opuesto los dos poderes nacidos en febrero: el gobierno provisional y el soviet de Petrogrado convertido en soviet de diputados. De un lado, estaban dichos órganos, y del otro los comités y soviets de base, impacientes por ver la realización de sus aspiraciones. Por ende, los sucesos de octubre asumieron el aspecto de un cambio radical de la situación normal y no fueron considerados solamente como si una minoría hubiese llevado a cabo un golpe de estado. De hecho, octubre fue una prueba de fuerzas entre un gobierno sin estado, el de Kerenski, y un estado sin gobierno, o sea, instituciones como el soviet de comités de fábrica, el soviet de comités de vecindades, los guardias rojos, etc., que seguían las directivas del comité revolucionario del soviet de Petrogrado, es decir, el partido bolchevique y sus grupos armados (marinos, soldados, etcétera).

Octubre también es una insurreción, porque el comité revolucionario del soviet de Petrogrado había planeado una manifestación de masas, que por iniciativa de Lenin se convirtió en una manifestación armada, para tomar el poder ahuyentando al gobierno en nombre de los soviets, de manera tal que las fuerzas de izquierda que no eran bolcheviques se fusionaran con ellos.

Pero en Octubre también se dio un golpe de estado, que fue obra única y exclusivamente de Lenin, al proclamar la deposición del gobierno en nombre del comité revolucionario y no de los soviets. Lenin desconfiaba del legalismo revolucionario del soviet de Petrogrado y de Trotski, que serían capaces, llegado el caso, de negociar la toma de poder entre los partidos de extrema izquierda, los sindicatos y las demás organizaciones revolucionarias. Al proclamar la deposición del gobierno provisional en nombre de una instancia creada a lo largo del proceso de insurrección, ya no se dependía de ninguna

otra institución, o sea, del Congreso de los soviets. Así se agravó la ruptura entre los bolcheviques y las demás organizaciones ligadas a la insurrección (SR[15] de izquierda, anarquistas, etc.), y asimismo se aseguró el monopolio directivo que buscaba el partido.[16]

PARA CONSULTAR

Coquin, F. X., *La révolution russe,* París, PUF, 1978.

Ferro, Marc, *La révolution de 1917,* París, Aubier-Montaigne, 1967 y 1976.

Malia, M., *Comprendre la révolution russe*, París, Le Seuil, 1980.

Reed, John, *Dix jours qui ébranlèrent le monde* (1919) París, Éd. Sociales, 1982 [Diez días que estremecieron al mundo, México, Grijalbo, varias ediciones].

[15] SR: socialistas revolucionarios.

[16] Pueden verse los detalles sobre dichos sucesos en Marc Ferro, *La révolution de 1917,* tomo 2, pp. 372-447.

2. EL FIN DEL RÉGIMEN SOVIÉTICO

En Rusia, las relaciones entre sociedad y estado siempre han sido conflictivas, pero la resistencia al poder central ha cambiado de forma continua, como en el resto del mundo cristiano y occidental: se han alternado rebeliones populares, revoluciones y golpes de estado desde el siglo XVII, y la represión siempre ha sido dura, ya sea que terminara en la *katorga* bajo el zarismo o en el *gulag* en la época stalinista. Se podría decir que Rusia era el país del "ciudadano imposible" (S. C. Ingerflom).

El país conoció épocas alternadas de consenso, que suscitaron transformaciones sociales y culturales internas, determinando cambios bruscos y profundos como pocas veces los ha conocido la historia: en la mitad del siglo XIX, Herzen profetizó que Rusia nunca haría nada a medias. De hecho, la revolución de 1917 fue la más sistemática de todos los tiempos; después de una larga era de consenso staliniano-brezhneviano, la perestroika y sus seguidores llevaron al régimen soviético a un colapso casi total.

Aparecen, en efecto, las mismas expresiones en la prensa de 1917 y en la de los años posteriores a1989: "La ley ya no es ley", "el país se gobierna solo", y "no servimos para nada" (en 1917, los profesores, los popes y los funcionarios; en 1993, los profesores y las instituciones del partido), "el ejército se descompone", "la producción se viene para abajo", etcétera. Hoy, el hombre de negocios extranjero o el observador ya no saben quién gobierna, quién decide; ya no se entiende cómo funcionan el estado y la sociedad, mientras que en la era brezhneviana todo parecía claro: un hombre o un partido encarnaba a la vez el poder, el saber y la ley, y la URSS era una sociedad totalitaria, incambiable e intransformable. Por otro lado, hoy en día los rusos consideran que Rusia no tiene gobierno, y añaden que decididamente este país nunca será "normal", siendo "normal" el término más utilizado en el vocabulario político que restituye una imagen ideal de la economía y de la sociedad occidentales.

Sin embargo, hay señales que indican que dicho cuadro merece ser corregido. En las altas esferas internacionales todavía figuran, como antes, artistas, deportistas y sabios rusos. En Moscú, el metro funciona

como un metrónomo y hay menos mendigos que en Londres o en París. También existe una escuela superior de arte dramático para perfeccionamiento. No es lo que se ve en el cine... Es cierto que todo está desorganizado, pero es una desorganización que mueve cosas, igual que el imperio que, al menos en parte, se reconstituye. Aunque eso es harina de otro costal. Tal desorganización, o mejor dicho disfunción, perpetúa la de ayer y aun la de anteayer. Como en 1916, las tres cuartas partes de los productos de la industria siguen teniendo como destino el ejército; hoy en día, Rusia ocupa respectivamente el segundo y tercer lugar en ventas de armamento al tercer mundo y a China; la contracorriente es real, pero no más que en Francia o que en las diferencias sociales que aparecen en Estados Unidos.

Como ya lo hemos señalado, en medio de dicho desorden existía otro, al que se alude poco y que no recibe explicaciones: había pocas huelgas, si bien hacía siete años que la amenaza andaba por ahí; es cierto que hubo unas cuantas en las minas, pero fueron breves y no se extendieron. Ahora bien, en aquella ocasión no fueron la *cheka* ni el GPU, ni la KGB quienes rompieron o impidieron las huelgas mediante el uso del terror.

¿Cómo se explican dichos fenómenos?

*

Para rendir cuentas sobre un siglo y medio de historia, las vulgatas occidentales y anticomunistas siempre han señalado factores externos a Rusia. El golpe de estado (fallido) de los diciembristas se explica a partir las guerras contra Napoleón, cuando en realidad, fueron las ideas de la ilustración las que animaron a los oponentes a la autocracia: se observa el mismo esquema explicativo para las reformas de Alejandro II, que se debieron tanto al espíritu del tiempo como a la derrota rusa en la guerra de Crimea. Lo cierto es que en 1825, 1854, 1905 y 1917, la presión de sucesos exteriores creó la posibilidad de que explotaran movimientos subyacentes. Presenciamos el mismo fenómeno en 1985, cuando la carrera armamentista con Estados Unidos y, en mayor grado, la globalización de la economía se han señalado como los factores que llevaron a implantar las reformas de Gorbachov, mientras que, en realidad, la exigencia de una renovación política se hacía sentir desde hacía mucho y fue producto de un movimiento social subyacente.

La idea que nos gustaría exponer aquí es la siguiente: son las transformaciones de la sociedad las que han predeterminado la desa-

parición del estado soviético; los factores exteriores desempeñaron el papel de acelerador. Con respecto a la desaparición del imperio que vino a injertarse sobre dicha transformación, fue causada por una implosión de la URSS, más que por una explosión centrífuga, aun si, especialmente en los países bálticos, el deseo de separación existiera, aunque de manera platónica: "No hay que soñar…", decían los estonianos en 1988. El imperio no explotó por la acción de las poblaciones coloniales esencialmente musulmanas como piensa Hélène Carrère d'Encausse; hubo una implosión de la crisis nacida en el seno de la nación dominante: Rusia. El mérito del diagnóstico de la autora de *L'Empire éclaté* consiste en haber señalado el problema de las nacionalidades que los sovietólogos pretendían ignorar.

La hipótesis presentada aquí equivale a preguntarse si los sucesos de la URSS y de Rusia no constituyeron una revolución social desde arriba, aunque sin programa, que cedió el paso a una revolución política, la cual a su vez condujo a la implosión del imperio.

CARACTERÍSTICAS DEL RÉGIMEN SOVIÉTICO

Para entender los orígenes de la perestroika, hace falta recordar primero algunas características estructurales del régimen soviético, empezando por desmentir tres mitos, tres leyendas. En primer lugar, la creencia heredada de los escritos trotskistas de que el régimen se volvió totalitario en la época de Stalin, cuando de hecho, esas raíces datan de la época de Lenin; enseguida, la idea de que el partido bolchevique fuese el único responsable de la naturaleza de dicho régimen, ya que el terror también brotó desde abajo, con el impulso de un partido comunista o sin él, especialmente en el campo. Por último, el tercer mito: que el origen de la caída antidemocrática está en el nacimiento del partido único, cuando en realidad, fue el control partidista y más adelante unipartidista sobre las demás instituciones lo que bloqueó la vida política y la condujo al totalitarismo. Claude Lefort ha hablado de incorporación.

Son cuatro las características originales del régimen soviético.

• Primera: la *bolchevización* de la sociedad se hizo en un principio de manera democrática –frente a las fallas del gobierno provisional–, después, por contagio revolucionario –con la adhesión de los socialistas-revolucionarios de izquierda, de anarquistas, etc.–; más ade-

lante, por manipulación –por medio de la colocación de gente sin anclaje político en puestos “eyectables”–, luego, por violencia institucional –eliminación de los grupos de minoría– o por fuerza física: expulsiones, ejecuciones sumarias. En 1921, dicho proceso había culminado en la desaparición y prohibición de todos los demás partidos políticos; el partido bolchevique era el único legal... antes de encarnar la legitimidad.

• Sigue la *institucionalización del partido* como institución dirigente, por decisión de los soviets en 1919, según la cual un ciudadano pertenecía primero a su partido, antes de depender de su soviet, de su sindicato, etcétera. Dicha soberanía del partido fue inscrita en la constitución soviética (artículo 6), y perduraría hasta que Gorbachov la eliminara. Entonces, el estado y las demás instituciones fueron objeto de la reevaluación de sus relaciones.

• La tercera característica no es bolchevique en esencia, sino que tiene que ver con la práctica de la democracia representativa, pero el partido bolchevique la llevó a un límite extremo: la *burocratización* de las instituciones. Significó la colonización del despacho de una institución por otra institución: por ejemplo, la de los miembros de los partidos políticos que colonizaron los despachos de los sindicatos; ¿a quién obedecer? Y luego, la representación de diversas instituciones en los despachos de los otros: por ejemplo, representantes de los sindicatos y de los partidos (desde antes de Octubre) figuraban en el despacho del soviet de los comités de fábrica, el despacho de los soviets de los comités de vecindad, etcétera. Aún más, los dominaron progresivamente, de manera que una institución quedaba gangrenada por los representantes de otras instituciones y perdía parte de su identidad y de su autonomía.

• La cuarta característica es la *plebeyización* del poder debido al ascenso al aparato del estado de elementos populares nacidos de la revolución de 1917. Así se formó, desde febrero de 1917, un nuevo grupo social, los *apparatchiks*, que presidían los comités de vecindad, animaban la Guardia Roja, figuraban en los despachos de los soviets locales, etcétera. Dichos elementos populares no tenían adhesión política particular, pero se sumaron al partido bolchevique para consolidar su posición, léase “no querer volver a la fábrica”. La dirigencia del partido no era proletaria, salvo Shliapnikov: en tales elementos populares se encontró el embrión de un aparato estatal de base, que poco a poco sustituyó a los antiguos funcionarios zaristas sospechosos, quienes fueron perseguidos en ocasión de las purgas, por dichos

elementos venidos de abajo que ascendieron así en el aparato estatal. Hasta llegaron a sustituir a maestros, militares, ingenieros, etc., llamándose *spets* (especialistas), y penetraron las esferas institucionales más altas. La expulsión de la antigua burocracia y de los cuadros "burgueses" había terminado al inicio de la segunda guerra mundial, y en esos tiempos la dirigencia del partido estaba hecha jirones: en 1940 todos habían muerto, menos Stalin, Kalinin y Molotov, hombres que habían forjado 1917. Jrushov ya encarnaba dicho plebeyismo en las cumbres del estado.

Esta última característica demuestra el regreso a los valores tradicionales en el seno del estado soviético: la abolición de las leyes de emancipación de la mujer a partir de 1926, la prohibición del psicoanálisis, el culto de la patria rusa a principios de la gran guerra "patriótica", el rechazo del arte de vanguardia, etcétera.

CONSENSO Y RETORNO CULTURAL

Una serie de efectos perversos, en un sentido que el régimen no imaginaba, gangrenó el sistema.

El primero de ellos está ligado a la institucionalización del partido, que controlaba a todas las demás instituciones; éstas quedaron paralizadas por el terror, sobre todo en el periodo stalinista cuando el gulag reprimía sin consideración, los ciudadanos ya no se atrevían a emprender nada y los llamados del régimen a tomar iniciativa resultaban vanos. También, desde antes de la guerra, en pleno stalinismo triunfador, el poder concedió a los sindicatos una libertad de acción en un terreno que parecía irrisorio, considerando las aspiraciones "revolucionarias" del movimiento a principios de siglo: les dejaron manejar las licencias por enfermedad y convalecencia que el régimen había tomado a su cargo. Pierre y Marie Lavigne han señalado que desde 1936 los sindicatos habían ampliado esa brecha y se había creado una verdadera zona de acción autónoma asegurándose el control de los hoteles, los transportes, etcétera. Ahora bien, dichos aires de autonomía se multiplicaron poco a poco –en los deportes, hasta en el cine– y lentamente conjuntos orgánicos complejos, entre otros la gestión del ejército, se fueron volviendo autónomos de hecho, si no de derecho.

También autónomas eran las zonas de resistencia al proceso soviético, como bien lo ha identificado Alain Blum en la demografía: la

estabilidad de los matrimonios en los países bálticos, la ausencia de divorcios en los países islámicos y, por otra parte, la supervivencia de fiestas religiosas, aunque transfiguradas.

Todas estas "zonas" aceptadas o toleradas, generaran o no efectos perversos, contribuyeron al desarrollo de un *consenso* que nos señala el pequeño eco que podían encontrar los disidentes, a pesar de la existencia del gulag. Empero, para entender los orígenes de la perestroika, esto no es lo esencial.

El principal efecto"perverso" está asociado con los efectos de la educación y de la enseñanza que, en tres o cuatro decenios, "fabricaron" treinta y cinco millones de cuadros técnicos. Una vez integrados, éstos no eran nada contestatarios, y sus conocimientos se habían establecido al abrigo de ideas occidentales. Los más dotados también razonaban libremente, en el seno del partido o no, y se pudo constatar que en las instancias del Soviet Supremo, los trabajadores, que constituían 24% de los efectivos presentes al advenimiento de Gorbachov, no redactaban más que un 12% de los reportes, y un 6% de los reportes al Presidium, lo que es síntoma de su lenta eliminación de las actividades directivas, o bien de su desinterés por el trabajo político. Esto queda confirmado por la casi completa falta de participación en la campaña electoral de 1989, donde quienes tomaron la palabra fueron esencialmente los cuadros, los arquitectos, ingenieros y sabios: era la inteliguentsia, que de ahí en adelante empezaría a aparecer en las clasificaciones y las estadísticas. Dicho de otra manera, así como en los años veinte se observó un crecimiento venido desde abajo, plebeyo, que arrebataba puestos a la antigua burocracia formada en la época zarista, por los años setenta se produjo un crecimiento de las capas sociales educadas que tomaron poco a poco el relevo de los burócratas de origen popular. Los miembros de estas nuevas élites eran los descendientes de los precedentes, pero gracias a la política escolar y científica del régimen stalinista, fueron promovidos a la cúspide del estado. Hemos llamado dicho proceso la *desplebeyización* del aparato estatal.

Gorbachov encarna dicha categoría social de dirigentes educados en la cultura urbana, pero cuyos padres fueron de origen campesino o proletario.

Se da a entender que para estas nuevas élites el apetito del poder se combinó con la necesidad de una carrera ortodoxa, sin creer por ello que el marxismo-leninismo fuera la ciencia que por sí sola había permitido ganar premios Nobel o construir el Sputnik. En los años

setenta, ya se había empezado a decir que los “técnicos”, los “tecnócratas”, criticaban la incompetencia de determinado número de dirigentes del partido. La ideología bolchevique ya no constituía el camino en una sociedad donde los escritos de los disidentes constituían las lecturas privilegiadas, aunque prohibidas, de los sabios de Novosibirsk, y de Sajarov entre otros. Comprendiendo que el roce con esta otra cultura prohibida, la del Occidente, era necesario para los progresos de las ciencias y de las técnicas, la nueva inteliguentsia se desbolchevizó por completo, más intensamente en sus capas más jóvenes, cuya contracultura aparece como peligro desde la época de Jrushov.

Dicho contexto explica cómo, aunque fueran imposibles en la época de Jrushov por carecer de apoyo social, veinte años más tarde pudieron tener lugar las reformas políticas y liberales de Gorbachov, que se arriesgaban a ser sobrepasadas por su propio movimiento. Eso es lo que llevó a la caída del régimen comunista y a la desintegración de la URSS.

LA PERESTROIKA
Y LA FRAGMENTACIÓN DEL RÉGIMEN

Gorbachov fue elegido por su partido como sucesor de Andropov, su maestro, y de Chernenko, y quiso reformar el régimen con un espíritu comparable al de la Primavera de Praga, aunque no se vea el parecido entre los proyectos de Dubcek y los suyos. La iniciativa salía, en efecto, del partido y, por tanto, la experiencia no tenía nada en común con la de *Solidarność*, si bien sus alcances llegaron igualmente lejos. Rápidamente, la liberalización señaló la ruptura con la política de antaño: liberación de Sajarov, cierre de los campos, libertad de prensa, etc., pero no resultaba creíble a menos que se apoyara en las medidas espectaculares de las democracias populares. Así se hizo, y Gorbachov permitió la emancipación a los checos, los húngaros y los alemanes del Este; aceptó la caída del muro de Berlín y la unidad alemana.

A pesar de la ayuda de Occidente y las concesiones hechas en el plano del desarme, las reformas económicas no se llevaban a cabo: estaban paralizadas por un aparato burocrático hostil al cambio. También intervenían en esto el desgaste del sistema, la caída de la produc-

ción en el último decenio, la descomposición de los koljozes y el empeoramiento en la calidad de los productos de consumo. Gorbachov quiso romper la resistencia de la burocracia mediante una reforma política que, al modificar la estructura del poder, permitiera abrir el paso a una economía mixta, susceptible de satisfacer las necesidades de consumo: nunca antes, de hecho, habían estado tan vacíos los comercios.

Al estigmatizar los excesos del partido comunista, las carencias de los sindicatos y la impotencia de los soviets, Gorbachov dio en la clave con sus reformas: apuntaban a desatar la correa que ligaba las diferentes instituciones al partido, para que volvieran a descubrir su identidad de origen. Así, se resucitó el poder de los soviets locales y se devolvió a la base de las instituciones su capacidad de exponer opiniones y, sobre todo, de actuar, poniendo en tela de juicio los excesos del centralismo democrático. Sobre todo, se "despartidizó" el estado poniendo fin al artículo 6 de la constitución que legalizaba los poderes de preeminencia del partido. Al actuar así, quedó sellado el suicidio del régimen.

Establecer elecciones libres, donde solamente un partido seguía siendo legal, pero en las que era posible postularse sin pertenecer a él, constituyó el primer gran paso hacia un funcionamiento democrático al estilo occidental.

A esa altura, una parte del movimiento reformador juzgaba precipitadas esas reformas, a las que Occidente daba la bienvenida sin llegar a creer en ellas. Fue una crítica al partido el hecho de que Boris Yeltsin se hiciera elegir presidente de la Républica Rusa, pues Gorbachov, presidente de los soviets de la URSS, no se postulaba y su legitimidad provenía de haber sido nombrado para dichas funciones por el partido. Enseguida, Yeltsin disolvió el partido en Rusia, acto inédito que fue seguido por otro: la proclamación de la soberanía de Rusia *en* la URSS.

La idea de Gorbachov era privatizar una parte de la economía gratificando a los dirigentes, que se volverían dueños de las empresas que administraban. Ahora bien, frente a la creciente amenaza de los movimientos nacionales, Gorbachov quiso reconsiderar la estructura de la URSS por medio de una solución innovadora: el tratado de la Unión. Una vez firmado, con la autonomización de las repúblicas y la soberanía de Rusia seguida por la de los países bálticos, los burócratas, vueltos magnates, se verían privados de la realidad de la conversión económica que debía asegurar la perennidad de su poder.

El golpe de estado de 1991 tuvo por objetivo poner fin a dicho proceso. De hecho, se trataba de un golpe de estado, en el sentido de ir en contra de Gorbachov, con casi toda la dirigencia del aparato estatal puesta bajo vigilancia en Crimea, desde la dirección de la KGB hasta el presidente del Soviet Supremo. El fracaso del golpe de estado se explica por el grado de descomposición del régimen, tan avanzado que no pudo recurrirse a nada efectivo en contra de los demócratas, que se movilizaban detrás de Yeltsin y mantenían el dominio de las calles. El intento volvió a reproducir el modelo de la crisis de 1964, cuando Brezhnev y los suyos se contentaron con aislar a Jrushov. Pero en 1991 la opinión participa en los sucesos. El golpe de estado de 1991 reproducía también el esquema del golpe de estado fallido de Kornilov, en 1917, en el sentido de que Gorbachov se había rodeado de quienes frenaban su movimiento para controlarlos mejor, y había sobrestimado, como Kerenski, su capacidad de manejar la situación. O sea, al igual que Kerenski, Gorbachov fue rescatado por alguien más reformista que él: Yeltsin, que desempeñó en dicho esquema el papel de los bolcheviques.

Rescatado en tales condiciones, el poder de Gorbachov no era más que apariencia. Al proclamar su soberanía, después de que Yeltsin lo hubo hecho por Rusia, cada república dejó carente de toda realidad el poder del secretario del partido; por falta de presencia por parte de Rusia y las repúblicas, no podía existir un tratado de la Unión. El presidente de dicha Unión presidía una cáscara vacía y no le quedaba más que dimitir.

LA IMPLOSIÓN DEL IMPERIO

De manera global, se puede considerar que la inteliguenstia y una parte de los cuadros superiores del estado habían destruido las bases teóricas del régimen, y que Gorbachov y Yeltsin habían destruido sus estructuras políticas, antes de que Gaidar pusiera fin al *welfare state* que se basaba cuidadosamente en el consenso social.

En la tormenta, y de manera inadvertida, el imperio se había autodestruido.

El momento decisivo de su descomposición fue la proclama de Yeltsin, cuando fue elegido presidente de Rusia y de la soberanía de Rusia (soberanía a considerar en el interior de la URSS). Fue un acto

inaudito, cuyo significado y alcance fueron mal medidos. De alguna manera, estuvo relacionado con la salida de Francia de la Unión francesa y de Gran Bretaña del Imperio británico. Está claro que la meta de Yeltsin era vaciar de contenido el poder de Gorbachov, pero también quería dar una satisfacción a los militares. Frente al abandono de la política soviética en materia nuclear y, sobre todo, en Europa del Este, temiendo el desvío nacionalista de repúblicas como Armenia, Georgia o los países bálticos, Yeltsin se adelantó a tomar las riendas. Rusia iba a decidir con qué repúblicas quería federarse, lo cual prevenía una estrategia defensiva del tratado de la Unión y confería al ejército y al estado un excelente papel. En otras palabras, las repúblicas de voluntad secesionista sacaron provecho, cuando antes hubiera resultado impensable : "No se puede soñar", decían los bálticos.

Estos hechos indican por qué el ejército no abandonó a Yeltsin y por qué durante mucho tiempo disfrutó de cierta popularidad, aun fuera de Rusia, entre las repúblicas.

No significa esto que Yeltsin haya deseado, más que Gorbachov, el desmantelamiento de la URSS. Pero lo favorecía jugar esa carta en su marcha hacia el poder. Una actitud radical en todos los puntos, pero con un único objetivo: "En este sillón solamente cabe uno", explicó en 1988 al autor de estas líneas.

Su política frente a los sucesos de Chechenia atestigua la ambigüedad de su actitud, de su función táctica.

Hasta allí, efectivamente, la "descolonización" del imperio había transcurrido sin sufrir golpes. Es verdad que las repúblicas musulmanas, además de Georgia y Armenia, se gobernaban prácticamente solas antes de 1986 y que en Tadjikistán, fueran o no comunistas, el comisario de policía era tadjik, el juez era tadjik, el secretario del soviet era tadjik, el presidente del koljoz era tadjik, etcétera.

Es una situación que no tiene nada en común con, digamos, la de los árabes en Argelia un poco antes de la guerra de la independencia. El secesionismo no existía más que en las repúblicas de confesión cristiana, pero no se atrevían a creer en ello. La resistencia musulmana a la sovietización se hizo sentir por la codicia de puestos y funciones estratégicas en las comunidades no rusas, no solamente en Alma-Ata o Tashkent, sino también en Moscú. Obtener puestos y créditos en la cima, y puestos en el territorio, constituía la base de las relaciones políticas entre las repúblicas y el centro. Existía, pues, lo que hemos llamado un tipo de *separatismo invertido*, ya que los rusos estaban cansados de desembolsar en nombre de las otras repúblicas. Dicha

característica no excluía un lento éxodo de los rusos de las repúblicas hacia Rusia. Así, la descolonización precedió la independencia. Esta última también desestabilizó las sociedades tradicionales, lo que explica que sus cuadros no fueran hostiles en el parlamento, en su conflicto con Yeltsin.

Por lo demás, se puede observar que, tratado de la Unión o no, CEI o no, muchas repúblicas renuevan lazos ancestrales con la República de Rusia: la Bielorrusia primero, también Turkmenistán, Kazajstán, así como Georgia y Armenia. Muchas veces, es la hostilidad que se genera en el centro la que revive el nacionalismo, como en Chechenia. Dicha hostilidad se puede encontrar tanto con los rusos en los Urales o en Siberia, por ejemplo, y en este caso son nacionalidades "de pequeños efectivos", con los evenkes, que exigen un líder ruso, es decir, no siberiano. La tendencia de los occidentales a adjudicar planteos étnicos a los problemas ha conducido a errores sobre la naturaleza de los conflictos en curso.

*

El imperio lleva a pensar en un continente que ha sufrido una sacudida sísmica, pero en muchos casos los labios de esas fisuras se están cerrando.

En cuanto a la sociedad rusa, ya no entiende el sentido de la historia y ha perdido a la vez sus puntos de referencia y sus recursos,- ha sido víctima sucesivamente de la ilusión democrática, el mito del mercado, la liberación de los precios, el despojo del ahorro y la hiperinflación. Entre los pobres y los ricos, la distancia sigue siendo infranqueable, sean o no nuevos ricos corrompidos por la mafia, se trate o no de apparatchiks que metieron mano en el patrimonio del estado.

Hace poco, el partido era el núcleo y la estructura del sistema. Como tal, ha desaparecido, pero sus redes perduran. También sobreviven sus empresas, esas células que figuran como la continuidad más concreta respecto de la antigua vida. Para los simples ciudadanos que trabajan, constituyen una especie de "capullo" (Meryem Desert). Ya sean fábricas, escuelas de baile, laboratorios o clubes deportivos, se vuelven a encontrar empleados, directores y sindicatos. Ahí se come, se vive de ello y se vive en ello. O bien, ¿se puede hacer huelga en casa? Dicha característica puede explicar que, en su diversidad evolutiva, algunas regiones o determinados sectores permanezcan iguales a sí

mismos, a pesar de la privatización, y otros se transformen completamente, al grado de que no se sabe dónde los llevará el viento.

PARA CONSULTAR

Berelowitch, A., y M. Desert, *Les syndicats en Russie,* La Documentation française, 1994.
Desert, Meryem, "L'entreprise", *État de toutes les Russies*, París, La Déconverte, 1993.
Ferro, Marc, *Les origines de la perestroika,* París, Ramsay, 1990.
Ferro, Marc, y Marie-Hélène Mandrillon (comps.), *État de toutes les Russies*, París, La Découverte, 1993.
Godet, Martine, "Un cas de censure dans l'URSS de Khrouchtchev", *Annales,* 1996-4.
Ingerflom, C. S., *Le citoyen impossible,* París, Payot, 1991.
Khapaeva, Dina, *L'image de l'Occident chez l'homme d'affaires russe,* s.f. (en ruso).
Lefort, Claude, *Éléments d'une critique de la bureaucracie,* Ginebra, Droz, 1971.
Lewin, Mosche, *La grande mutation soviétique,* París, La Découverte, 1989.
Mandrillon, Marie-Hélène, *La crise sociale en Russie,* La Documentation française, 1995.
Sapir, Jacques, *Le chaos russe,* París, La Découverte, 1996.

3. LAS DOS GUERRAS MUNDIALES: UNA COMPARACIÓN

¿Existe una continuidad entre una guerra mundial y la otra, como lo suponía De Gaulle –"la guerra de los treinta años"– o una ruptura, en la que la segunda guerra mundial aparece más caracterizada que la anterior por un contenido ideológico, el antifascismo? ¿Son parecidas por los sufrimientos que impusieron a los combatientes: Verdún, Somme, Passchendaale, en la primera; Stalingrado y la batalla del Pacífico en la segunda? Inmediatamente se nota una diferencia: mientras que los antiguos combatientes de 1914-1918 volvieron a encontrarse en ligas y organizaciones, los de la segunda guerra mundial se desmovilizaron en cuanto la paz fue firmada. Sin embargo, se parecen en que ambos tienen sobrevivientes de exterminios colectivos: armenios en la primera guerra y judíos en la segunda, que han logrado años más tarde reivindicar una nueva identidad en términos de víctimas y víctimas no reconocidas.

Con sus parecidos o sus diferencias, ambos conflictos mundiales plantearon varios problemas sobre la identidad de los participantes, el comportamiento de los dirigentes, su capacidad de gobernar y los efectos visibles de los conflictos.

LA ELECCIÓN DEL ENEMIGO

La primera gran diferencia entre los dos conflictos tiene que ver con la identidad del enemigo, su designación.

La Gran Guerra fue unos de los raros conflictos de la historia en que cada pueblo cerró filas alrededor de sus dirigentes. La unanimidad patriótica existía en cada campo, porque en cada campo los dirigentes estaban ahí y persuadían a los ciudadanos –a menudo con razón– de que el enemigo aborrecía su existencia y la de su patria. Dicha característica demuestra que, a diferencia de otros conflictos, en particular la segunda guerra, ningún combatiente tomó "partido por el extranjero".

Es cierto que en la Gran Guerra hubo quienes se opusieron a ella. Sin embargo, no eran solidarios con el enemigo. Se declararon pacifistas, adversarios de todo gobierno, si no es que de todas las guerras. Algunos, como Plejanov o Jaurès, condenaban la guerra "imperialista", pero juzgaban legítima la defensa del territorio nacional si había amenaza de agresión.

Así fue para todos en 1914. Incluso en Rusia, donde el recelo hacia la autocracia era general, la duda no hizo mucho eco; no hubo desertores. Es cierto que en Francia e Italia había miembros del clero hostiles al régimen y a su inspiración laica, y deseaban el castigo de Dios para su "patria perdida", pero no fueron más que unos cuantos. Por otro lado, hubo socialistas extremos que determinaron, en 1914, que no habría nada más dañino en Rusia para el futuro de la revolución proletaria que una victoria militar de los ejércitos zaristas, o en Alemania de los ejércitos imperiales, etcétera. Eso significaba que había que contribuir al fracaso del propio país. No obstante, ya que nadie aprobaba dicha plataforma, Lenin tuvo que modificarla y abandonar sus posturas antipatrióticas. De ahí en adelante, propuso la transformación de la guerra europea en guerra civil.

Ésta era la realidad para Rusia, y también lo fue para Francia, Alemania y Europa entera, en la medida en que cada población y cada nación tenían en claro que eran verdaderas víctimas de una agresión. En consecuencia, cada ciudadano hizo la guerra en defensa de su patria con la misma convicción con que hubiera llevado a cabo una cruzada o defendido a su madre.

Los pueblos tenían la certeza de su antigua historia. Se les había enseñado que su destino estaba marcado por la lucha defensiva contra el "enemigo hereditario": el francés contra el alemán, "que le había quitado Alsacia-Lorena"; por su parte, el alemán contra el eslavo y contra el francés, que no se resignaba al éxito del rey de Prusia; los rusos contra los amarillos y los germanos, que ayer fueran tártaros y teutones, hoy eran turcos y alemanes. También era así para los italianos, adversarios de Austria, el enemigo de siempre; o para los turcos, eternos enemigos de los eslavos.

En todos los países, los maestros de escuela habían enseñado esas verdades que alimentaban el espíritu patriótico. Además, ya adultos, los jóvenes leían en los diarios que su país estaba rodeado por enemigos que tenían envidia de su prosperidad, su seguridad y su propia existencia. La enseñanza de la historia, las campañas de prensa y aun las manifestaciones deportivas estimulaban dicho patriotismo, que

poco a poco se transformó en nacionalismo. Aparecían sentimientos belicosos en gente que era pacífica y creía que solamente la política de sus dirigentes era susceptible de provocar una guerra. Así eran los líderes del movimiento socialista internacional, poetas del pacifismo como Jaurès o Kautsky. En 1910, su patriotismo estaba enraizado de tal manera que no se daban cuenta de que acentuaban, en caso de guerra, las responsabilidades de la clase dirigente de su propio país, y de que en 1914 las hicieron caer sobre la clase dirigente del enemigo nacional. Dicha creencia general demuestra la unanimidad con la que los movilizados de todos los países respondieron al llamado. Aplazaron la realización de otros sueños, como la revolución social o, en el caso de muchos italianos y minorías nacionales de Europa central, la salida hacia América. A ellos la guerra les proporcionaba la ilusión de que en el ejército ya no serían ciudadanos de segunda categoría. A los demás, llámense campesinos o provincianos, la guerra les prometía durante algunas semanas lo que su existencia cotidiana no podía darles: una aventura extraordinaria. La mayor parte de ellos nunca se había subido a un tren; no conocía la gran ciudad y a la edad de veinte años se imaginaba que regresaría al poco tiempo, con coronas de laurel por sus victorias.

Los combates singulares que opusieron una por una las naciones tenían sus raíces en la tradición. Cada una de ellas presentía que su existencia estaba amenazada, y tal instinto colectivo no estaba del todo equivocado. El "programa de septiembre de 1914" de los dirigentes alemanes preveía "el debilitamiento de Francia hasta el grado de que nunca volvería a ser una gran potencia". Por su lado, Delcassé, Poincaré y los jefes militares franceses pretendían "regresar a Alemania a su situación de antes de 1866". La política Rusa de apoyo a las minorías eslavas del imperio austro-húngaro quería, a largo plazo, la destrucción del estado de los Habsburgo; la política "panturca" del sultán amenazaba también con desintegrar el imperio de los zares, etcétera. Para los dirigentes y los pueblos, la guerra de 1914 obedecía a cierto tipo de fatalidad, lo que explica su carácter de lucha "de vida o muerte".

Hasta Gran Bretaña sentía la amenaza, preocupada por perder su hegemonía frente al irresistible avance de Alemania.

*

Esto no guarda ningún parecido con lo que fue el inicio de la segunda guerra mundial. Lejos de ser unánimes, los principales beligeran-

tes estaban divididos y no tenían en claro quién era el enemigo principal. El cisma se presentó tanto en el nivel de la ciudadanía como en el nivel de las opciones políticas.

En Francia, las divisiones se multiplicaron.

Para unos, desde 1918 Alemania, cuya economía estaba menos lastimada que la de Francia, seguía siendo el enemigo principal. Francia estaba parcialmente destruida por la invasión y la población alemana había crecido. Por todo esto, se estimaba que Alemania no había pagado adecuadamente las indemnizaciones –según el tratado de Versalles– y ostentaba un espíritu de venganza peligroso para el futuro de la nación. Cuando Hitler tomó el poder en 1933, Alemania se volvió una amenaza y la política de Francia comenzó a temblar.

El miedo a otra guerra prevalecía en toda la población, animada por un pacifismo "de rebaño", de modo que les resultaba más fácil movilizarse a favor de Etiopía o los republicanos españoles –contra el fascismo– que enfrentarse a Alemania a quien era necesario ablandar, o por lo menos neutralizar, por medio de una alianza con Italia (para salvar a Austria) o con Rusia (para salvar a Checoslovaquia). Louis Barthou, Pierre Laval y más adelante P.E. Flandin imaginaron estas negociaciones en forma de fuga, en lo que se llegó a calificar como política de cobardes. Pero la izquierda no quería una alianza con la Italia fascista y la derecha no la quería con el país de los soviets. Entonces, lo ideal para algunos, hubiera sido poner a Alemania en contra de la URSS, lo cual dejaría a todos contentos. A todos menos a los comunistas, por supuesto, quienes entre 1933 y 1939 no tenían mucho peso.

En realidad, algunos juzgaban que la URSS era el enemigo principal, junto con los comunistas que le eran devotos. De esa manera pensaban sin decirlo algunos políticos franceses. Entre otros, Georges Bonnet y también Laval, quienes deseaban que Francia y Alemania "enterraran el hacha de la guerra", independientemente de los regímenes escogidos por el vecino, Weimar o los nazis. La izquierda se dedicaba a frenar el rearme dejándose llevar por el espíritu de Briand, el pacifismo de la SDN; a partir de 1934, le tocó a la derecha desempeñar el papel de pacifista cuando se vislumbraba una nueva guerra entre Francia y Alemania –después de Múnich– "que sólo beneficiaría a la URSS y al socialismo". "Mejor Hitler que Blum" era un eslogan que murmuraban hombres como Déat o Doriot. La guerra civil franco-francesa le había ganado de mano al patriotismo nacional que inunda la prensa de extrema derecha y desmoraliza al simple ciudadano: *Gringoire, Candide, Je suis Partout, Le Matin, Le Petit Parisien.* En la dere-

cha, sólo hombres como P. Reynaud o G. Mandel se resistieron a la corriente: se los clasificó como belicistas. El país "iba a la guerra caminando hacia atrás". Es importante señalar que dicha prensa fue mucho más violenta contra la URSS, que había atacado a Finlandia en 1939, que contra Alemania, que había derrotado a Polonia, cuando Francia, en tanto aliada de Polonia, ya estaba en guerra contra Hitler y no contra Stalin. Cuando Francia quedó derrotada, el país se dividió; el régimen de Vichy practicaba una colaboración con Alemania que una gran parte de la opinión rechazaba, a tal punto que una verdadera guerra civil se desarrolló entre 1943-1944.

Gran Bretaña no fue arrastrada por esa corriente, aunque Chamberlain y Lloyd George –el triunfador de 1918– también llevaron a cabo una política derrotista. A pesar de los esfuerzos de Mosley, el país se libró de la ola fascista que Francia sufrió: el partido comunista inglés no contaba, lo cual permitía a los partidarios de la lucha contra el fascismo poner dicho combate en primer plano. Desde este punto de vista, el recorrido efectuado por Winston Churchill resulta típico: cantó alabanzas a la intervención de 1919 contra los soviets; luego la lucha a muerte contra la Alemania de Hitler en 1940, aun a riesgo de tener que aliarse con la URSS, cuya voluntad hegemónica denunciaría en Fulton, en 1946, después de la derrota de Hitler. Gracias a sus acciones el país se encontraba unido, con el enemigo principal claramente identificado.

En los países totalitarios, la opinión no participaba en el proceso de designación del enemigo. Para Hitler, estaba claro que el enemigo principal era la URSS, siendo Francia el enemigo secundario; deseaba la neutralidad de Gran Bretaña, si no podía ser su aliada. La firma del pacto germano-soviético, aquel Waterloo de la diplomacia franco-británica que dejó estupefactos a los militantes comunistas de otros países –y también a los militantes fascistas, aunque esto se suele olvidar–, no dejó de sembrar confusiones en la designación del enemigo, tanto para Moscú como para Berlín. Los comunistas siempre dijeron que Stalin se había visto obligado a concluir el pacto para detener la amenaza alemana y ganar tiempo, ya que los aliados habían eludido una alianza con Moscú en 1938. Por su parte, cuando se rompió el pacto, Goebbels declaró que la Wehrmacht, al atacar, quería impedir una invasión soviética.

En realidad, ni los comunistas extranjeros ni Goebbels estaban al corriente de las disposiciones de Stalin. Eran los alemanes, no los soviéticos, quienes firmaron el pacto para ganar tiempo, para derro-

tar a Francia antes de atacar a la URSS y para constituir un espacio vital en toda Europa central, extensivo hasta Ucrania. En cuanto a Stalin, al parecer desde 1936 juzgaba necesaria la guerra contra Alemania pero él había deseado hacerla asociado a los anglo-franceses y resolvió el pacto con Alemania para dividir a los enemigos del comunismo, para eliminar el vínculo entre Gran Bretaña, Alemania y Japón. Pensaba que la guerra futura contra Alemania no podría ser sino ofensiva y respetó el pacto para ganar tiempo. Así, Stalin no ganó tiempo al firmar el pacto, sino al respetarlo.

Una vez que la Alemania nazi emprendió la guerra, ya no existía un enemigo principal. Cuando en 1943 Roosevelt y Churchill declararon en Casablanca que harían la guerra hasta la capitulación de Hitler y de su régimen, pensaron, una vez que se perfilaba la derrota, en una paz por separado con la URSS –que Stalin rechazó–, si bien la opinión favorecía más una paz por separado con los anglosajones. Goebbels se inclinaba por la primera hipótesis, Rommel y los militares por la segunda, que Hess había intentado llevar a cabo escapando a Inglaterra en 1941. Pero Hitler se oponía a todos esos acercamientos. En 1945, para los alemanes, el enemigo principal eran los rusos.

Para los japoneses siempre había estado muy en claro que el enemigo principal estaba constituido por el mundo anglosajón, Estados Unidos ante todo, y el pacto de neutralidad japonés-soviético fue nada más que una operación diplomática que resultó sobradamente beneficiosa para ambos; gracias a dicho pacto, Moscú no tuvo que preocuparse por Extremo Oriente y pudo concentrar sus fuerzas frente a Hitler. La política japonesa también se explica por el hecho de que, en vista del pacto germano-soviético, Tokio estimaba que Alemania violaba el pacto antikomintern[1] firmado el año anterior, y que por lo tanto Hitler no era un aliado fiable. La cooperación con él nunca fue muy estrecha, excepto en 1942, cuando se conjugaron la ofensiva de Rommel hacia Alejandría y la de los japoneses en Birmania. En 1945, Japón buscó apoyo en la diplomacia soviética para impedir una invasión, señal de que, para ellos, la URSS no era el enemigo principal. Ésta no respondió a sus avances, y por el contrario, declaró la guerra contra Japón.

En Estados Unidos, Roosevelt y los centros dirigentes estimaron que la Alemania hitleriana era el peligro principal contra la democra-

[1] Pacto llevado a cabo entre los gobiernos alemán, italiano y japonés contra la URSS y los partidos comunistas cuya acción estaba coordinada por el Komintern, o 3ª Internacional.

cia que ellos pensaban encarnar. Sin embargo, después de Pearl Harbor, fue tal el choque creado por la agresión japonesa que Roosevelt, desde luego estimulado por Churchill, necesitó mucha energía para que la opinión pública, y sobre todo la marina, aceptaran hacer la guerra primero contra Alemania antes de dirigirse contra Japón. Así se explica que Roosevelt quisiera desembarcar lo más rápidamente posible en Francia –desde 1943–, pero Churchill lo persuadió de que dicha operación resultaba demasiado arriesgada y que hacía falta ocupar, en primer lugar, África del Norte, incluso Italia y los Balcanes. Este último objetivo significaba también que para Churchill en 1944 la URSS se estaba volviendo un enemigo potencial y que hacía falta prevenir su avance por Europa Central ocupando Viena antes de que llegara a las fronteras del Reich. Pero Estados Unidos era suficientemente fuerte para imponer su estrategia.

ANÁLISIS Y PRONÓSTICOS

Sin duda, es siempre más fácil poner la historia en perspectiva después de los hechos y observar que los contemporáneos no dominaron el significado de los sucesos que vivieron, que sus dirigentes se equivocaron. De una guerra a la otra se vuelven a encontrar errores de diagnóstico y errores de pronóstico.

En lo que respecta a la primera guerra mundial, los primeros en equivocarse fueron quienes afirmaron la primacía de los datos económicos en la historia. En esta coyuntura, los socialistas y los marxistas. Frente al avance belicista de los nacionalismos, pensaban que la guerra no podía suceder dadas las "contradicciones del imperialismo". Ciertamente, los sistemas de alianzas demostraron la naturaleza imperialista de la guerra, sus causas esenciales: las que los pacifistas proclamaban y que el análisis "marxista" revelaba. No obstante, éstas no fueron completamente determinantes ya que, según Rosa Luxemburgo, Karl Kautski y muchos otros, "si bien el imperialismo llevaba en sí tendencias suficientes para provocar guerras (...), los trusts y los cárteles estaban interesados en mantener la paz (...) , de lo que da testimonio la crisis de Marruecos en 1911". En 1913, el francés Jean Jaurès y el alemán Hugo Haase dijeron que "la mayor garantía para mantener la paz está fundada en inversiones nacionales (...); de hecho, tres fuerzas militan a favor de que no haya guerra: la solidaridad

del proletariado, el trabajo conjunto de los capitales ingleses, franceses y alemanes, y el miedo de los gobiernos a que de la guerra no nazca la revolución".

A decir verdad, éste fue un error de la misma naturaleza que el que cometieron los dirigentes alemanes en 1914 y en 1939, cuando creyeron que Gran Bretaña no entraría en guerra, justo antes de Pearl Harbour, cuando los japoneses pensaban que los norteamericanos, pueblo del *business* sin honor, decidirían que la guerra les iba a costar demasiado y que después de la manifestación de fuerza en Pearl Harbour, Washington estaría dispuesto a compartir las zonas de influencia en el Pacífico.

Dichas conclusiones demostraron ser tan erróneas como en 1914, en que sus premisas estaban mal planteadas. La formación de la Triple Alianza (Francia, Gran Bretaña y Rusia), la consolidación del Pacto (Austria-Hungría, Alemania) así como la evolución de las rivalidades imperialistas volvía inevitable el enfrentamiento entre las naciones. La logística estaba ligada al desarrollo desigual de las naciones y a la rivalidad que resultó en consecuencia.

Otro error de diagnóstico de los dirigentes civiles y militares, esta vez ya sin distinción de nacionalidad, consistió en creer en 1914 que la guerra sería corta, y como había empezado en verano, terminaría antes del invierno. Esta actitud despreocupada proviene de que no asociaron la guerra con el progreso de la revolución industrial. En Alemania, por ejemplo en 1912, no se veía la necesidad de crear un estado mayor económico que habría podido reglamentar y planificar la actividad de las fábricas de la Ruhr, lo cual sí se hizo después. En 1914, el secretario de estado en finanzas se negó a comprar los depósitos de trigo almacenados en Rotterdam.

En Francia, así como en Alemania y en los demás países, los dirigentes pensaban en la cantidad de hombres que podían movilizar y en el equipo necesario más que en las nuevas características que la futura guerra podría adquirir. Sólo espíritus "atrasados" podían imaginarse que la guerra iba durar más de una estación porque, como ya se había vuelto obligatorio el servicio militar y estaba pendiente el posible reclutamiento en Gran Bretaña, la vida del país se iba a perturbar tanto que una situación así no podría durar mucho.

El corolario a dicha visión de la guerra fue la sorpresa de los militares al haber tenido que depender de la suerte de los inventores y de la industria. Los alemanes fueron los mejores durante mucho tiempo en términos de lo material, aunque en lo que se refiere a los cañones fueron los Pontilovs 76 los que dominaron a los 77, y ciertamente a

los 75 franceses. Los gases, los zeppelines, los submarinos, los tanques y la aviación fueron las nuevas armas, que a final de cuentas, en 1918 fueron mejor utilizadas (y en mayor cantidad, en especial los tanques) por los aliados que por las potencias centrales. Fue con la entrada de Estados Unidos en el conflicto en 1917 que la guerra de lo material tomó la delantera y desplazó a la potencialidad del material humano.

Visto desde Estados Unidos, el objetivo de dicho remplazo consistía en economizar la sangre de los hombres. En 1917-1918, el objetivo se cumplió y también lo lograron durante la segunda guerra en el frente occidental, en África del Norte así como en Europa, donde los norteamericanos sufrieron menos pérdidas que sus aliados o sus enemigos. Empero, en el Pacífico la superioridad técnica de los norteamericanos no pudo evitar que la guerra se desarrollara según los ritos más crueles del combate cuerpo a cuerpo o de los lanzallamas. Los marines norteamericanos estaban ciertamente preparados, pero la resistencia japonesa hizo que la guerra del Pacífico fuera una prueba comparable solamente a Verdún o a Stalingrado.

Otro error de pronóstico fue cometido por los dirigentes políticos y militares que creyeron que la marina de guerra iba a asegurar la preponderancia de su país. En 1914, el duelo de la Home Fleet y de la armada del imperio alemán parecía inevitable y se pensaba que iba a decidir el destino de la guerra. No obstante, nunca había ocurrido una batalla, hasta la de Jutland en 1916, en la que una parte de las dos flotas se encontraron al azar, sin haberse buscado. Durante la segunda guerra mundial, fue la aviación, la Luftwaffe en este caso, la que decidió las cosas, como en Noruega en 1940, lo cual devaluaba el combate entre armadas. La guerra naval no desempeñó un papel determinante en el Pacífico en 1943-1944. Casi siempre el resultado era favorable a los norteamericanos: esto sucedía porque habían logrado descifrar el sistema de comunicación secreta del enemigo, especialmente en la batalla de Leyfte.

Los mismos errores de cálculo se vuelven a encontrar en otros terrenos. En 1914-1918, por ejemplo, nadie se había imaginado que la guerra en las trincheras fuera usual, tal como se había hecho por primera vez en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. Los franceses se negaron a creer en la realidad del Plan Schlieffen, y los alemanes pensaban que iban a "desangrar" a los franceses en Verdún; durante la batalla de Somme, el comando anglo-francés pensaba ganar la guerra gracias a su artillería y los franceses iban a "taladrar" en 1917 el Chemin des Dames. Los alemanes no quisieron creer en la eficacia de

los carros de asalto de combate y los aliados pensaban ganar a su enemigo con un bloqueo. En vano, los adversarios creían sublevar nacionalidades del imperio ruso, como las de la Doble Monarquía. En 1914, los dirigentes temían que iban a tener muchos desertores, cosa que no sucedió; mientras que en Francia y en Rusia, así como en Alemania, hubo motines en 1917 y 1918.

En 1939-1945, el error de no haber mantenido a Polonia bajo su poder, mediante una ofensiva por el oeste fue un cálculo más de esta "guerra rara", que tenía como meta no expresada la esperanza de que se pudiera obtener un acuerdo de paz con los alemanes, gracias a un nuevo Múnich; en cambio, el riesgo de entrar en Bélgica y "de caer en una trampa" por una ofensiva alemana en Ardennes también fue un riesgo calculado, a sabiendas de que sería mortal para las tropas francesas. Después de la derrota francesa, les tocó a los alemanes sobrestimar a la Luftwaffe y creyeron que su victoria segura sobre la Fuerza Aérea Real les iba permitir el desembarco en Gran Bretaña. Pero los radares ingleses deshicieron la operación. Luego, fue el turno de los ingleses, que se equivocaron al creer que podían ayudar a una Grecia invadida en 1941, así como quedarse con Creta; y más adelante, les tocó a los alemanes subestimar la resistencia de los yugoslavos a la invasión de su país. Y sobre todo, Hitler y su estado mayor subestimaron la capacidad de los rusos para defenderse y no imaginaron ni por un momento que en el plano técnico, los eslavos podrían resultar superiores gracias a sus *katiuchkas* y sus T34. La soberbia racista de los nazis se volvió contra ellos mismos.

Una característica común a las dos guerras es que, hasta el final, el desenlace fue incierto. En 1914-1918, los alemanes estuvieron a un paso de la victoria en julio de 1914, antes de la batalla de Marne, y en abril de 1918, antes de la segunda batalla de Marne. Durante la segunda guerra mundial, se puede decir que el invierno de 1942-1943 marcó el giro, la vuelta de la guerra, con las tres victorias de los aliados: Stalingrado, El Alamein y Guadalcanal, en Rusia, en África del Norte y en el Pacífico. Los alemanes casi habían ganado la guerra antes de la batalla de Inglaterra (verano de 1940) y de Moscú (noviembre de 1941), por lo menos contra los soviéticos. Pero, aun después del revés del invierno de 1942-1943, el desenlace seguía siendo incierto, después del primer éxito del desembarco aliado en Normandía, cuando se usaron los V1 y los V2 –que no tuvieron ningún efecto sobre el curso de la guerra– y cuando sucedió la ofensiva en Ardennes, en el invierno de 1944-1945, donde los alemanes planeaban echar de vuelta al mar

una parte de las tropas aliadas. Sólo el desenlace de la guerra contra Japón parecía inevitable y sin sorpresas; el uso de la bomba atómica apresuró la hora de una capitulación para la cual los dirigentes de Tokio ya se estaban preparando.

REFERENCIA Y MEMORIA

La comparación entre la primera y la segunda guerra mundial fue hecha por los mismos dirigentes de la segunda guerra. Las ideas y experiencias en 1939-1945, se sacaban del arsenal de lo que había pasado en 1914-1918, a excepción de los bolcheviques. En lo que concierne a la guerra futura, a la defensa del país o las solidaridades y las amistades anudadas y desanudadas de 1918 a 1945, la referencia es siempre 1914-1918. Es la obsesión de Hitler, Pétain y de los militares de todos los calibres. El Plan Schlieffen está tan vivo en 1940 como en 1914: la operación por Ardennes, lo poco que hubo de defensa masiva en 1940 siempre hace referencia explícitamente a 1914-1918; y tanto en 1941 como en 1917, Pétain "esperaba los tanques y a los norteamericanos"; para firmar un armisticio se hace referencia a 1918 y, por no aplicar sus cláusulas, Hitler también hace referencia a los mismos sucesos de dicho año.

Para ciertos historiadores, la comparación encubre grandes engaños. En Alemania, por ejemplo, los debates sobre los orígenes de la primera guerra mundial siguen vivos, mientras que en Francia y otras partes ya se han extinguido.¿Por qué? Porque al considerar ilimitadas las ambiciones de Alemania en la época de Guillermo II se va disolviendo la voluntad hegemónica del nazismo, su especificidad; se presenta menos como un accidente.

La memoria de los ciudadanos sigue teniendo recuerdos que siempre ignorará la historia oficial. Como esos "aprovechados de guerra", tan presentes en la primera guerra y casi ausentes durante la segunda, menos en Francia, quizás, donde sí hubo mucha amargura contra los BOF (*beurre-oeufs-fromage*, manteca, huevos, queso) y otros enriquecidos. Las mujeres fueron las principales víctimas de dicha furia de los combatientes después de 1918; no se conoció ese fenómeno en la segunda guerra, salvo por algunas mujeres que fueron rapadas en la liberación de Francia. La primera guerra tuvo el efecto de vincular a las clases antagonistas que después de 1918 se seguían reuniendo en

los movimientos de antiguos combatientes, y el de nutrir las organizaciones fascistas o nazis; este tipo de derivación no sucedió en la segunda guerra mundial.

Cada guerra dejó huellas diferentes. En 1914, se creía saber por qué se luchaba, el enemigo estaba bien dibujado. Empero, al final de la guerra, los combatientes tuvieron la impresión de haber sido engañados, el enemigo del frente se había convertido en una especie de hermano y el resentimiento se dirigió hacia los civiles, alimentando el fascismo por un lado y el comunismo por otro. Para muchos, en 1940, los datos del conflicto se opacaron. En 1945, la situación está al revés; no se cuestionó la legitimidad del combate en el que se participó; no existen diferencias entre los combatientes de primera línea y los de la retaguardia, todos sufrieron lo mismo: bombardeos, deportaciones y luchas armadas. En 1914-1918, las víctimas absolutas son, por excelencia, quienes han muerto por la patria, los ciegos y los mutilados de guerra. En 1940-1945, las víctimas emblemáticas son los que salen, medio vivos, de los campos de exterminio: civiles y niños, todos los ajenos a la guerra. Además de los que no regresaron, especialmente los judíos.

Y observamos que, al término de ambas guerras, los ganadores pisotearon los principios en el nombre de los cuales habían combatido, notablemente el derecho de los pueblos de decidir por sí mismos. En 1918, no se respetó ni el caso de los sudetes ni de los húngaros de Transilvania ni de Austria, que pedía volver a unirse al Reich alemán; en cambio, en Versalles, se nombró responsable de la guerra a Alemania, lo cual reflejaba nada más que un solo aspecto de la realidad. Las cláusulas de la paz eran severas en algunos lugares, pero menos de lo que les hubiera gustado a los franceses y a los belgas, pues se temía que un desmantelamiento o un trato más brutal lanzara al país al bolchevismo. Dicho antecedente se vuelve a encontrar en 1945, cuando, al tomar la lección alemana del revanchismo de 1918, Estados Unidos protege a los vencidos, con gran perjuicio de las víctimas de los nazis o de la eterna Alemania. Sólo los rusos practican aún una política de ganadores mostrándose intratables –lo que da cuenta en parte del antiamericanismo en Francia entre 1946-1947– pero eso acabó previniendo cualquier intento de Alemania del Oeste por hacerse comunista. Por otra parte, el derecho de los pueblos a decidir por sí mismos no solamente dejó de respetarse en 1918. Los sudetes, los polacos de Galicia y los alemanes de Posnania fueron las principales víctimas de los cambios de fronteras exigidos en una parte por Moscú y en otra por Praga o Varsovia.

En cuanto al tribunal de Nuremberg, que juzgó a criminales de guerra nazis –defendidos libremente por abogados alemanes– no puede ser asimilado solamente como una instancia puesta por los ganadores, aun si ningún opositor alemán al nazismo tuvo lugar en el tribunal, porque los crímenes cometidos por el régimen nazi en aquellos años sobrepasaron lo que la historia ha denominado crímenes de guerra: víctimas de campos de exterminio y cámaras de gas. Judíos y no judíos, hombres, mujeres y niños conocieron lo que de ahí en adelante se nombró "crimen contra la humanidad".

Desde entonces, el pueblo alemán ha puesto su honor en reconocer su culpabilidad, lo que también resulta un ejemplo único en la historia.

PARA CONSULTAR

Sobre la primera guerra mundial

Ferro, Marc, *La grande guerre 1914-1918*, París, Folio-Gallimard, 1993.
Miquel, Pierre, *La Grande Guerre*, París, Fayard, 1980.
Renouvin, Pierre, *La crise européene et la première guerre mondiale*, París, PUF, 1962.

Sobre las dos guerras

Taylor, A. J. P., *De Sarajevo à Potsdam,* París, Flammarion, 1968.

Sobre la segunda guerra mundial

Azema, J. P. y F. Bedarida, *Les années de tourmente, 1938-1948,* París, Flammarion, 1995.
Ferro, Marc, *Questions sur la Deuxième Guerre mondiale*, París, Casterman, 1995.
Girault, R., R. Frank y J. Thobie, *La loi des géants, 1941-1964*, Masson, 1993.
Michel, Henri, *La Seconde Guerre mondiale,* París, PUF, 1969.
Parker, R. A. C., *Struggle for survival,* Oxford University Press, 1989.

4. DE LA COLONIZACIÓN A LAS LUCHAS POR LA INDEPENDENCIA

Tradicionalmente, el término colonización se aplica a la ocupación de una tierra lejana y extranjera que va acompañada de la instalación de colonos. En el caso de la mayoría de las potencias que se dicen coloniales, dicha instalación se efectuó en ultramar, y esta característica marca una diferencia. Pero en el caso de España en el Rif, y sobre todo en el de Rusia, existe continuidad territorial, aun si el desierto de Turkestán desempeña el papel de separador, como una especie de mar que aislara las tierras rusas. De manera que entre la expansión territorial hacia Siberia y la conquista de los países tártaros, turcos y caucasianos existe a la vez un parecido y una ruptura: la dificultad de vencer a aquellos pueblos pertenecientes también a otra comunidad más amplia, ya fuese étnica o religiosa. En Rusia, los términos "expansión territorial" y "colonización" son a menudo sinónimos, mientras que en Occidente se diferencian cuidadosamente.

Otro aspecto del problema consiste en la edad o antigüedad de la instalación, ya que sirve para establecer un cierto criterio de legitimidad. En Chechenia, por ejemplo, los rusos acudieron al llamado de las poblaciones contra los kanes de Crimea, y su incorporación a Rusia en los tiempos de Pedro el Grande quedó reconocida por tratados internacionales desde 1774; el país fue primero parte del imperio y después, de la federación de Rusia en 1917; ése no es el caso, por ejemplo, de Georgia, que se anexó mucho más tarde y fue "reconocida" república soviética . Sin embargo, ver las cosas así supone postular que el movimiento de la historia es unilineal e irreversible, ignorando que las naciones pueden aparecer y desaparecer de la mañana a la noche, como fue el caso del estado khazar. La historia no es algo programado.

DATOS Y ARGUMENTACIÓN DE LA EXPANSIÓN COLONIAL

Primer dato: se debe señalar que lo imaginario es una entrada que ayuda a entender las reacciones de una sociedad a la expansión, la colonización y la reivindicación independentista. Kljuceskij y otros han señalado que los rusos fueron el único pueblo que consideró que la colonización constituía la esencia misma de su historia. Para los españoles, la expansión al otro lado del mar fue manifestación de su grandeza, su poder; su fin, el principio de una decadencia. Para los portugueses, fue signo de su audacia: "y si la tierra hubiera sido más grande, le habríamos dado la vuelta"; más tarde, fue marca de singularidad: en Brasil, los portugueses crearon una nueva raza para la sociedad. Para Inglaterra, la marca fue primero establecer el dominio de los mares, luego imponer la presencia británica en todas partes del mundo, más que echar mano a los territorios. El Commonwealth se diferenció así de la India o de Egipto. Por el lado francés, se valora la definición de república y se pretende diferenciar los "departamentos" franceses de las otras posesiones imperialistas. Se añade otra idea, heredada de 1789, que afirma que la aspiración de todos los hombres consiste en hacerse ciudadanos franceses; por lo tanto, dicha "recompensa" solamente se otorga con cuentagotas.

Estas consideraciones no han quedado sin consecuencias; dan testimonio, en parte, del hecho de que Inglaterra pudo perder la India sin pestañear, pero fue a la guerra para defender las Islas Malvinas, súbditas de Su Majestad. Y, como las Kuriles han sido consideradas tierra rusa desde siempre, no son territorio negociable con Japón.

Otro dato: las mismas condiciones de expansión han variado en la historia aun cuando no fueran las mismas para cada estado o cada sociedad. En los casos de España o Portugal, uno se puede preguntar cuál fue la motivación primordial: ¿Cristo o el oro? El oro, en el caso de las especias y el acceso a las zonas de producción en las fronteras del imperio turco; Cristo, en la medida en que estuvo presente tanto en Alburquerque, como en Cristóbal Colón la obsesión de conquistar Jerusalén. Respecto de las ciudades italianas –Génova y Venecia– cuya expansión y colonias prefiguraron, en Jaffa y en Zagreb, la estructura ulterior de los portugueses o de los españoles, el objetivo era el desarrollo del comercio, como lo fue posteriormente para los holandeses, desde fines del siglo XVI. A su vez, la pesca y el gusto por la aventura llevan a los franceses hasta Canadá. La instalación de colo-

nos rusos en Siberia fue apoyada por el zar con el fin de multiplicar contribuyentes y enriquecer el estado. El caso de Inglaterra es interesante, ya que atestigua la continuidad de una misma visión de los dirigentes desde la época de Humphrey Gilbert, en el siglo XVI, quien definió el doble objetivo de la expansión: bases navales para el comercio y tierras para instalar a los colonos protestantes que no poseían nada. Esa doble motivación se vuelve a encontrar posteriormente en la política zarista ortodoxa en la época del imperialismo, con la partida más o menos forzada de pobladores a Siberia. En consecuencia, no tuvo nada que ver, pese a la frecuencia con que se intenta hacer este paralelo, con el poblamiento de los espacios norteamericanos, que fue individual, multinacional y voluntario.

Es precisamente el estatus de la gente lo que constituye una variable que permite comparar las colonizaciones. Uno de los datos no dichos de la expansión colonial ha sido la preocupación del estado por deshacerse de clases peligrosas o de individuos no deseados. En este sentido y aun antes de los ingleses, los portugueses fueron los precursores, al enviar o deportar delincuentes... y judíos a su primera colonia, São-Tomé-et-Principe, en el siglo XVI.

Despachar a los no deseados a las colonias ha sido un elemento constante de la política portuguesa, en Angola sobre todo. Esto explica la mala reputación de la noción de colonia, tanto en este caso como en Francia, donde el delincuente era enviado a Guyana o Nueva Caledonia, y los oponentes políticos a Argelia. Sin embargo, es en Gran Bretaña y en Rusia donde las colonias ejercen esa tan particular función social. Los ingleses la practicaban enviando sus delincuentes a Australia –aquellos convictos que, en realidad, eran más bien delincuentes menores–; Siberia también fue territorio penitenciario donde se deportaba a prisioneros políticos desde el siglo XVIII y, con dureza creciente, en el siglo XIX, con la *Katorga,* que prefiguraba el gulag de la época del socialismo.

Las circunstancias de la expansión y su legitimidad constituyen un cuarto dato, que se vuelve a encontrar en varios países.

En comparación con otras colonizaciones, las de Rusia en la época del imperialismo desempeñan un papel de contrapeso y ejercen una función de transferencia. Vencida inicialmente en Crimea en 1845, Rusia se orienta entonces de manera simultánea hacia Tashkent y Samarcanda por un lado, y hacia el Oussouri y Amour por el otro. Humillada una segunda vez en los Balcanes después de su acuerdo forzado con Francisco José en 1897, dirigió su mirada hacia Extremo Oriente, donde, según

Plehve, “una buena y pequeña guerra victoriosa” contra Japón realzaría el prestigio del zar. Para Nicolás II, se trataba más bien de cierto tipo de expedición colonial; a la vez, el mismo soberano se instaló en La Haya para establecer la paz entre las grandes naciones. Como bien lo demuestra Schumpeter, era el mismo mecanismo que había animado a los ingleses. En los años sesenta del siglo XIX, se hicieron imperialistas los mismos que habían maldecido a las colonias por “no ser rentables” veinte años antes. El fracaso de su programa político y social les había conducido, como a Disraeli y Chamberlain, a cambiar su posición para “halagar el interés y el orgullo de los que nada tienen”. Tanto en Francia como en Rusia, la expansión colonial en los tiempos de Jules Ferry también fue una “compensación” de la que se había reído Clemenceau, que dijo refiriéndose a las conquistas de Túnez e Indochina: “Hemos perdido dos hijos (Alsacia y Lorena) y nos ofrecen dos criados.” En cuanto a la extensión de las posesiones francesas en Magreb, todavía se llevan a cabo “en el nombre de la defensa del imperio”, amenazado por “los saqueadores y los sospechosos”. Es significativo que la misma formulación haya sido utilizada por los ingleses cuando hubo que defender a India, así como por los rusos en la conquista del Cáucaso y Turkestán; el ministro Gorchakov dijo al respecto: “Para prevenir incursiones de aquellos con quienes vamos a entrar en contacto, es menester controlarlos, subordinarlos; existen otros, empero, que están más lejos y entonces es preciso ir más lejos... Eso es lo que pasó en Francia y en Gran Bretaña... Se camina hacia adelante tanto por necesidad como por ambición.”

Se trata siempre de “preservar el imperio”.

DE LA INDEPENDENCIA COLONIAL...

Uno de los rasgos de la colonización ha sido dar a luz una nueva raza de sociedades: así aparecieron en el escenario de la historia los criollos en las Américas, los *pieds-noirs* en Argelia, etcétera. El mestizaje más extenso tuvo lugar en la América española y portuguesa, sobre todo en el Caribe donde los europeos, aunque bajo condiciones diferentes, se mezclaron primero con los indios y después con los descendientes de los negros traídos como esclavos.

Los castellanos impusieron el mestizaje para asegurar el control de un país que no conocían aún, y para que no volviera a suceder lo que

pasó en La Española (Santo Domingo), donde se aniquiló a toda la población india. También se alentó mucho la partida de mujeres españolas y el resultado provocó, sin duda, el predomino del sello español en Perú o Costa Rica, a diferencia de los sucedido con los portugueses en Brasil. Los hombres portugueses solían irse solos y tomaban una concubina india o negra al llegar. El proceso de mulatización se logró por medio de la espada, la cruz y el sexo, más que por cualquier otra consideración antirracista o humanitaria. En la historia del mestizaje amerindio, lo importante es, sin duda, que el grupo de mestizos ha logrado integrarse o asimilarse solamente al romper con los indios puros o con los negros puros, es decir, al formar un grupo aparte. Al poco tiempo, lo social interfirió con lo racial, al oponerse los mestizos ladinos –indios hispanizados– a los indios puros. En contraste, en Brasil los mulatos construyeron un grado intermedio, que luego formaría un bloque social y racial en el siglo XX. En dichos intercambios, siempre se han considerado libres, o sea, superiores; el negro, siempre considerado como esclavo, o sea, inferior. El destino de la mujer negra ha sido el más degradado, porque una vez devaluado su valor sexual, se la apartaba de los trabajos especializados cuando en África disponían de un estatus de mayor igualdad frente al hombre.

Dichos rasgos sirven para explicar que después de las insurrecciones de las comunidades incas o mayas, fueran los negros y los cimarrones (esclavos fugados) quienes se rebelaran ya desde el siglo XVIII en Perú, en Guyana y en Santo Domingo, el primer estado independiente en la historia de los pueblos colonizados (1804).

Las sociedades que se crearon en el cuadro de la colonización dieron origen a nuevas actividades que se añadieron a las formas tradicionales de vida, o bien las subvirtieron: en Indochina, la imagen francesa de los dos sacos de arroz (Tonkín-Cochinchina) unidos por una *baguette* (el Annam) correspondía a una inversión de la economía tradicional, donde el Annam era el factor de desarrollo.

Las figuras emblemáticas de esas nuevas actividades fueron primero los sembradores y sus plantaciones, que atendían necesidades de países lejanos y que crearon una situación humana nueva con obreros sometidos o trabajadores forzados. En la figura del administrador también se creó un nuevo personaje que estaba orgulloso de los médicos y los hospitales que controlaba, de las líneas ferroviarias que tenía que construir, de las escuelas que se multiplicaban. El desarrollo es desigual; los franceses, por ejemplo, privilegiaron Indochina. No resultó así en Magreb: los ingleses desarrollaron sus grandes obras y sistemas

de enseñanza más en la India y sus dominios que en África. En la América española o portuguesa, la iglesia contribuyó más que cualquier otro factor al desarrollo de la educación y la salud.

El papel de la iglesia es ambiguo. Por un lado, está de parte del conquistador; el colonizador reforzaba su autoridad en la metrópoli en nombre de la lucha contra el paganismo o el islam, y el cristianismo que encarnaba se identificó de buena gana con la civilización. Por otro lado, desde sus orígenes, una parte de la iglesia se alzaba en contra de la violencia colonial. Bartolomé de Las Casas fue la primera voz que defendió a los indios; después fueron los metodistas y los cuáqueros quienes se opusieron a la trata de negros. Los bautistas los siguieron. William Wilberforce obtuvo una de las primeras actas de liberación, a partir de trabajadores humanitarios franceses, como el abate Sieyès, Condorcet, etcétera.

En el siglo XIX, los socialistas se colocaron a la cabeza de las corrientes anticolonialistas y antiimperialistas, pero postulaban una política colonial socialista y no la independencia de los pueblos sometidos. Los comunistas tenían una posición globalmente semejante, y entonces fueron los colonizados, siguiendo a los tres antillanos Aimé Césaire, Franz Fanon y Marcus Garvey, quienes habrían de elaborar una teoría de la historia que no identifica la colonización con el desarrollo normal de la historia, sino con su desnaturalización.

Una vez superado el trauma de la conquista, que estuvo acompañado de matanzas y una desestructuración de la sociedad, los vencidos rehabilitaron su resistencia anterior, sobre todo cuando estados legítimos preexistían a la irrupción de los europeos: en México, los Andes, Sudán, Dahomey, o en África del Sur con los zulúes. Su resentimiento se dirigió contra los colonos más que hacia las metrópolis, porque éstas desempeñaban a veces el papel de árbitro en los conflictos que los oponían a los colonos. Este rasgo expone los movimientos "de independencia colonial" que tenían como meta liberarse del control de Londres, Madrid, Lisboa o París, para mantener más sometidos a los indígenas. En realidad, existe un gran parecido entre los movimientos de los colonos para lograr la independencia de América del Sur, a principios del siglo XIX, y el de los colonos de Magreb, particularmente en Argelia, y luego en Rhodesia en el siglo XX.

*

En la época de la conquista, los colonos habían presionado por extender las posesiones territoriales. Cuando la resistencia de los pue-

blos indígenas se volvió una amenaza, lo atribuyeron, sobre todo, a la debilidad de los agentes de la metrópoli. Se contaba con ellos para reprimir en un sitio a los indios, y en otro a los árabes o a los negros, pero tomaban a mal que la metrópoli formulara una política indígena que no tuviera su aprobación.

Cuando la tensión llegó a ser insoportable y la metrópoli se vio obligada a reaccionar, los colonos de América del Sur proclamaron su independencia en México, Lima y Río de Janeiro. En Magreb, consideraban que la debilidad de la IV República les permitiría imponer su punto de vista, pero el movimiento de colonos fue conquistado por el gaullismo. En Rhodesia, logró su objetivo.

Obstaculizada por la intransigencia de los colonos, la rebelión reivindicativa de los colonizados colocó a las metrópoli frente a una decisión difícil: estaban entre el interés económico o el político, entendiendo bien que este último apoyaba a veces la salvaguarda del imperio, como en el caso del abandono de sectores no rentables o demasiado onerosos de conservar, tanto en términos de hombres como de ventajas económicas.

...A LA REBELIÓN DE LOS PUEBLOS COLONIZADOS

Con la segunda guerra mundial, los pueblos colonizados pensaron que se les iba a ofrecer mejorar su estatus, o por lo menos reencontrar su independencia. La experiencia del primer conflicto mundial les recomendaba estar alertas, porque con su fin habían visto crecer el imperio de las grandes potencias gracias a la creación de mandatos en Camerún, en África Oriental y el sudoeste africano, en Cercano Oriente y en el Pacífico. Las poblaciones leales vieron frustradas las esperanzas de ver mejorar su suerte; así sucedió en la India después de los motines de 1919, en Argelia al no aplicarse las leyes Blum-Violette ni el mantenimiento del estatus indígena en tres "departamentos franceses". En Marruecos, la guerra del Rif, en 1921, fue la primera manifestación armada de dicha cólera, o de esta decepción que con las "leyes perversas" se extendió hasta Túnez. En el periodo de entreguerras, el arranque nacionalista antifrancés se desarrolló sobre todo en Siria, donde surge un renacimiento árabe iniciado en el siglo XIX, debido a la insatisfacción con el sistema de mandatos instituidos por el tratado de Sèvres y de la SDN. Empero, el mundo musulmán

también era imperialista en Egipto, que fue sede del primer congreso en 1933 de los Hermanos Musulmanes. Lo mismo sucedía en Indonesia, pero el Sarekat se orientaba hacia un camino de modernidad islamista. En la India, el hindú animaba la lucha por la *swaraj* (independencia), aun si el partido del congreso, fundado en 1885, no quería que se le atribuyera un cariz religioso. Gandhi era su líder y con la no violencia –la *satyagrapha*– creó una manera de resistencia original contra la "voluntad de los tiranos". Dos "provocaciones" nutrieron la furia de los hindúes contra el gobierno de Londres: la promulgación de las leyes perversas, a la inglesa, de 1919, y la imposición posterior de un estatuto hindú establecido sin consultar a los principales gobernantes, en 1927. Todo esto sucedió después de que ya se hubiera prometido un camino progresivo hacia la independencia.

En el periodo de entreguerras, hubo dos organizaciones internacionales que animaron a los pueblos colonizados, una de ellas autónoma, la otra controlada por Moscú: el movimiento del panafricanismo tuvo su primer congreso en Lagos en 1920 y se activó principalmente en el mundo angloparlante; la acción del Komintern se ejerció sobre todo en Asia, notablemente en Vietnam, donde el independentismo no había dejado de expresarse desde que el país fuera conquistado por Francia; sin embargo, las luchas sociales y nacionales interfirieron constantemente, como en particular lo hicieron en 1931, en el caso de los motines. Ho Chi Minh permaneció fiel a Moscú, a pesar de la suerte que Stalin impuso a los comunistas tártaros. En 1935, el Komintern sustituye la consigna "clase contra clase" por la lucha por "nación contra nación" y como con los comunistas filipinos, orienta el combate junto a las democracias, contra el fascismo japonés y sus aliados.

Más impactante que la derrota de Francia en 1940, o el revés de Gran Bretaña en Europa o en 1941-1942 en África, fueron las humillaciones sufridas por Occidente en manos de un Japón victorioso que se encargaría de remarcarlas de manera significativa en las poblaciones coloniales y las estimularía en sus luchas posteriores. La "esfera de coprosperidad" proclamada por Tokio parecía puesta al servicio de la guerra, o sea, de los intereses exclusivos de la economía japonesa. Daba la espalda a la esperanza de independencia que nutría a las colonias, como en el caso de los indonesios, que habían recibido inicialmente a los japoneses como liberadores. En 1943, al presentir su derrota, los japoneses proclamaron la independencia de las antiguas colonias occidentales (Indonesia, Filipinas, Birmania e

Indochina). Sin embargo, las cosas salieron mal en Filipinas, donde la crueldad de la ocupación japonesa alcanzó tal grado que finalmente llegaron a recibir a los norteamericanos como liberadores.

En Indonesia, la descolonización proviene de acciones de una nación enteramente nueva, en comparación con Vietnam, donde el recuerdo de la independencia no se había borrado durante sesenta años de ocupación francesa. En Indonesia, sin embargo, tres siglos de dominación extranjera llevaron a pueblos muy diferentes y étnicamente hostiles a reagruparse bajo los auspicios de los holandeses.

Al igual que en Indonesia o en Indochina, volvemos a encontrar un conflicto entre comunismo, nacionalismo y poder colonial en los estados malayos y en aquellos estrechos donde los británicos debían reconocer la independencia de dichos estados, así como de Birmania, pero obteniendo y conservando una división entre Malasia y Singapur. En todos estos países, la existencia de una fuerte minoría china complicaba el juego político, especialmente en Singapur, donde dicha población interfirió en la guerra civil que culminó en la victoria de Mao Tse-tung en 1949.

INDEPENDENCIA: EL SOL HA SALIDO EN EL ESTE

En la India, la aparición de una gran burguesía empresarial condujo al desarrollo de un movimiento de liberación cuya característica residía en no ser forzosamente anticapitalista –a diferencia de otros– y no ser unánimemente antiinglés, aun si la independencia (*swaraj*) era uno de sus objetivos. "A pesar de todo mi rencor por la presencia y la conducta de los extranjeros –escribió Nehru–, no abrigo ningún resentimiento respecto de los ingleses como individuos. En el fondo de mi persona, admiro mucho a esa raza."

Sería vano buscar expresiones semejantes hacia los franceses en sus colonias en un annamita o un árabe. En la India, esta actitud no excluye una fuerte determinación.

Otra característica del movimiento nacional hindú tal como lo encarnaban Tilak, Gandhi, Nehru es el efecto "perverso" del interés que tenían los ingleses por el pasado y la sociedad hindú. Al resucitar los rasgos más antiguos, incluso al reconstruirlos y consolidar la descripción del sistema de castas para mejor administración de la gestión de la sociedad, los ingleses resucitaron un pasado y una historia exclusivamente

hinduista, lo cual resultaba halagador para los egos hinduistas, pero que tuvo como consecuencia borrar el pasado musulmán.

Por ende, gracias a los ingleses, los musulmanes fueron arrojados de su posición de poder, primero, al perder su posición de señorío feudal, así como la soberanía; enseguida, al verse destituidos de toda preeminencia por dicha revalorización de la tradición, porque únicamente los hinduistas participaban en los grandes movimientos de negocios y constituían una burguesía capitalista, cuya riqueza hasta entonces precaria, se volvió una importante fuerza económica y política. Se entiende que los ingleses, después de haberse apoyado en los hinduistas para romper el ex estado mongol, recurriesen a los musulmanes para frenar la marcha hacia la independencia. También se entiende que el leitmotiv de la "unidad de la India" tuviera esa función política, al servicio de la mayoría hinduista. Así como también se entiende que los musulmanes, desde la independencia, convertida también en secesión, crearan Pakistán.

A partir de la declaración de De Gaulle en Brazzaville, en 1944, el África negra y Magreb esperaban respuestas sólidas para poner fin al régimen colonial. De hecho, si dicho discurso dejó huellas y despertó amplios ecos, fue por haber sido pronunciado delante de los africanos, aunque su contenido no fuera muy preciso. "Establecer nuevas bases para el ejercicio de la soberanía francesa." Ni siquiera se evocó la idea de la pertenencia al imperio, pues era evidente. Era un hecho de por sí novedoso, así como lo había sido el arreglo de 1943 que aumentó el número de musulmanes en Argelia que podrían recibir completos los beneficios y derechos de los ciudadanos, lo que fue recibido de mala gana por los colonos. También fue De Gaulle quien introdujo, como hecho inédito, sesenta y tres diputados de ultramar en la Asamblea Constituyente, que contaba con 522 miembros.

Sin embargo, el drama estalló en Argelia, donde explotó la furia de los soldados musulmanes que habían pagado un tributo demasiado oneroso en la campaña de Italia, haciendo su parte en la victoria de Casino, donde Ben Bella había ganado una condecoración militar. El tan esperado acuerdo que debía darles la ciudadanía francesa no llegaba, y al volver a su país y encontrar reanimada la miseria y la humillación del yugo colonial, la corriente independista se nutría de la esperanza de las promesas hechas por los norteamericanos en Ferhat Abbas y ante el sultán de Marruecos. En el interior, y sobre todo en la región de Constantina, la tendencia independentista se afirmaba fuertemente con Messali Hadj, el líder de un movimiento por la independencia.

La magnitud y los efectos de las masacres de Sétif (8 de mayo de 1945) se hicieron sentir en los años siguientes. Se vendrían a injertar en la reivindicación de Túnez y Marruecos, también reanimada por la intransigencia de los colonos y la ceguera de las autoridades metropolitanas que querían ignorar las elecciones turcas de 1947-1954, así como la represión policiaca. Se estableció un ciclo infernal de terrorismo/represión.

Mientras tanto, las masacres de Madagascar (1947) y la guerra que estalló en Indochina demostraron la distancia que podía existir entre las esperanzas nacidas de la declaración de Brazzaville y las exigencias de la política francesa. De Gaulle contaba con manejar el estatus de las posesiones de ultramar sin disolver el imperio. Por su lado, Ho Chi Minh había luchado contra “el imperialismo japonés y el fascismo francés” (es decir, la Indochina petainista del almirante Decoux); pensaba que contaba con la alianza de la izquierda francesa para asociarse, una vez lograda la independencia de Vietnam, con una Unión Francesa renovada. En marzo de 1946, los acuerdos llevados a cabo con J. Sainteny dejaban entrever dicha cuestión. Pero el almirante de Argenlieu se opuso a este proyecto al separar la Cochinchina de Vietnam, y luego al provocar la guerra con el bombardeo de Haifong. Pronto, de cara a Ho Chi Minh, los gobiernos de la IV República resucitaron al emperador Bao Dai para apoyarse en los elementos anticomunistas de la población y para obtener ayuda norteamericana. La guerra que empezó a fines de 1946 solamente se terminaría en 1954, después de la caída de Dien Bien Phu y los acuerdos de Ginebra, celebrados en 1954.

Tales acontecimientos, así como los trastornos del mundo islámico, dejan sentir sus efectos en África del Norte. En Medio Oriente, el tema de la guerra conduce también a los cambios esperados. La reivindicación árabe se agrega a las promesas de Estados Unidos en boca de Roosevelt primero, después de Yalta, que se reunió con Ibn-Séoud, lo que perjudicó a Churchill. Los norteamericanos miraban a lo lejos, sabían qué tesoros de petróleo podrían explotar con la ayuda de dicho rey, quien colaboró en la creación de Aramco. Contaban con dar auxilio a la emancipación de aquellas naciones que habían visto frustradas sus esperanzas por los sistemas de poder o las necesidades de la guerra. Los sentimientos de simpatía demostrados hacia Alemania, tanto en Egipto en el momento de la ofensiva de Rommel como en Irak bajo el impulso del gran Mufti, decían que la independencia no podía esperar. Cuando Líbano y Siria se rebelaron,

Francia vio en ello la mano de Inglaterra. Fue un viejo reflejo, que no permitió medir la amplitud del movimiento nacional árabe, que iba tomando forma con la creación de la Liga Árabe.

Lo mismo pasó en Marruecos, luego en Túnez y en Argelia, donde París quiso ver la mano de los norteamericanos; y con la guerra fría, la de los soviéticos, lo cual explica su colusión en la crisis de Suez (1956) cuando aliados, los rusos y los norteamericanos obligaron a los franceses y los ingleses a retirarse, salvando a Nasser, para sustituir con su propia hegemonía la de las antiguas potencias coloniales. Empero, el contrasentido, particularmente en París, consistió en creer que el independentismo de Magreb había sido obra del Oriente árabe, cuando en realidad, se limitaba a dar a los árabes de Argelia seguridad, así como influencia y un simple apoyo a todos. Ahora bien, en la ONU, tanto los soviéticos como los norteamericanos, ya fueran rivales o aliados, apoyaban los movimientos reivindicativos de los pueblos coloniales. Pero éstos también existían sin tal apoyo.

El impacto de lo que sucedió en Suez tuvo efectos directos sobre los acontecimientos en Argelia –donde, ante el rechazo de los colonos, el FLN desató una insurrección armada en noviembre de 1954– lo cual dio a la guerra un giro en el que De Gaulle vio el sentido de irreversibilidad. También tuvo efectos indirectos sobre el África negra, donde los belgas en el Congo "llegaron al fin de su cuento de hadas", abandonando el país, mientras que los ingleses habían podido, desde el final de la guerra, establecer etapas para su salida. Solamente en Ghana se obtuvo un éxito completo. Del lado de los ingleses, con excepción de los mau-mau de Kenia, la retirada del imperio se llevó a cabo sin demasiados problemas, a menos que los colonos se opusieran, como en Rhodesia.

"El año de África" fue 1960, y Francia realizó una transición efectiva, con la cual solamente la Guinea de Sekú Touré no estuvo "de acuerdo". Quince años más tarde partiría de África el movimiento de liberación del Portugal salazarista, el ejército que realizó la revolución de los claveles antes de que la Guinea portuguesa, Mozambique y Angola lograran su emancipación.

EL CASO RUSO Y SOVIÉTICO

Mientras que la política del imperio portugués y francés tenía una

tendencia a la asimilación o la integración, con experiencias precisas (aunque raras en el caso francés, como la idea de un reino árabe de Napoleón III), la política británica se orientaba más hacia el Commonwealth desde que la secesión había guiado la formación de Estados Unidos y había señalado el peligro de cualquier otra política (lo cual no excluye un periodo corto de "refuerzo del imperio" entre 1783 y 1830). La política imperial rusa, en cambio, obedecía a una lógica supranacional desde que apareció el problema de las anexiones.

La primera característica de este problema era no tener una base étnica: era un estado compuesto por gente diferente unida bajo un monarca único. Se trataba de un imperio zarista más que de un imperio ruso. El zarismo absorbía las naciones conquistadas y las destruía poco a poco. El zar era un autócrata y lo era tanto más para su propio pueblo que para aquellas naciones que tenían un acuerdo con él: Georgia, Armenia, kanato de Bujara, etcétera. La política de "rusificación" que se llevó a cabo durante la segunda mitad del siglo XIX suscitó el despertar agresivo de movimientos nacionalistas; dicha política privaba a las comunidades, entre otras cosas, de las funciones privilegiadas que tenían en el estado: los bálticos en la administración, los caucásicos en el ejército, los griegos en la diplomacia y en las relaciones entre iglesias, los armenios en el comercio con Oriente, etcétera. La "rusificación" significaba para el zar una lucha contra las religiones "extranjeras", como el catolicismo, el protestantismo y las diversas variedades del cristianismo, lo cual resucitó la hostilidad de las naciones anexadas del oeste y del sur: Ucrania, Georgia, etcétera.

Eso no impidió que cuando estallaron los sucesos de febrero de 1917, el fervor revolucionario fuera tan importante como la voluntad secesionista: los letones bolcheviques, los georgianos mencheviques, una buena parte de los ucranianos, sin hablar de los judíos, eligieron permanecer asociados a la república de los soviets, un poco como las *repúblicas-hermanas* de la Revolución francesa.

Después de 1918, no fue la *defensa del imperio*, sino la de la revolución lo que justificó la recuperación por parte de los soviets bolcheviques, de territorios y naciones que habían confiado en el principio leninista del derecho de los pueblos a la autodeterminación. El manejo del nuevo imperio soviético se diferenció radicalmente de los imperios franceses y británicos porque se volcó sobre las relaciones entre rusos y no rusos. En la cumbre del partido, dominaban dirigentes de origen ucraniano, báltico, polaco, georgiano, etc., a menudo judíos en el caso de que fueran rusos. La desrusificación de las instan-

cias encargadas de decidir el estatus del Cáucaso o del Turkestán tampoco tiene equivalente en Occidente; los nombres de Stalin, Mikoyan, Jrushov, y Cheverdnadze son testigos de que dicha política se perpetuó, aunque se presenció un regreso a la tendencia desde mitad de los años veinte, específicamente en el comité central del partido, donde proporcionalmente los eslavos o los rusos se hacían cada vez más numerosos.

Por el contrario, el número de los rusos que estaban al mando en las repúblicas no dejaba de bajar proporcionalmente. En vísperas de la perestroika, podemos determinar que en la base, los uzbecos eran dirigidos por los uzbecos, los azeris por azeris, y los armenios por armenios. Ahí se encuentra una diferencia fundamental con el sistema francés, que en 1954 no tenía un solo prefecto árabe en Argelia, ni un responsable del ejército sudvietnamita que no fuera francés. En el imperio francés, sobre todo en los departamentos de ultramar, las poblaciones autóctonas siempre habían sido sistemáticamente apartadas de la realidad del poder, mientras que en el imperio soviético, en la base, por lo menos después de Jrushov, lo ejercían e intentaban colonizar la cumbre. Eso explica que mientras se manejaban por sí solas antes de la perestroika, las poblaciones de Asia central querían que se perpetuara el sistema soviético: estaban con los golpistas contra Gorbachov, con Gorbachov contra Yeltsin, y luego circunspectas en cuanto la soberanía de Rusia abre el camino a su propia secesión.

Alain Blum observó que las poblaciones rusas de las repúblicas musulmanas presintieron dicha evolución y, en parte, dejaron estos territorios un poco antes de que fuera proclamada la independencia (menos en Kazajstán, donde constituían una minoría muy fuerte), lo cual marca la diferencia de esta partida con otras como, por ejemplo, la de los colonos holandeses de Java (1945) o la de los franceses de Argelia (1961), que fueron mucho más dramáticas. Recíprocamente, había menos ciudadanos de dichas repúblicas en tierra rusa que originales de Indonesia en los Países Bajos, de pakistaníes o hindúes en Gran Bretaña, de vietnamitas, camboyanos o árabes en Francia.

Por otra parte, la separación de los países bálticos recuerda situaciones de tipo colonial occidental, donde permanece como área conflictiva el estatus de los ciudadanos de la antigua potencia dominante.

LA LIBERACIÓN NACIONAL, DATOS Y CONSECUENCIAS

"Ya no estábamos en casa en nuestro propio país." Esta fórmula señala la lucha de los pueblos por la liberación, y es el dato esencial de la descolonización; un término por demás impropio, ya que da a pensar que el movimiento surgió de las metrópolis. Sin duda, éstas desempeñaron también un papel en el sentido de que desde el siglo XVI se habían puesto en duda los mecanismos del comercio de esclavos. Además, desde Voltaire hasta Cobden y Raymond Cartier, se viene preguntando "¿qué nos aportan las colonias?". Cuestionamiento este que, por cierto, tuvo efectos circunscritos y limitados a Gran Bretaña al principio del siglo XIX, o a Francia durante los años cincuenta. De manera indirecta, las rivalidades entre potencias han ayudado a pueblos y naciones a aflojar la opresión de los países colonizadores: Siam y China lo hicieron en el siglo XIX, Egipto en 1956, al tiempo que un Japón vencido perdió su imperio y Corea encontró su independencia. Fue únicamente en la antigua URSS donde la implosión del régimen acabó en la independencia de pueblos antiguamente sometidos.

El papel de los movimientos de resistencia ha variado: han estado activos a la hora de la conquista, en Vietnam sobre todo, pero anteriormente también en el África negra; se amortiguaron gracias a los efectos de la evangelización, y luego renacieron sobre todo después de que se impuso una segunda ocupación al terminar la segunda guerra mundial, la cual estaba más preocupada por la rentabilidad y controlaba todos los aspectos de la vida. El cambio fue experimentado de manera violenta en los países tropicales productores de caucho y de otras materias primas (Malasia, India holandesa, Kenia). Por otro lado, los colonizadores acabaron dependiendo de los cuadros que habían formado en la India o en Túnez; a menos que la insurrección surgiera del hecho de que la misma idea de una participación indígena en la dirección del país estuviese excluida, como en Argelia. Dichos movimientos de liberación rara vez pudieron triunfar militarmente por sí mismos sobre la ocupación; en Birmania, Vietnam y Kenia sí lo lograron, sin embargo. En otras partes también recurrieron al terrorismo, específicamente en Malasia y Argelia. En ciertos casos la política metropolitana pudo canalizar o frenar los alzamientos nacionalistas: en el caso británico mediante la creación de la West Indian Federation en el Caribe; en el caso de los franceses por medio de la constitución de la Unión Francesa, al menos en el África negra y en las Antillas.

No se debe dejar de observar que la suerte de la colonización afectó el destino de la misma metrópoli. Desde el conflicto con los colonos norteamericanos en el siglo XVIII, Burke y Locke habían percibido los efectos perversos de la dominación colonial sobre las prácticas democráticas inglesas. Más tarde en Francia, la cuestión colonial dividió a los republicanos y después ayudó a volver a unir a una parte de los monárquicos. También se nota que la resistencia de las "nacionalidades" ayudó al estallido de la revolución de 1905 en Rusia, y que los árabes contribuyeron grandemente tanto a la defensa de París en 1914, como al éxito de la campaña de Italia en 1944. De manera indirecta, aparecieron en el golpe de estado de 1958, sin mencionar la creación del OAS y el intento golpista de los generales. Se puede observar asimismo que, una vez que el imperio portugués se hubo rebelado, el régimen de Salazar no pudo sobrevivir.

*

Si se analizaran las consecuencias de la colonización, sus efectos a largo plazo, se vería que solamente las antiguas colonias de Japón, Corea del Sur y Taiwán, han podido incorporarse a la modernización del mundo, mientras que las colonias independizadas de otros países se vieron aplastadas por la globalización de la economía. El África negra ha sido la víctima principal de dicho desenganche, lo cual no le ha permitido beneficiarse de las ventajas de la liberación. Ciertos estados árabes musulmanes tuvieron el mismo destino, del que intentaron escapar India e Indonesia.

La presencia de poblaciones inmigradas en Francia y en Gran Bretaña, preservaba las relaciones con los territorios del antiguo imperio. En la antigua URSS, la situación era inversa: excepto en los estados bálticos, una especie de inercia frenó el alejamiento de los estados y naciones que hicieron la secesión. Como después de un sismo, los labios de las fisuras se volvieron a cerrar.

Lo que deseaban sobre todo esos estados y naciones, que no habían vuelto sus armas contra Rusia, era autonomía de gestión y el final del centralismo. Los orígenes de la guerra de Chechenia así lo confirman, pues estalló porque los viejos reflejos de la *nomenklatura* moscovita no permitían a las autoridades locales manejar sus pueblos ni su territorio, ni aprovechar el paso de conductos de petróleo por su tierra.

PARA CONSULTAR

Ageron, Ch. A., *La décolonisation française,* París, A. Colin, 1991.
Ferro, Marc, *Histoire des colonisations, des conquêtes aux indépendences, XIII-XXe siècle,* París, Le Seuil, 1995.
Michel, Marc, *Décolonisation et émergence du Tiers Monde,* París, Hachette, 1993.
Wallerstein, Immanuel, *The Modern World System,* Academic Press, 1974-1989.

5. DEL ISLAM REVOLUCIONARIO A LA REVOLUCIÓN ISLÁMICA

Para Occidente, donde siempre la religión apareció disociada del ideal revolucionario y del socialismo científico, los dos términos –islam y revolución– parecían antagónicos e irreconciliables. Con la teoría de Marx y sus sucesores, establecida sobre una visión teleológica de la historia de las sociedades, dicho concepto occidental estaba ligado a la idea del progreso, a la lucha de clases y a la acción del proletariado que esperaba tomar el relevo del capital. Considerados desde su grado de industrialización –que estaba en estado embrionario a principios de este siglo– los países del islam, árabes o no, parecían doblemente descalificados para emprender lo que permanecía como prerrogativa del mundo occidental: el combate revolucionario gracias a la acción de los partidos obreros.

Además, tanto antes como después de 1917, dichos países de Oriente aparecieron entre los otros como un factor de la política internacional, como agentes de la historia y no, desde luego, como su fuente. Así, cuando estalló la primera crisis iraní en 1908-1911 en la ciudad industrial de Tabriz, donde los trabajadores chocaron con los patrones, la II Internacional vio ahí una manera de luchar contra los imperialistas rusos e ingleses en Persia, pero ignoraba que un partido socialista había formado parte en la revuelta. E ignoraba lo que eso implicaba. Sin embargo, el injerto de la idea revolucionaria en el mundo musulmán es resultado de la penetración de las ideas socialistas en el mundo.

LOS EFECTOS DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Antes de la explosión de 1917, los revolucionarios rusos tuvieron que reconocer que existían algunas organizaciones socialdemócratas cuya formación venía de instancias nacionales o religiosas, como el Hummet, un tipo de Bund (partido socialista judío) musulmán. En el momento en que estalló la revolución de 1917, vista desde los confines musulmanes de Rusia, fue percibida más como una desintegra-

ción del antiguo imperio que como efecto de una revolución socialista. Era significativo que en el interior del mundo musulmán de Rusia, las tesis nacionalistas y federalistas de las diferentes pequeñas naciones no sólo les hayan ganado a las de los tártaros centralistas, sino también a los mullahs que creían poder ahorrárselas. Sin embargo, la revolución, en vez de traer el derecho a la autodeterminación, iba, por el contrario, a precipitar el movimiento de exclusión de los musulmanes de estas instancias dirigentes; rechazados al grito de "reacción" por los soviets de diputados en tanto que nacionalistas o que musulmanes, éstos titubeaban entre dos actitudes. En efecto, durante la guerra civil, tuvieron que escoger entre los Blancos y los Rojos. Y como no había nada que esperar de los Blancos –sino un regreso al antiguo orden– escogieron a los Rojos. Sin embargo, se reforzaron las organizaciones indígenas autónomas, como la asociación de los hummet, o de los adalt en Azerbaiján. Finalmente, era la política de Stalin la que favorecía el agrupamiento de los Rojos. En efecto, supo introducir, desde el principio de los años veinte, un gran número de líderes no rusos al comisariado de las naciones y crear este *mus-kom* (comité musulmán), cuya existencia por sí sola tenía un valor simbólico. Al considerar que la victoria del bolchevismo y la del islam estaban asociadas, ciertos líderes religiosos pensaban que el islam podría penetrar mejor en el resto de Asia bajo la cubierta del bolchevismo, en el que el ideal de igualdad no estaba en contradicción con el dogma. Además, desde el congreso de Bakú en 1920, la idea de una revolución mundial animada por Oriente iba tomando consistencia. El éxito de la revolución se iba a confundir con la derrota del imperialismo. Bien se ve que se estaba muy lejos de la lucha de clases.

EL SURGIMIENTO DE UN COMUNISMO NACIONAL

Las naciones musulmanas de Rusia y sus alrededores adquirieron la certeza de que nunca iban a obtener de Stalin una autonomía real, y mucho menos la independencia. La constitución de la URSS y la política estalinista ya no responderían, después de la victoria sobre los Blancos, a las aspiraciones de una buena parte de los marxistas, y por eso la idea de un comunismo nacional se abrió camino entre ellos, encontrando en Sultan Gal'ev el teórico que le ofrecía su concepto operativo, el de "nación proletaria". Deshacerse de la nación opreso-

ra se volvió el objetivo prioritario de su estrategia; la lucha de clases en el interior de los países colonizados o sometidos no fue más que la segunda etapa de la revolución social. Este nuevo principio de la división internacional de la lucha de clases, antirrusa, se oponía directamente, entre otras cosas, a la estrategia entonces aplicada por el Komintern.

Al adaptar la tesis de Lenin del "eslabón más débil" a la "nación-proletaria", los comunistas-nacionales quisieron demostrar que una vez que el imperialismo se hubiera extendido por el planeta, el eslabón más débil ya no iba a ser el proletariado europeo, sino más bien las "naciones-proletarias". El proyecto que iba tomando forma al principio de los años veinte consistía en crear cierto tipo de Internacional colonial independiente, o bien opuesta al Komintern.

Rápidamente se vio que el poder de Moscú estaba listo para todas las innovaciones teóricas susceptibles de "quebrar" el movimiento ante la creación de una nación turania, que reagruparía en un estado asociado, independiente de la Rusia soviética, la mayor parte de los tártaros y de los turcos del antiguo imperio zarista.

EL ISLAM Y LA NACIÓN

Era un hecho que las "naciones-proletarias"no tenían nada que esperar de la III Internacional, como tampoco los musulmanes del interior de la URSS respecto del poder de Moscú. Por lo demás, en todo el país, los representantes del comunismo nacional habían sido exterminados uno tras otro. En 1928, Stalin había penetrado definitivamente en el interior y su política de asimilación soviética fue más o menos aceptada, sobre todo gracias a la reunión de varios líderes nacionales integrados al aparato del estado. Sin embargo, la semilla del "comunismo nacional" y de "las naciones proletarias" sobrevivía y se dispersaba en el tercer mundo. Tan Malaka en Indonesia, Roy en la India y Lin Biao en China retomaron dichas ideas, eliminando la antigua pertenencia musulmana. Esta pertenencia reaparece con Ben Bella y Boumedien, que conocían las ideas de Sultán Gal'ev, retomadas a su vez, por el coronel Kadhafi. En esta ocasión, el islam revolucionario se iba a confundir con el destino de la nación árabe.

De modo paralelo, una segunda fuente que provenía precisamente de las vertientes del Cáucaso y de Irán se daba a conocer. Al pre-

guntarse después de 1918 cuál sería el lugar más adecuado para una tercera revolución mundial, K. Trojanoskij señaló que con su clero poderoso, su antigua tradición socialdemócrata, su posición ante el mundo turco, el mundo indomusulmán y el mundo árabe, no quedaba la menor duda de que Persia era la nación mejor colocada para servir de encrucijada y fuente para la revolución del mañana.

LA REVOLUCIÓN ISLÁMICA

El pronóstico de Trojanoskij se iba a realizar sesenta años después. Empero, la revolución islámica que se llevó a cabo en Irán creó cierto tipo de retroceso respecto de las perspectivas del islam revolucionario.

En aquel entonces, es decir desde el final del siglo XIX, el islam se había nutrido de las prácticas o de los pensamientos venidos de Occidente: se había producido un injerto. El movimiento se había puesto a operar en dirección a la independencia en una lucha contra el imperialismo. Los musulmanes pensaban que la revolución se llevaría a cabo una vez que hubieran logrado la independencia. En el Oriente, a partir de los años cincuenta, los jefes de estado relevaron a los hombres de religión de los años anteriores, ya que la referencia al islam había acompañado a la lucha nacional, y luego a la toma del poder. Pero ni la independencia ni el petróleo ni las reformas que se decían socialistas trajeron la transformación radical que pensaban que acompañaría a la liberación nacional, y las poblaciones decepcionadas regresaron a un islam que, por lo menos, ofrecía una alternativa a dicha modernidad tan célebre como frustrante. El movimiento se desarrolló primero en Egipto, donde los Hermanos Musulmanes fundados en 1928, animaron la oposición contra Nasser y luego contra Sadat. Otros movimientos radicales vieron la luz en Túnez donde, como en Egipto, no se alcanzó el punto de encuentro entre renovación económica, prosperidad y justicia social. Parece que esto fue debido tanto al sistema –el capitalismo, el estado moderno– como a la antigua dependencia política.

Esto es lo que sucedió en el Irán occidentalizado del sha. Allí, el todavía poderoso clero chiita asociado con la pequeñoburguesía amenazada de los bazares, estimuló y luego logró la revolución política de 1979. Esta revolución se llevó a cabo contra un régimen que

era a la vez moderno y conservador. Al principio, los actores principales de la voluntad de cambio fueron los jóvenes burgueses, deseosos de participar en la dirección del país, exigiendo que el sha instituyera las libertades fundamentales. Empero, el pluralismo democrático así reivindicado fue captado simultáneamente por la extrema izquierda leninista, que se consideraba vanguardia, y por el clero, apóstol de una sociedad pura que rechazaba la aculturación occidental. Fue el mismo clero que, detrás de Jomeini, captó la mayoría de los suburbios, los campos y a los adalides de un retorno a la sociedad tradicional jerárquica. El partido de Hezbollah logró colocarse un armazón político que le permitió ganar sucesivamente el campo liberal (Bazargán) y a la izquierda moderna. La ocupación de la embajada de Estados Unidos, la lucha contra los Consejos (Chowraa), y luego la guerra, en un principio defensiva, contra Irak consolidaron dicho poder que, a su vez, se deshizo de las milicias de extrema izquierda, los mujaidines. Éstos en seguida pusieron en su contra a todas las organizaciones de izquierda, revolucionarias o no, con quienes estaban aliados, y que creían que una vez que se había derrumbado el sha, se podría desechar al clero y al islam como había ocurrido en otros países musulmanes, tales como Turquía o Túnez. Ahora bien, en Irán, el ideal de justicia social y de igualdad absoluta estaba manejado a niveles muy altos por teóricos como Ali Shari-ati y sus ayatolas quienes, detrás de Jomeini, no se dejaron distraer de *su* revolución islámica. La lucha contra Irak, donde ya se presentía el peligro de una renovación islámica, encarnó la cruzada que dicho régimen llevó a cabo contra los que traicionaban la pureza y el ideal del islam. Fue así como Jomeini se volvió no solamente el guía de la revolución en Irán, sino también quien causó el levantamiento contra la dominación imperialista. De ahí en adelante, ya no se trataba solamente de ser musulmán, es decir, partidario del pasado, sino islamista, es decir, revolucionario. Por último, añadiremos que la revolución islamista fue percibida también como un resurgimiento de la ambición de los persas por dirigir el islam.

Esto explica que durante la guerra Irán-Irak los estados árabes, por más que estuvieran en oposición a Saddam Hussein, creyeran necesario apoyarlo. La dirección del mundo musulmán ha sido un elemento básico muy disputado desde siempre entre los persas, herederos de la cultura más alta, y los árabes, nación del profeta, aunque ellos mismos estén divididos. Según la historia, tres veces los egipcios, o sea, los hamitas, salvaron al mundo árabe en la época de las

cruzadas, en los tiempos de Mehmet Ali contra los turcos y luego en la época de Nasser.

Desde hace medio siglo, persas y árabes no han cejado en la disputa por la dirección de la lucha contra el mundo occidental, bajo el nombre y la bandera del islam, de Nasser a Kadafi, de Mossadegh a Jomeini.

*

La revolución islámica de Irán creó émulos en Líbano y atrajo la simpatía de todo el mundo árabe, tal como si hubiera tomado el relevo de la revolución mundial. Produjo un efecto formidable de inspiración. Sin embargo, su base seguía siendo chiita e iraní, lo que le atraería la doble hostilidad de los árabes y los sunitas en general.

En la guerra Irán-Irak, fue la solidaridad árabe la que ganó sobre el ideal chiita revolucionario. Ningún estado musulmán apoyó a Irán.

Más tarde, en la guerra del Golfo, cuando Irán se mantuvo aparte, el islam extremista llamado *islamismo*, determinó que Arabia Saudita traicionaba al islam al aceptar que tropas norteamericanas se instalaran en Arabia. Del mismo modo, dichos integristas decidieron que Arafat traicionaba a la vez al islam y al mundo árabe al negociar sobre bases semilaicas con Israel.

Estos hechos significaron para los islamistas el fracaso del estado-nación, árabe, desde la época de Nasser y la toma de poder por el baas, partido laico, en Siria e Irak.

En países como Argelia, los efectos negativos de la globalización producían un descontento profundo, que da cuenta del levantamiento del FIS en ese país y de otros integristas en Pakistán, Sudán, Afganistán e Indonesia.

Es así como una nebulosa islámica se ha constituido y ha determinado que es menester eliminar los estados-naciones traidores del islam en connivencia con Norteamérica por sus intereses petroleros. Para ganarse a la opinión pública, esta nebulosa ha adoptado al terrorismo contra los intereses norteamericanos, asestando diversos golpes a partir de 1995. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 marcan un apogeo en esa lucha, que debería tener como objetivo *la islamización de la modernidad y ya no la modernización del islam.*

PARA CONSULTAR

Bennigsen, A. y Ch. Quelquejay, *Les mouvements nationaux chez les musulmans de Russie*, París, Mouton, 1960.

Haupt, G. y Reberioux (comp.), *La Deuxième Internationale et l'Orient,* París, 1967.

Kepel, Gilles (comp.), *Les politiques de Dieu,* París, Ed. Seuil, 1993.

Khosrokhavar, Farhad, "Iran: de la révolution à l'islam Hezbollah", *ibid.*

6. DE CARA A LA GLOBALIZACIÓN: EL NACIONALISMO COMO REFLEJO DE SUPERVIVENCIA

Es un hecho característico de nuestros tiempos el que determinados fenómenos que aparecieron al principio del siglo hayan resurgido a gran escala y se estén manifestando con formas nuevas. Son repliegues del individuo, valores y prácticas irracionales, nacionalismos que cuestionan el camino del progreso científico. Todo pasa como si la historia hubiera perdido el norte bajo el golpe de las grandes transformaciones como la caída de los regímenes comunistas, la globalización de la economía, la uniformización de la información, etcétera.

Se ha dicho hasta el cansancio que hoy en día somos conscientes de vivir en una sociedad sin brújula, que ha perdido el norte. No sabemos ya conectar el futuro con el pasado.

Eso es tanto como decir que las grandes ideologías han perdido toda su vocación, toda intención de servir como punto de referencia para nuestros análisis, ya sea que se trate del socialismo o del liberalismo, porque las prácticas que pretendían encarnar se han extraviado. Es cierto que han sido remplazadas por otros sistemas de pensamiento, como los diferentes integrismos. La ecología es un ejemplo ya que resulta ser una ideología en formación que se niega a reconocerse como tal.

¿Serán dichos sistemas capaces de analizar mejor nuestros tiempo, que hasta hace poco todavía, no era capaz de imaginar los horrores de los campos de exterminio nazis, ni el gulag ni el fin del comunismo europeo ni el decaimiento del tercer mundo; ese tiempo que solamente tenía fe en el progreso?

¿Cómo analizar estos dos últimos siglos en la historia de los tiempos?

ETAPAS Y EFECTOS DE LA UNIFICACIÓN DEL MUNDO

Nuestro tiempo es el resultado de varios procesos de globalización, y ellos mismos son transformaciones de fenómenos de uniformización.

La globalización de la economía empezó a manifestarse en el siglo XVI, y es un fenómeno que se ha acelerado y desarrollado hasta la actualidad. Dado que hasta entonces existían varios mundos económicos, por ejemplo, China, Occidente o el mundo islámico-turco, la unificación se efectuó irreversiblemente y hoy en día no existen zonas satélites fuera del sistema. Ahora bien, ya conocemos qué efectos sociales han tenido la especialización, el monocultivo, el mercado de valores, etcétera.

Desde el principio del siglo XX, la unificación del mundo se aceleró. En los decenios que preceden a la primera guerra mundial las distancias se fueron haciendo más cortas, de una manera cada vez más rápida. El comercio y la expansión europea habían multiplicado las relaciones entre Oriente y Occidente, con efectos que para entonces eran imprevisibles.

En Europa, a las autoridades tradicionalmente identificadas, como el cura, el juez, el oficial, el patrón, se añadieron otras nuevas, anónimas e incontrolables: las que hacían subir y bajar los precios abruptamente, las que arruinaban la agricultura tradicional, las que cambiaban la moda, las que hacían desaparecer oficios tan viejos como el mundo. Siempre en nombre del "progreso", de la "ciencia" y de la "libertad", estos cambios afectan hoy a todas las regiones del mundo: desde las mesetas andinas hasta el África negra, lugares arruinados por la unificación del mercado que ignora la emancipación de los pueblos, así como sus aspiraciones a la autonomía política y cultural. No importa que el amo aparente sea el colonizador, Wall Street, el precio del oro o Bruselas; nada cambia, los efectos son los mismos.

A principios del siglo XX, la masa de ciudadanos en Europa, sin conocer los mecanismos de la economía capitalista, buscaba huir de sus efectos en un mundo que se había vuelto incomprensible. Algunos lo hicieron mediante el retorno a la religión (el movimiento que encarnaba Péguy en Francia o Solovev en Rusia), o por medio del alcohol o la muerte voluntaria (Durkheim escribiría un libro sobre el suicidio en 1902). Otros, más numerosos, lo hicieron por la vía de una revolución individual o colectiva: emigración y revolución, dos fenómenos a menudo asociados. Así, Rusia e Italia fueron simultánea-

mente patria de Bakunin y de Malatesta, grandes tierras de emigrantes que dan cada una su respuesta a la guerra y a la crisis: el comunismo y el fascismo.

Hoy, la incertidumbre por el futuro, la incapacidad de los dirigentes de entender la evolución económica y social favorecen el renacimiento del misticismo religioso y del fundamentalismo tanto en las sociedades occidentales como en los mundos árabe o persa, mientras que para los jóvenes la droga ha tomado el lugar del alcohol.

No se involucran únicamente los individuos, sino que también están implicados los estados, las naciones y las etnias. El desarrollo del capitalismo y la concentración geográfica de las actividades industriales trastocan los equilibrios económicos.

Otro fenómeno, del todo ligado al primero, no sólo concierne a los individuos, sino también a las naciones, los estados y las etnias. Al principio del siglo XX, los progresos de la concentración geográfica de las actividades industriales y el desarrollo del capitalismo determinaron fenómenos económicos generales que la era preindustrial no había conocido. Por ejemplo, la agricultura inglesa se vio enteramente modificada por las leyes de 1846, y la industria francesa por los acuerdos de 1860. Posteriormente, tanto la producción cafetalera de Brasil entre las dos guerras como la del azúcar en Cuba, en 1959, también fueron aplastadas de un golpe.

De manera que, primero en Europa y luego en el mundo entero, cada nación tenía la sensación de estar rodeada de enemigos que querían quitarle su prosperidad, su desarrollo y aun su propia existencia. Dichas sensaciones florecieron a partir del momento en que una sociedad se vio atravesada por la violencia y los usos internacionales que reglamentaban su asfixia: la URSS después de 1917, Alemania después de 1933, Egipto después de la crisis de Suez en 1956, Irán bajo Jomeini, etcétera.

DEL PATRIOTISMO AL REGIONALISMO

El sentimiento patriótico se volvió una forma de reacción colectiva de las sociedades frente a los fenómenos nacidos de la unificación del mundo, ya que el movimiento de las nacionalidades era una variante que no estaba ligada únicamente a la opresión religiosa o nacional. Dicha característica se entiende mejor si se asocia el patriotis-

mo a la resurrección del regionalismo. En el imperio ruso, desde las épocas zaristas, la multiplicación de líneas de ferrocarriles, a lo largo de las cuales se instalaron colonos rusos, suscitó movimientos de resistencia entre pueblos que nunca se habían considerado rusos, o sea los finlandeses, los tártaros, los georgianos, también los ucranianos, los mordves, los mari, etcétera. Entre la obligación de hablar ruso para los ucranianos y la prohibición escolar para los franceses de hablar en dialecto, hay una diferencia de grado, una forma de resistencia a la centralización del estado. La resurrección del regionalismo provenzal o bretón de 1877, la supervivencia de la cuestión meridional en Italia, o también del problema siciliano, son fenómenos de patriotismo pero están disociados del tiempo presente.

Ahora bien, un fenómeno que llevaba mucho tiempo oculto reaparece y se dispersa, no solamente en el país vasco español, sino en Córcega o en Valonia donde la existencia de la democracia elimina toda coartada para la violencia. Y la violencia se manifestó en aquellos países que fueron liberados de la opresión colonial –o simplemente de quienes los dominaban económicamente– desde que la construcción de un estado fuerte dio lugar a comunidades enteras que habían redescubierto su identidad: los kurdos después de Ataturk, los kailes en Argelia, los saharahuis, sin mencionar las mil y una naciones de la India que no toleraban el monopolio que ejercía en el nombre del hinduismo el Partido del Congreso.

Por lo tanto, como respuesta de las minorías a la centralización institucional, se produjo un movimiento centrífugo, una respuesta a la amenaza que el mundo exterior hacía sentir a cada estado, a cada comunidad. Las cosas se desarrollaron con tanta más fuerza que una reunión de conjuntos, como la Europa de Bruselas, por ejemplo, que para resistir a la globalización participa en ella. Esto determinó un crecimiento de las burocracias de estado y supranacionales, cuyo efecto se agrega a los anteriores.

La globalización y la uniformización burocráticas se manifestaron con el desarrollo del estado, que data del siglo XVI, la revolución francesa o la edad tecnológica. Dicho fenómeno implicó la multiplicación de los grupos sociales que magnificaron el área del poder central, que sucesivamente fueron el clero, los militares, los funcionarios y los cuadros, aun de las universidades.

Su promoción hizo más amplia la distancia entre el centro y la periferia, es decir, la distancia social; esto culmina en el rechazo hacia el exterior de todos aquellos que no se han integrado al sistema:

los excluidos y todas las demás víctimas, que llegan a ser regiones enteras y naciones-proletarias, cuando la burocracia se vuelve supranacional. Al final del siglo XIX, los campesinos de Cévennes encontraron en las charreteras de su oficial la cara de su antiguo amo. Hoy, el poder ya no está en manos del subprefecto o del diputado, sino que pertenece a la Comisión de Bruselas o al Banco Mundial. El ciudadano que haya perdido sus puntos de referencia también ha perdido su recurso.

EL SENTIDO DE LA HISTORIA

En estas condiciones, las sociedades contemporáneas destilan una visión del mundo y dan a la historia un sentido que varía de Este a Oeste y al sur, en un momento en que, paradójicamente, la unificación de los medios de comunicación asegura la uniformidad de la información, que se ha vuelto uno de los signos de nuestro tiempo.

Este último fenómeno es más conocido porque ocupa el primer plano de la escena. Ya se trate de la prensa escrita de Springer, Hersant o Murdoch o de la televisión, con los debates abiertos sobre el futuro de las cadenas televisivas; el avance de la unificación y la estandarización parece estar bien encaminado gracias a los satélites. Se puede observar que de cien "temas" filmados y distribuidos por las diferentes cadenas (BBC, TF 1, RAI, CBS, etc.), la cantidad de imágenes comunes no cesa de crecer, mientras que disminuye la capacidad de cada cadena de producir informaciones autónomas, excepto las referentes a los temas y asuntos locales. La guerra del Golfo presentó rasgos caricaturescos de dicho fenómeno, que conlleva también su opuesto: la necesidad de hacer un contraanálisis a partir de centros de información controlables y fiables, de donde viene la proliferación de las radios independientes, de asociaciones que ofrecen sus boletines, etcétera.

De esta forma, el análisis histórico desempeña un papel específico porque impulsa la interpretación de nuestro tiempo y lo vuelve inteligible. Fueron los pueblos ex colonizados los que pusieron el ejemplo de oposición: los griots en el África negra, los ulemas y morabitos en los países del islam se dirigieron contra la información y la historia dominante librando una batalla por medio de los hechos, de los relatos y también mediante la lucha de valores, cuestionando aque-

llos que legitimaban el poder colonial. Los negros en Estados Unidos empezaron ese trabajo en 1794. Ahora bien, actualmente en Estados Unidos, los indios promueven el desarrollo de la *gender history*, al igual que los catalanes en España, los occitanos o los corsos en Francia, o las organizaciones de mujeres en todo el mundo.

Durante mucho tiempo, la tradición oral fue la forma más operativa para la difusión de la contrainformación En los años sesenta, en Magreb así como en la América andina (sobre todo Colombia), la radio de transistores desempeñó el papel de contramedio frente a la radio o la televisión que solamente estaban disponibles para la gente privilegiada de los pueblos. En los años setenta, las producciones en video demostraron claramente que cada sociedad generaba su propia contrahistoria frente a la uniformización del conocimiento histórico. En el cine, los ejemplos son múltiples, desde *Ceddo* en Senegal que estigmatizaba el islam dominante (poseedor del conocimiento y el poder), hasta *Tupac Amaru* en Perú, que daba el punto de vista inca sobre la conquista española.

Los hechos se suceden como si el camino hacia la uniformización ocultara en su seno las formas particulares de una contracultura y de una parcelización de las visiones del mundo.

El último fenómeno que marca este fin de siglo es el cuestionamiento del *progreso* de la historia que ataca de manera correlativa a la fe que existía en el siglo XIX en el futuro de la ciencia. Es verdad que, más que la ciencia en sí misma, fue la aplicación de sus técnicas lo que fascinaba a la opinión pública: el ferrocarril, el telégrafo, las vacunas, etcétera. Ahora bien, detrás de dichas invenciones, siempre aparecía la matemática, de manera que las leyes de estadística tomaron el lugar del *espíritu de las leyes*. A principios de siglo, los programas políticos pretendían apoyarse en una interpretación sabia del mundo: el socialismo *científico* de Marx, el anarquismo *científico* de Kropotkin, etcétera. Es significativo que, independientemente de sus *opiniones* ideológicas, Lenin, el Dr. Schacht y F.D. Roosevelt hayan leído y anotado las obras de Keynes. En efecto, en el siglo XX, parece que en lugar del sable o de los discursos, los que mandan son los números y las curvas.

En el Este, así como en el Oeste, los tecnócratas tomaron el poder. Todos ellos son sabios y políticos que, gracias a la era estalinista, pretendieron renovar la antigua alianza de las ciencias sociales con las ciencias naturales. La sabiduría del partido era la expresión de todos los saberes, y rápidamente comenzó a dirigir no sólo la economía y la

política sino también el arte y la lingüística. Esta sabiduría llegó a dictaminar competencias sobre el cuerpo social, e inclusive competencias sobre el cuerpo humano, ya que podía decidir quién era sano de espíritu y quién no. En Alemania, durante los años treinta, el poder nazi decidió, en nombre de la ciencia, quién debía vivir y quién no. Tales "soldados biológicos" y "médicos psiquiatras" responsables de dramas bien conocidos, contribuyeron al descrédito de todos estos regímenes de lo absoluto, cuya certeza se apoyaba siempre en la ciencia. La medicina siempre había sido la coartada del poder científico, un poco como el Instituto Pasteur había sido la coartada de la colonización francesa. Es en nombre del cuerpo humano y de su salud que el poder científico ha podido a menudo actuar. En Alemania, fueron los químicos-médicos y los médicos-químicos quienes encubrieron muchas invenciones utilizadas para fines muy distintos del bienestar.

Al principio del siglo XX, la autoridad del médico se vio modificada, en primer lugar, por la democratización de la asistencia de la salud. El practicante ha perdido gran parte de su poder simbólico. Se podía apoyar el aborto en la India y estigmatizarlo en nombre de la ciencia o de la moral en tierra cristiana. ¿Será que la ciencia tiene una religión, una ideología, o será más bien que el médico usa sus conocimientos de la manera que más le conviene? Así, el poder de la ciencia y su sabiduría es atacado como poder de tiranos.

Frente a esas transformaciones, aparecieron ideologías de recambio que las combaten a nivel mundial. Por ejemplo, la ecología, "Biblia" de los que no quieren tener una biblia, que luchan a la vez contra la unificación tecnológica de la economía y la uniformización de la cultura. A continuación, tenemos el fundamentalismo que, ante la confusión de las confesiones, reacciona contra el exceso de la modernidad, contra el imperialismo multinacional, traduciendo el fracaso de grandes esperanzas.

La intersección de dichos fenómenos y creencias ha despertado conflictos que los estados creían haber eliminado. En lugares donde la evolución se está llevando a cabo más lentamente, existen conflictos territoriales tradicionales, con un regreso a la ley de la sangre y la raza, como por ejemplo los armenios-azeris, los rumanos-húngaros, los persas-árabes, el surgimiento del racismo contra los inmigrados en Europa occidental, contra los negros en Estados Unidos, también las inversiones racistas que se dan por igual en Estados Unidos, en Argelia con el FIS o sus sucesores, etcétera. También se nota el rechazo

a la dependencia de ciertos pueblos, con el pretexto de que su población es minoritaria en el estado, cuando en realidad, se consideran "superiores" culturalmente o han obtenido cierto nivel de desarrollo económico: los eslovenos de la antigua Yugoslavia, los bálticos de la ex URSS, los sijs en la India, etcétera. Asistimos a explosiones sociales ahí donde una rápida evolución económica ha creado desigualdades que se juzgan de tipo "colonial" en el seno de una misma sociedad. Por ejemplo: la Italia meridional, Córcega, Irán en la época del sha, Palestina, Marruecos, Perú, México, pero también los guetos urbanos en Francia y las sociedades fracturadas, como en Brasil y otros países. Por ende, se da la solidaridad entre los extremistas de todos los países, sea cual fuere su bandera: verde, roja o negra.

PARA CONSULTAR

Engelhard, Philippe, *L'Homme mondial,* París, Arlea, 1996.

Gellner, E., *Nations et nationalismes,* París, Payot, 1989.

Schnapper, D., *La communauté des citoyens, sur l'idée moderne de nation,* París, 1994.

Nations et nationalismes, Les dossiers de l'État du monde, La Découverte.

7. LAS FUENTES DE LA CONCIENCIA HISTÓRICA

¿CRISIS DE LA HISTORIA O DE LA DISCIPLINA?

Resulta más difícil que nunca escribir la historia. Sin duda, Rusia es uno de los países donde existe una gran claridad al respecto, porque en su caída, el régimen comunista arrastró consigo un estilo de análisis de las sociedades que se consideraba científico e irrefutable: en la Unión Soviética, la historia tuvo como función confirmar la legitimidad del régimen, la justicia del análisis de los dirigentes, el significado de los acontecimientos, y además debía demostrar que sus actos tenían sentido.

Pero el régimen se desploma y sus vicarios ya no saben qué decir.

La verdad es que dicho estilo de análisis se había cuestionado antes de la *glasnost*, pero no de manera pública. Gracias a la literatura disidente, era cosa sabida que las novelas proponían una descripción del pasado, sobre todo contemporáneo, que resultaba más fiable que las reconstrucciones de los historiadores; de Solyenitsyn a Grossman se planteaban verdaderos problemas históricos, no académicos. Los cineastas también estaban en ello, desde Tarkovski hasta Aboulazde. A partir de la *glasnost*, la necesidad de retornar a un pasado auténtico se ha manifestado en la multiplicación de las investigaciones orales respecto de la historia de la sociedad soviética (cf. la creación del primer *Pamjat*, de *Memorial*, etc.), o en la exigencia de que los historiadores tengan libre acceso a los archivos.

Volveremos a examinar esas características; sin embargo conviene dejar claro que la crisis de la historia, o más bien de su sentido y su disciplina, no son características particulares de la antigua Rusia, si bien se reconocen más en este país. El fenómeno es general, Occidente también lo conoce y en parte está ligado a la crisis general de las sociedades.

*

Desde que las sociedades perdieron sus puntos de referencia, desde que el comunismo y el liberalismo confirmaron su fracaso, se vive

actualmente una historia sin horizonte. No se logra diagnosticar el presente, ni descifrar el origen de la crisis ni de sus fallas. Esta incapacidad se manifiesta como una crisis en la disciplina de la historia.

Algunos pueden llegar a preguntarse hasta qué punto es fiable la historia, si se trata de una ciencia capaz aún de progreso, o si no se trata nada más que de ideología aplicada.

Ante todo, nos conviene examinar las fuentes que la originan. Pero antes de observarlas y de tratar de entender la naturaleza de los discursos históricos que cada fuente produce, es menester tomar en cuenta los datos globales que repercuten en la disciplina, y no solamente los de la antigua Unión Soviética.

El primer dato apunta a la crisis de las ideologías que dominaron los siglos XIX y XX, a saber, el marxismo y sus variantes, o las diferentes formas del liberalismo. Desde hace casi dos siglos, estas visiones del mundo habían tomado el lugar de las grandes religiones, que hasta entonces daban un sentido claro a la historia; se dice que estas últimas estaban destinadas a quedar relegadas a la vida privada, o simplemente a desaparecer.

De hecho, el triple fracaso de la descolonización –con las desilusiones que siguieron a la independencia en las antiguas sociedades sometidas a Occidente–, el fracaso del liberalismo con la aparición del desempleo y la crisis, sobre todo en Norteamérica, pero también en Europa, junto con el fracaso final del socialismo en los países del Este, fue lo que suscitó, como por efecto de bumerán, un resurgimiento de las variantes más fundamentales de la vida religiosa en el mundo musulmán, judío o cristiano. Otra ideología en pleno desarrollo es la ecología, que en Francia dice ser una ideología que no es precisamente "ni de izquierda ni de derecha"; también en la ex URSS, ya que debido a la elección de problemas que movilizaron a sus adeptos, la defensa de la naturaleza puede haber sido un modo de acción democrática (en Siberia), nacionalista (en los estados bálticos), y tradicionalista (tipo Rasputin).

Esa situación influye en la visión global de la historia que hasta hace poco dominaba, contenida implícitamente en la ideología del progreso, a la sazón encaminada hacia un futuro, que en la época de los Lumière, acababa de tomar el relevo a una visión del pasado que tenía como referencia la Edad de Oro.

El segundo dato que apunta a la crisis de la historia es la nueva relación que se ha establecido entre la historia sabia, llamada científica (que en realidad, sólo es erudita, no demostrativa), y otras for-

mas de la historia: ayer, la novela; hoy, las diferentes maneras adoptadas por la televisión y el cine para contar la historia. La verdad es que el tema viene de mucho antes, pues gracias a Alejandro Dumas o Tolstoi ya se conocía la concurrencia a la historia sabia que podía ejercer la novela; los ingleses tenían conocimiento de Juana de Arco por las tragedias de Shakespeare (aunque los datos hayan sido inventados) más que por textos de historia: la razón de esto es que una obra literaria goza de una larga vida, mientras que una obra científica expulsa a la que la precede, porque con el tiempo se modifica la perspectiva de la historia.

Por ende, se trata de un problema antiguo con datos contemporáneos. En primer lugar, tenemos el cine y sobre todo la televisión, donde la masa de las obras de ficción histórica sigue creciendo y acaba por sumergir los escritos ya consagrados al conocimiento positivista (analítico). Después, por culpa de la caída en descrédito de los escritos históricos que estuvieron por tanto tiempo sujetos al servicio de un partido, un estado, una iglesia, el análisis novelesco se considera, por primera vez, más creíble que un trabajo erudito ¿Acaso no interviene ahí lo imaginario, lo no dicho? Ahora bien, lo imaginario y lo no dicho son historia tanto como la Historia misma. Un tercer dato interviene para desestabilizar la historia tradicional, un hecho que nadie ha planteado realmente todavía: nunca se han nombrado los principios que debería expresar un análisis histórico por escrito; sobre papel, antes que por la imagen o utilizando otro soporte.

En contra de lo que se pudiera imaginar, tales cuestiones no están tan alejadas del problema del modo de producción del análisis histórico. En efecto, frente a la historia oficial, que se manifiesta ante todo por escrito, aparecen otras formas de expresión. Por ejemplo, el fresco en México llevaba en sí la dinámica de una resistencia revolucionaria con el objetivo de llegar a poblaciones analfabetas para que pudieran conocer y entender su pasado. De mismo modo, el cine-video se ha vuelto una de las formas privilegiadas de la contrahistoria.

No obstante, la dificultad principal en la elaboración de un análisis histórico que sea reconocido e irrefutable es, sin duda, la multiplicación de las fuentes del conocimiento histórico. Podemos mencionar por lo menos cuatro.

LA HISTORIA INSTITUCIONAL U OFICIAL

La *historia institucional* u oficial es producto, consciente o no, de las instituciones que manejan la sociedad. Dicho tipo de historia existe porque encarna y legitima los regímenes que la producen. Esta forma de historia es la trascripción de la necesidad de cada grupo social y de cada institución para justificar su existencia o su dominación, ya sea que se trate de la iglesia, el estado, el islam o el partido. La historia *oficial* conoció su apogeo en los siglos XIX y XX. En Francia, por ejemplo, durante la III República, el historiador debía glorificar a la nación y formar patriotas sinceros; de lo contrario, decían las instrucciones ministeriales, "habrá perdido su tiempo". Encontramos el mismo fenómeno en Inglaterra, donde en el siglo XIX y a principios del XX se escribía que "Napoleón no habría podido cumplir su destino en Inglaterra... porque en un pueblo que tiene un sentido moral, el poder supremo no se toma por la fuerza"; es un juicio que legitima al régimen parlamentario inglés por medio de las virtudes de la sociedad.

En este tipo de historia, la función de quien la escribe es independiente del signo ideológico que sustenta a la institución. En Francia, por ejemplo, varias historiografías institucionales se desarrollaron simultáneamente. Es el caso de una historia católica y otra protestante que se confrontaban sobre puntos como la Reforma y las guerras de religión, y donde no se glorificaba a los mismos héroes; también se opusieron varias historiografías de la Revolución; luego, en la III República, una versión laica y otra del clero entraron en una guerra de manuales, cada una con sus héroes, Étienne Marcel, Kléber de un lado, y San Vicente de Paul, Santa Genoveva, etc., del otro. En ese tipo de historia, cuando el poder cambia de signo, los héroes del pasado cambian de sentido. Ése fue el caso de Juana de Arco. Si la fuerza de la monarquía se basaba en las leyes y los juristas, el triunfo de un rey no podía depender demasiado de una santa o una bruja, "a quien el rey le permite ayudar". En el siglo XVII, cuando la iglesia fortalece su relación con el estado, aparece la versión piadosa de Juana de Arco; y como el proceso del obispo Cauchon molesta a la iglesia, se acusa a los ingleses como responsables del juicio. En la República, la versión católica molestaba a la nación laica: ya no se decía que había oído voces, se decía que *creía* haber oído voces. Con el acuerdo franco-inglés de 1904, el obispo Cauchon vuelve a encontrar su papel, y los ingleses se contentan con entregar a Juana a la iglesia; empero, para salvar el honor de la iglesia, se hizo una versión

donde aparece un monje que tiende una cruz a Juana en la hoguera. Ahora bien, desde el siglo XV nunca se había mencionado la presencia de dicho monje.

Este tipo de ejemplo, tomado de Francia, se encuentra también en otros países: la historia oficial ha ido adaptando el sentido de los hechos históricos a las necesidades del poder de turno.

La historia institucional reinó exclusivamente donde reinaba la dictadura de una sola institución, de manera que si la fuente generadora de historia fue, como en el caso de la URSS, el partido comunista, la historia en tanto disciplina se volvió, en sentido propio, asunto de partido y cuestión de estado. La historia instruye el proceso de quienes han contrariado el curso "normal" de la historia en el sentido marxista de dicha visión, es decir, la transición de una fase a otra de una evolución determinada: así se condenan sucesivamente a la iglesia, la nobleza y los capitalistas. En el panteón de los héroes figuran los que fueron sus opositores: Galileo, Copérnico, Bacon, Marx, etcétera. Conviene revisar de manera esquemática algunas de las otras características de la historia, tal como reinaba en la URSS hasta la perestroika.

• La expulsión de la historia de la URSS, desde 1917, de personas declaradas negativas o que reaparecían sólo por estar en desacuerdo con Lenin, como en el caso de Trotski; este plan va acompañado por la desaparición de los miembros del partido a quienes la historia había condenado.

• En el nombre de una visión de la historia animada por las masas, aparecen héroes anónimos: Stajanov o Gagarin. Esto equivale a sustituir a aquellos que han hecho la historia –visión "idealista"– por aquellos que la historia ha producido.

• La transformación retrospectiva del sentido de los sucesos o del diagnóstico de una situación en función de las necesidades políticas inmediatas. Tal ha sido el ejemplo del estado económico de Rusia en 1914. Lo declararon "avanzado" en octubre de 1917 para legitimar la transición al socialismo; "atrasado" en 1936 para unir los estados europeos orientales y demostrar la gran amenaza que representaba para ellos la Alemania avanzada; "atrasado" otra vez en 1956, porque si se reconociera que Rusia disponía de una economía avanzada desde 1914, quedaría implicado que no fue el socialismo el que hizo posible lograr el progreso.

Estas características son propias de la URSS, y sin embargo, se vuelven a encontrar parcialmente en China. La mayoría de la veces en el

mundo occidental, la vulgata histórica, la que se enseña en las escuelas, es un convenio entre varias fuentes: la iglesia y el estado-nación en Francia o en España; el estado-nación, el partido y la iglesia en Polonia, la visión hispanista y la indigenista en México, etcétera.

Este "producto" presenta algunos rasgos en común. Es una historia que se apoya sobre una organización *jerárquica* de fuentes y de referencias, plan que es reflejo de las relaciones de poder: así que, los textos reales o gubernamentales, los archivos de estado, las referencias bíblicas o coránicas, los juicios de Marx, Lenin o Mao son documentos valiosos por excelencia. Les siguen los comentaristas, como los hadiths en los países islámicos o las ordenanzas en países monárquicos, sobre todo en estadísticas oficiales. Más adelante vienen las fuentes públicas, como la prensa, por ejemplo, o los testimonios de simples individuos que pueden servir de referencia, mas nunca como referente. Este tipo de historia juzga que imágenes, gestos, canciones o películas son sólo elementos secundarios, sin aceptar más que los objetos de la antropología histórica: proverbios, imágenes *sagradas*, etcétera.

El estado y la iglesia no consideran a las películas que son reconstrucciones históricas como análisis o forma de discurso, sino como reproducciones de la historia oficial –narradas por sus jefes–, y las miran con cierta condescendencia crítica. No se les asigna la misma seriedad que a los archivos, como si los archivos contaran la verdad, como si el discurso lleno de mentiras de un político o las cifras falsas de un empresario se volvieran verdades científicas en el momento de encontrarlas sepultadas en los archivos. Marc Bloch afirmaba que los documentos oficiales, los archivos, son únicamente un testimonio. Uno entre muchos otros.

Esta primera fuente de la historia presenta también otras características. Ante todo, es un discurso de historia general y eurocéntrico (incluso etnocéntrico), que solamente examina el destino de los demás pueblos cuando su historia se cruza con la de Europa. Además, es un discurso donde la noción de civilización ocupa un lugar central, ya que tiene como función afirmar la superioridad europea; véanse por ejemplo Toynbee y Spengler. En el siglo XIX, el eurocentrismo, asociado a la idea de civilización, definía un inventario de valores que, siendo europeos por excelencia, definían a su vez a la civilización: unidad nacional, centralización, obediencia a la ley, industrialización, obra pública, democracia representativa; tales criterios se usaban para proporcionar una suerte de *código para tener dere-*

cho a entrar en la Historia. Por ende, en Occidente, Rusia entra *de verdad* en la vulgata de la historia “general” en la época de Pedro el Grande, cuando se *europeíza.* A veces, hay referencias al reinado de Iván IV como el que “anuncia” el futuro poder de los zares. Sin embargo, Rusia se considera atrasada, rasgo compartido por Japón en 1868. Esto implica que el camino del *progreso* es, por definición, occidental. Hoy en día esto resulta cuestionable, especialmente en el caso de Japón.

Otra característica construida bajo el signo de la nación-estado de la historia institucional es que solamente toma en cuenta las diferentes comunidades étnicas cuando éstas se integran en el estado que las absorbe. En Alemania, por ejemplo, el Wurtemberg desaparece de las obras de historia en el momento en que se integra en el imperio alemán, en 1871; como si los habitantes no tuvieran, de ahí en adelante, una historia propia. Lo mismo sucedió en la URSS en el caso de Georgia, Armenia, Ucrania, etc., así como la historiografía soviética habla del “punto muerto” en el que se encontraban las culturas tadjik, uzbeka, etc., antes de su anexión a Rusia. Por lo menos, en la URSS, existía una historia múltiple que, sin valorizarlas, daba existencia a dichas culturas, lo que no sucedió con la historiografía europea para África o América precoloniales.

A fin de cuentas, se nota que el eurocentrismo es ciertamente una variante dominante de un etnocentrismo que existe también fuera de Europa y a menudo va asociado a la visión global de la historia.

En los países islámicos, en la época precolonial, la ciencia geográfica árabe consideraba a Irak el ombligo del mundo y la repartición de los climas estaba concebida de manera que el cuarto clima, el de Irak, estaba en el centro, con tres zonas climáticas al norte y tres zonas climáticas al sur. Los otros pueblos eran evaluados según las cualidades árabes, y por supuesto todos resultaban inferiores. Este etnocentrismo aparece también en las historiografías institucionales de India y Japón.

La última característica de la historia oficial es el silencio que impone a ciertos secretos familiares: los silencios principales están ligados a las normas de legitimidad en que se basa la institución, y más aún a los orígenes de dicha legitimidad. En lo que respecta a la historia sagrada, para la cual la iglesia de Roma es la institución fundadora, se oculta que los textos sobre los cuales se basa la legitimidad del papado –la Donación de Constantino y los Decretos de Isidoro de Mercator–, son falsos, como lo probaron Laurent Valla y Nicolás de Cusa en el Renacimiento. En Japón, se oculta que los japoneses ya

existían antes del año 660, fecha *legítima* en la que supuestamente la diosa Anaterasu creó dicho país e instauró la dinastía imperial. En la URSS, la historia oficial oculta el pequeño golpe de estado dado por Lenin durante la insurrección de octubre, al firmar el decreto del PVRK que derrocaba al gobierno provisional en nombre del soviet, cuando no tenía ninguna autoridad para hacerlo. Todo esto es tabú.

La historia oficial suele ocultar los hechos vergonzosos cometidos por la institución fundadora: crímenes, matanzas, genocidios. Éste es un rasgo que comparten todos los países.

LA CONTRAHISTORIA

La *segunda fuente* de la historia es la contrahistoria, que está hecha en primer lugar por los silencios de aquellos que no tienen historiadores para escribir su historia. Así sucede con los judíos, cuya historia se reduce durante varios siglos a las crónicas de rabinos; muchos judíos no se animan a estudiar una historia que no es más que humillación y sufrimiento. Además, el pueblo judío fue proscrito de la historia por quienes lo excluyeron como objeto de la misma. Por ejemplo, en Polonia donde la civilización *shetl* ha marcado la cultura; a pesar de tal simbiosis, la palabra "judío" no aparece en la historiografía ni antes ni después de 1945. La historiografía polaca prefirió ignorar el antisemitismo, nunca señaló su existencia, al igual que la historiografía alemana y las demás. De esa manera, el genocidio certifica la ausencia de los judíos más que el movimiento que intentó marcar su fin (F. Furet).

Son los vencidos, cuya historia ha sido sepultada, quienes animan esta segunda fuente: pero únicamente creando una institución se puede disponer de la fuerza y la duración que permiten tener un discurso diferente, paralelo al de la historia oficial, la de las instituciones dominantes. De no ser así, sus autores no podrían expresarse. O si lo hicieran, los matarían. Por ejemplo, ¿qué historiador palestino o árabe podría escribir hoy, sin riesgo, que Jerusalén es la capital natural del estado de Israel? Escribir una contrahistoria de *contrabando* ha sido el sino de los rusos como Amalrik o Roguinski.

Los pueblos colonizados fueron los primeros que intentaron formular o escribir una contrahistoria. Una vez libres, su contrahistoria se volvía la historia oficial.

Dicha contrahistoria era, en primer lugar, una disputa sobre la narración. En Argelia, por ejemplo, se acusa a la versión francesa tradicional, demostrando que en 1830 "un convenio había sido firmado, donde se respetaba la libertad y los bienes de los argelinos. Esto no fue respetado por franceses". Volvemos a encontrar dicha pugna en las narraciones de la India, de Vietnam, y hoy también de Kazan o a Alma-Ata, frente a la historiografía rusa o soviética.

En segundo lugar, se está librando una lucha de valores: por ejemplo, en el mundo islámico-árabe o el turco, la glorificación de los nómadas toma el lugar de la glorificación de los sedentarios, que es una de las características de la *civilización* occidental. Empero, es sobre todo en China donde se ha resistido la visión occidental de la historia, precisamente porque el mundo chino se considera a sí mismo como la civilización por excelencia. Los chinos han observado que los criterios europeos de la civilización tienen como meta y función legitimar la dominación económica del mundo occidental. En nombre de la lucha contra la barbarie, se ha impuesto un derecho occidental que sustituiría el "fanatismo religioso", una legitimidad que aseguraría plenos poderes a la moral de las ganancias.

La contrahistoria no es privilegio de los pueblos coloniales, sino de todas las categorías y grupos que se consideren expulsados de la historia. A partir del modelo anticolonial, su lucha se ha identificado con una lucha antiimperialista, como la de los corsos y los occitanos en Francia, los vascos en España, los de Québec en Canadá, los negros y los chicanos en Estados Unidos, los chiapanecos en México, etcétera. Notamos que en el seno del mundo occidental, en el siglo XX, dicha contrahistoria se expresa también tanto en las películas como por escrito. Critican la visión oficial que dan las instituciones de la sociedad y demuestran cuán mal funcionan la justicia, la enseñanza, la economía, la medicina, etcétera. El cine es una forma privilegiada, lo cual queda de manifiesto por medio de cineastas como Kulechov, Fritz Lang, J.-L. Godard, J. Renoir, J. Ivens, que han querido utilizarlo para combatir la historia oficial, para ir contra la corriente. En los países capitalistas, antes de 1968, los cineastas de "izquierda" han actuado, por así decirlo, contra la representación de la ideología dominante; posteriormente aparecieron los semidisidentes en la URSS, como Tarkovski. Todavía actualmente en la América latina y en el África negra, el cine resulta el apoyo más eficaz para la contrahistoria. Es el único medio que en lugares como Senegal se atreve a combatir los excesos del islam.

Merece ser señalado que, a pesar de su oposición, la contrahistoria y la historia oficial tienen características *similares*, aunque las ideologías en que se basan sean inversas: en ambas, se da prioridad a la narración, a la jerarquización de las fuentes, a la obra producida al servicio de una causa.

LA MEMORIA DE LAS SOCIEDADES

La memoria de las sociedades aparece como *tercera fuente* de la historia, tanto en forma individual como colectiva.

La memoria individual, escrita u oral, es una fuente bien conocida por los historiadores; y hoy las investigaciones orales se han vuelto una de las formas favoritas de investigación. El movimiento de la recopilación de la memoria oral empezó en Polonia antes de la segunda guerra mundial, se desarrolló después en Inglaterra, luego en Francia y actualmente en Rusia. Los artesanos, mineros o miembros de la resistencia durante la ocupación, antiguos deportados de los campos nazis o del gulag, han sido sucesivamente objeto privilegiado de dichas investigaciones. Como es natural, esa historia individual no es más fiable que cualquier documento oficial pero en Rusia, donde la historia oficial ha sido tan engañosa, se tiende a valorarla, a tomarla como base, a identificar la historia con la memoria.

Un suceso reciente demuestra bien que la memoria es poco fiable en el ejemplo de la gran investigación llevada a cabo por Freddy Rafael sobre los judíos de Alsacia antes de la segunda guerra. En calidad de alsacianos, habían sido evacuados con los demás en 1939, al sur de Francia. Así, como por milagro, pudieron escapar a la deportación, y después de la guerra se quedaron en su mayoría en Marsella, Niza y Clermont-Ferrand. En esta investigación, efectuada en Alsacia en 1980, los alsacianos no judíos afirman sus sentimientos de antipatía hacia los judíos de 1939; eran usureros, sucios, etcétera. "¡Qué suerte que se fueron!" Sin embargo, la investigación demuestra que, de hecho, si bien los judíos habían en efecto prestado dinero a los habitantes de esta aldea, era porque los bancos se negaban a hacerlo, detalle que los alsacianos suelen olvidar; en cuanto a su suciedad, estaba completamente ligada a los oficios que practicaban, como por ejemplo el ser curtidores. Ahora bien, estos mismos judíos esparcidos en 1980 e interrogados, tenían un recuerdo encantador de su vida pasada en

Alsacia. Ya no pensaban en la destrucción de su sinagoga y señalaron que la expresión "sucio judío" era entonces una señal de reconocimiento, casi amistosa.

Otra fuente de memoria, un tanto difusa, es la de los grupos sociales o étnicos que han conservado su identidad por medio de las tradiciones y de hábitos gestuales, alimentarios y festivos. Dicha fuente se diferencia de la contrahistoria por varios puntos.

Para empezar, esta otra fuente carece de funcionarios especializados a su servicio, es decir, de historiadores. De manera que no obedece a las prácticas ni las reglas de la profesión, por supuesto variables, pero bien identificadas. Este tipo de historia no se somete a la crítica y es inmutable, como una obra literaria, de manera que difiere de los otros tipos de historia no por su contenido, sino por su estatus.

Algunas fiestas son vivo paradigma de dicho tipo de historia. Por ejemplo, *Moros y cristianos* en Andalucía. En el Levante es una fiesta anual que coincide con la conmemoración de la expulsión de los árabes de España. A lo largo de cuatro actos, inmortaliza su llegada, la sumisión cristiana, su revuelta y su liberación. La presencia del árabe se encuentra enraizada en la cultura española y acentúa sus diferencias.

A diferencia de la fiesta de *Moros y cristianos*, la mayor parte de las conmemoraciones no mantienen intactos los gestos y palabras que datan de varios siglos. Resultan casi un subproducto de la historia oficial o de la contrahistoria, como por ejemplo las ceremonias asociadas con el recuerdo de la revolución francesa. Se selecciona lo que une a los franceses y no lo que los divide: sí, el 14 de julio; no, la muerte del rey. En la URSS, tales fiestas eran promovidas a veces por el régimen soviético (el 1º de mayo, el 6 de noviembre, etc.); a veces se buscaba sovietizar antiguas fiestas cristianas o musulmanas (el Paigamberechi, por ejemplo, es la fiesta del profeta que se hace coincidir con una fiesta para la jubilación), pero otras veces estas fiestas no son nada más que un elemento que ha sobrevivido. Las fiestas de los oficios y determinados ritos constituyen una forma de memoria que sustituye o se agrega al conocimiento histórico. En ciertas islas del Mediterráneo, por ejemplo, así como en algunas partes del Cáucaso, o sea, en las regiones que han permanecido al margen del proceso de centralización del estado, la conciencia histórica se confunde con la tradición en cierto orden social que define el sentido del hombre, la pureza de sangre, las vinculaciones comunitarias, etcétera.

Además de las fiestas y los ritos, otras fuentes también han contribuido a constituir la conciencia histórica: son fuentes difusas o dispersas que se generan en las obras de arte o en la literatura. Especialmente sucede con las óperas, como por ejemplo, *La vida por el Zar* de Glinka, que fue representada una y otra vez en la capital rusa, pero no suscitó sentimientos favorables en Polonia; de la misma manera, *Los cuentos de las mil y una noches* desvalorizan las sociedades no musulmanas en los países árabes o persas. Sin lugar a dudas, hoy en día el cine constituye la principal fuente difusa. Así se distinguen las películas que más o menos reproducen los estereotipos de la historia oficial, que son la mayoría; y otras que, por el contrario, ponen en tela de juicio la ideología dominante, como algunas películas prohibidas durante mucho tiempo en la URSS, donde resulta difícil ver tanto *Po Zakony* de Kulechov, como *Pokojanie* de Abulazde. En pocas palabras, todas las obras que proponen una visión autónoma e independiente de la sociedad, de la situación social o histórica, como Godard en Francia, Kazan en Norteamérica, Fellini en Italia o Tarkovski en Rusia.

Estas fuentes están esparcidas, no forman un conjunto; no tienen por meta elaborar un análisis sistemático de la vida de las sociedades.

En eso radica el proyecto de la cuarta fuente, la historia experimental de la Escuela de los *Annales*, nacida en Francia en 1929 y actualmente extendida por diversos países del mundo, sobre todo en Italia, Estados Unidos, Polonia y Rusia.

LA HISTORIA EXPERIMENTAL Y LA ESCUELA DE LOS *ANNALES*

A partir de 1929, la crítica hecha por los *Annales* de diversos discursos históricos nos conduce a los siguientes puntos:

1. Inicialmente fue dirigida en contra de la dependencia de los historiadores respecto de los poderes reinantes en sus países de origen. El grupo de fundadores de los *Annales* nació en Estrasburgo, cuando Lucien Febvre y Marc Bloch observaron las diferentes interpretaciones dadas por los alemanes y los franceses sobre los orígenes de la guerra de 1914-1918, y de los papeles desempeñados por el catolicis-

mo y el protestantismo en Alsacia, etcétera. En consecuencia, era necesario desideologizar la disciplina histórica.

Dicha disciplina siempre se había dividido en tres componentes: la filosofía política, que da sentido a la historia; la erudición, que aporta las bases de sus conocimientos; y la demostración, que la presenta como un discurso científico. La interferencia de estos tres componentes puede apreciarse en Michelet, Kljuchevski, etcétera. Con Ranke se trata de la erudición, y con Montesquieu y Tocqueville de la demostración. Ahora bien, L. Febvre y M. Bloch consideran que una parte de la historia del principio del siglo XX ha sido eliminada: el significado de la historia se convirtió en eje para algunos, y para otros en dirección, en función de las leyes que la determinan.

Los *Annales* se propusieron transformar la disciplina para que se volviera un análisis independiente, autónomo: la revista se convirtió en la Biblia de quienes rechazan la Biblia. Por lo tanto, era necesario que sus observaciones resultaran irrefutables, como las de otras ciencias, a las que tiene que pedir en préstamo sus métodos: la geografía, la sociología, la estadística, etcétera.

2. La Escuela de los *Annales* también se propuso sustituir la historia-narración por la historia-problema, porque la primera no aporta ninguna garantía científica, por ser simplemente erudita: pueden construirse narraciones diversas a partir de las mismas fuentes. Por ejemplo, en este tipo de historia se indica bien la fuente de información: Lenin, tomo 24, 3ª. ed., p. 228; pero no se explica por qué el autor eligió esta cita en lugar de otra. La historia narrada es una sucesión de opciones a seleccionar, un conjunto sin explicación metodológica. Personalmente, en mi libro sobre la revolución de febrero de 1917, procedo de esta manera cuando *cuento* las jornadas revolucionarias, así como Burdjalov escribió una historia de febrero y Hasegewa escribió otra distinta después, etcétera. En cambio, cuando en esta misma obra comparo las reivindicaciones de los obreros o los campesinos en los programas de los diferentes partidos revolucionarios, el trabajo ya no es de narración, sino de análisis y sus resultados son valederos. En este último capítulo, he planteado un problema. Ahora bien, la Escuela de los *Annales* preconiza la *sustitución de la narración histórica por la historia-problema,* porque es necesario definir la pregunta, explicar el principio de la elección de fuentes, hacer una demostración lógica, etcétera.

3. La tercera característica es la sustitución del estudio de casos, de situaciones particulares por la construcción de una historia universal, cronológica. Los sucesos constituyen un ejemplo de esos casos porque revelan la disfunción del orden social o político. Cuando F. Braudel estudiaba el Mediterráneo o posteriormente el capitalismo, analizó todos los casos y situaciones que rendían cuenta de sus historias.

4. Un principio ulterior de este pensamiento histórico busca entrar en la interacción de la articulación de la macrohistoria, los estados, las economías, etc., y los mecanismos de funcionamiento de estas sociedades en su nivel elemental.

Otro objetivo de esta cuarta fuente consiste en transformar el análisis general de la historia de las sociedades en un conjunto de problemas planteados sobre el pasado en diferentes niveles de observación.

El primero es el del poder, el segundo es el de los contrapoderes, el tercero es el de la sociedad. Conociendo estas tres fuentes, que fabrican un tipo de historia donde cada una tiene su función, la cuarta fuente resulta por excelencia la de la ciencia histórica en vías de construcción.

PARA CONSULTAR

Ferro, Marc, *Comment on raconte l'histoire aux enfants à travers le monde entier*, París, Payot, 1993.

Lepetit, Bernard, *Les formes de l'expérience, une autre histoire sociale*, París, EHESS, 1995.

Nora, Pierre (comp.), *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1986.

Valensi, Lucette, *Fables de la mémoire, la bataille des trois rois*, París, Le Seuil, 1992.

8. EL CINE: AGENTE, PRODUCTO Y FUENTE DE LA HISTORIA

En su relación con la sociedad y la historia, el cine ha sido abordado como obra de arte cuya descripción queda sujeta a apreciación y juicio.

Iluminados por la aparición del nuevo espectáculo, que al decir de Eisenstein integra en sí la herencia de todas las artes existentes creando una nueva forma que las sublima y sobrepasa, los paladines del cine, es decir los críticos, se han identificado con los maestros del séptimo arte, asumiendo voluntariamente su lucha. Concebido inicialmente como diversión destinada a las mayorías, dado el costo elevado de una película, los productores y actores se han esforzado durante toda su historia en denunciar la "crisis del cine", un leitmotiv que vuelve a encontrarse tanto en la vieja Europa, como en Estados Unidos o la Rusia actual.

EL TRABAJO DE LEGITIMACIÓN DEL CINE

1. Su primer objetivo fue obtener el reconocimiento o *legitimación* del cineasta como artista, como creador. Ésta era una necesidad esencial a principios del siglo XX, en una sociedad de funcionarios y guerreros que no aceptaba más las formas integradas de cultura y veía al cine condescendientemente, lo cual dio origen a la idea de un espectáculo para *ignorantes*, hecho sobre una base mecánica. Espectáculo presentado en otros tiempos en ferias, en cafés-teatros, en lugares considerados perversos a los ojos de la moral burguesa y victoriana. Que el cineasta haya querido identificarse con la gente de letras y con los artistas pareció, en un principio, incongruente y obsceno a la vez. En esos tiempos el cine estaba estigmatizado, de la misma manera en que hoy se estigmatiza la televisión. Dicho descrédito no provenía solamente de las élites políticas, sino que era también expresado por las bocas de los artistas y escritores: Meyerhold, el gran mago del teatro en Rusia, pensaba que "el cine no tiene lugar en el dominio de las artes"; "se arrastra detrás del teatro", "lo imita". Maiakovski, el poeta, pensaba lo mismo, al igual que Marinetti, propulsor del futurismo.

En esencia, se reprochaba al cine no ser creativo sino recreativo, incapaz de abordar sino temas vulgares y hechos corrientes.

Fue necesario esperar que se reconociera la función política y social del cine para que el nuevo producto cultural obtuviese el estatus de obra, y posteriormente de obra de arte. Dicha legitimación se hizo primero en las contrasociedades, las cuales cuestionaban precisamente el orden burgués: la URSS de los años veinte, la Alemania nazi. Los otros países se resistieron durante mucho tiempo.

Paradójicamente, el primer régimen político que lo adoptó fue el de los soviets, que vieron en el cine un instrumento educativo, la mejor manera de difundir el conocimiento, destinado a completar escuelas y bibliotecas. Por lo demás, resulta significativo que Lunacharski lo hiciera depender del ministerio de educación y no del de arte. Lo mismo sucedió en la Alemania nazi, que diez años después equipó a todas las escuelas con aparatos de proyección, abrazando con gran entusiasmo la función de propaganda; en cambio, en Rusia esta aplicación no llegó sino mucho tiempo después.

La legitimación del cine como arte surgió como reflejo, una especie de contragolpe de la fascinación ejercida por la Unión Soviética en los años veinte. El éxito de *El acorazado Potemkin* de Eisenstein, y de *La madre* de Pudovkin, contribuyó mucho a que los cineastas rompieran con el principio del montaje, la simple reproducción de escenas filmadas, superando así la técnica de la fotografía. André Breton pensaba que el cine transformaba el mundo, cambiaba la vida, que por eso merecía el título de séptimo arte. A su vez, en Alemania, Murnau rompía con los temas de la vida cotidiana o contemporánea al abordar mitos y epopeyas con los *Nibelungos* y *Tabú,* llevando al cine a las más altas cumbres de la creación. Entonces los surrealistas glorificaron su coronación por medio de René Clair, Dalí, Max Ernst y Buñuel, que también quisieron hacer cine.

Desde entonces, la gente de cine decidió fundar su propia república: instituyeron sus usos y leyes, establecieron los límites entre lo profano y lo sagrado, lo que se debe mostrar en la pantalla, lo que no se puede decir en una película o fuera de ella, lo que se debe decir y callar del mundo del cine. Hollywood es el ejemplo.

Que la crítica cinematográfica haya empezado enseguida a repetir lo que ya se venía haciendo en el mundo de las letras o del teatro no causa sorpresa. La legitimación implicaba identificación, similitud de estatus, armonía de miradas. Como en la literatura, se clasificaron las obras por géneros, los autores se agruparon en escuelas (expresionis-

ta, realista, etc.), la crítica se constituyó en órdenes que cruzaban lanzas por uno u otro de sus dioses. El cine ha conocido sus batallas de Hernani, cuyos héroes eran René Clair, Dreyer, Jean Renoir. Incluso en sus perversiones, los críticos eran similares: así como en la literatura el *gran* editor recoge la cosecha más abundante de críticas, el volumen de los ecos, estudios, comentarios y análisis transversales sobre una película, etcétera. Obviamente esto, hoy en día, resulta directamente proporcional a los presupuestos. Podemos referirnos al bombardeo publicitario del cual participaron los críticos en películas como *Tess*, *Reds*, y otras ya caídas en el olvido.

Los críticos no han sido los únicos en reproducir por fascinación usos y costumbres nacidos en la literatura y las artes. Los historiadores del cine han hecho lo mismo. Es un nuevo producto cultural y ha sido tratado como cualquier otro acontecimiento de la historia de las sociedades: al recortar dicha historia en pedacitos por periodos y por países se reproducían los defectos del positivismo más tradicional en manos de quienes intentaban ser heraldos de la revolución cultural del siglo XX.

FUNCIONES DEL CINE

2. Lejos de limitarse a una crónica mejorada de las obras, o a la evolución de los géneros, la relación entre el cine y la historia presenta el problema de la función que realiza el cine en la historia, su relación con las sociedades que lo producen y lo consumen, y el proceso social de creación de las obras, del cine como fuente de la historia. En otras palabras, al ser agente y producto de la historia, las películas y el mundo del cine mantienen una relación compleja con el público, el dinero y el estado, lo cual constituye uno de los ejes de su historia.

Al definir de este modo las partes de la relación, la misma dinámica de relación determina tanto las transformaciones técnicas y estilísticas de los cineastas como la evolución del arte cinematográfico. Evolución que no podría sustraerse de las culturas que lo generan y del público al que va destinada la obra. El cine norteamericano de los años veinte, por ejemplo, debía satisfacer a un público variado, heterogéneo, aferrado a orígenes étnicos y múltiples prohibiciones; para tener éxito, había de ser inmediatamente comprensible para todos, sin chocar con ningún prejuicio, ninguna moral. Antes de pre-

sentarlos al público el cineasta probaba sus gags y sus escenas violentas. Por lo común, la sociedad norteamericana ha desempeñado el papel de tubo de ensayo: si la película funciona y agrada en Estados Unidos, el resto del mundo no tarda en confirmar su éxito.

Hoy en día, el cine hindú, a menudo destinado a públicos de diferentes dialectos, ha sido un gran exportador para el mundo árabe y el africano, al satisfacer al público por cumplir con las reglas más elementales del romance. A estos públicos muy pobres les ofrece la imagen de una sociedad hindú encantadora, de sueño, idealizada, sin la menor relación con la realidad actual, que cumple con la función de evasión atribuida al cine.

La simplicidad y la necesidad de adhesión del público explican como corolario que una escritura cinematográfica elaborada y vanguardista, no cuente con la comprensión de las mayorías. En Rusia, por ejemplo, cuando se proyectaban las películas de Eisenstein, los mujiks solían abandonar la sala antes del final del espectáculo, ya que no entendían las figuras, las alegorías; las películas de Dziga Vertov no tuvieron ningún éxito. De modo que la reacción stalinista o zhadanovista definida tradicionalmente en términos ideológicos como un ataque a la libertad artística y asociada con el ascenso del totalitarismo, se explica igualmente por medio de consideraciones sociológicas o comerciales: el *realismo socialista,* al poner en escena al pueblo soviético con sus *hazañas,* encontraba la manera de sacar monedas al público. Los mujiks y los koljosianos nunca habían sido representados como héroes y de pronto aparecían en pantalla con una aureola de gloria, de alabanzas y exaltación.

Dichos ejemplos significan solamente que no es posible desvincular arte e industria, cine y sociedad. Además, el papel del estado puede ser particularmente restrictivo, como por ejemplo sucede en la URSS después de 1928 o en la Alemania nazi. En la época de máximo control, incluso las diferencias entre géneros cinematográficos acabaron por desaparecer: por ejemplo, en ambos países los noticiarios sobre desarrollo industrial y las imágenes de ficción están rodados por los mismos cineastas y con la misma técnica: casi se pueden confundir. A menudo el control social y el del dinero es lo de menos; sin embargo está presente sobre todo en aquellos países que sufren una guerra civil o externa.

Paradójicamente, el programa más meticuloso impuesto a una producción nacional en su totalidad fue sin duda el que elaboró Roosevelt en persona para estimular una Norteamérica en guerra. ¿Habrá sido para contrarrestar el espíritu aislacionista? En todo caso, Roosevelt y

sus asesores velan por que la producción cinematográfica rinda cuentas al mismo tiempo de los crímenes cometidos por el fascismo y el nazismo (*Por qué luchamos*, de F. Capra), apoyando también la legitimidad de la ayuda a los países democráticos. Además, se multiplican las películas que glorifican a la familia norteamericana, la cultura de las pequeñas poblaciones, la marina, etcétera. En el inicio del conflicto, en el país de Stalin, el procedimiento de control fue radicalmente a la inversa: funcionó una vez que las películas estaban hechas y en la era de Zhdanov la mayor parte de las películas filmadas entre 1948 y 1953 fueron simplemente prohibidas. A este control del estado se añade una censura social colectiva: por ejemplo, en Estados Unidos durante los años treinta los cineastas formaron su propia orden, estableciendo un código de moral y de honor. En Francia, durante los años setenta, así como en Norteamérica, los cineastas ejercieron su poder de censura sobre las películas con la clasificación X. Es cierto que dichas películas pornográficas eran condenadas a nivel del estado, pero es importante reconocer que esto se hacía de acuerdo con la gente del cine, que no quería ver "deshonrada" su profesión.

EL CINEASTA Y EL ANÁLISIS DE LAS SOCIEDADES

3. Un estudio social del cine no es únicamente un análisis de las relaciones entre la película, sus productores y el público. Es también la historia de la *emancipación* del cineasta, quien, con ayuda de la crítica o sin ella, logró poco a poco legitimar su arte y darle un lugar al lado de las demás artes reconocidas. De manera paralela, los cineastas empezaron a querer expresar su propia visión del mundo, con voluntades autónomas respecto de las ideologías dominantes y las instituciones establecidas. El hombre del cine se vuelve una *instancia de discurso,* tal como el escritor, el político o el sabio. Se puede anticipar que dicha nueva pretensión hace de él un excomulgado, lo encierra por largo tiempo en el gueto, ya que los predicadores de la cultura escrita han presentido desde el principio que únicamente el cineasta podía proponer un contraanálisis de la sociedad. Las persecuciones que sufrieron sucesivamente, bajo varios disfraces, tanto Chaplin en Estados Unidos, Eisenstein en la URSS, René Clair en Francia, y posteriormente Kazan o Jean-Luc Godard, atestiguan el nuevo fenómeno que determinó la aparición del cineasta en la gran escena de la cultura y de la política.

Hasta llegaron a aventurarse en los campos de los historiadores. No necesariamente por realizar películas *históricas*, que más bien reproducen cinematográficamente el discurso de los historiadores, sino cuando cineastas como Renoir inocentemente se vuelven analistas sociales o políticos. Porque Renoir, por ejemplo, no es sólo un artista por lo que oculta o revela su obra; es, en este caso, un primer precursor de la práctica de la historia experimental que utiliza como hipótesis tanto a La Fouchardière como a Gorki, a Pagnol y a Jeanson, en el papel de investigadores. Basándose en los horizontes teóricos, su práctica *desideologiza* el análisis social mientras que el artista busca ser reconocido como cineasta comprometido. El análisis histórico de Renoir no consiste en la adhesión a un partido ni a un grupo (cosa que en verdad puede suceder, y entonces Renoir se somete a ello, como en *La Marseillaise*). No, la historia analizada por Jean Renoir no es así. Su análisis no se somete al saber institucional, sea éste marxista, comunista u otro. Su lectura política sin censura conlleva una trascripción del funcionamiento actual de la sociedad; por lo tanto, los sucesos le sirven de agente revelador, transgrediendo las categorías del saber, como lo hicieron ulteriormente aquellos grandes virtuosos *izquierdistas*, de quienes de cierta manera Renoir es el padre: Godard, Visconti y algunos más.

En estas películas, que no son históricas ni políticas, es donde mejor funciona dicho análisis. Ubica en la sociedad esta formidable brecha entre las aspiraciones colectivas, la presión ejercida por las instituciones, las ideologías y las creencias que generan. Privado de toda esperanza, el ciudadano busca refugio donde puede, entre las necesidades que suscita el dinero, su reino y la legalidad que lo transcribe: la ley de la iniquidad.

El caso de Renoir es un ejemplo. Sin embargo, otros cineastas sustituyen poco a poco la visión del mundo de las iglesias, los partidos políticos y los gobiernos por su propia visión. El primero de ellos fue Fritz Lang, a quien siguieron cineastas del neorrealismo italiano, como Fellini, Rosellini y Visconti; y los norteamericanos no conformistas, de quienes después de Kazan ya no podía saberse si eran de izquierda o de derecha. Sigue la lista con el cine alemán de los años setenta y ochenta, que más o menos logró continuar el camino de Godard, como en el caso de Schlöndorff o Fassbinder.

CINE Y SOCIEDAD

4. La historia del cine existe conflictivamente en varios niveles, y en algunos casos lo mismo sucede con la realización de las películas. Entre el autor y el realizador, las estrellas y los escenógrafos, el rodaje y el montaje, la imagen y el sonido, existe una estrategia de cada instancia para legitimar sus derechos de primacía. Son conflictos visibles o secretos, que constituyen la trama misma de la historia interior de un film, de cada film que, de esta forma, resulta ser un producto social.

Tales conflictos pueden o no interferir con los que oponen al equipo de la película y al productor, o más adelante al distribuidor. Desde el punto de vista de la historia social, la aparición de los sindicatos marca, tanto en Estados Unidos como en Europa, una nueva fase en los conflictos de producción. Hoy en día, la hegemonía en la distribución, principalmente en Europa y en América Latina, es uno de los problemas esenciales de la vida del cine.

Volvemos a toparnos con la sociedad misma y con sus problemas *no cinematográficos* que influyen sobre la película, sus costos y su producción. Un ejemplo es el éxodo rural, fenómeno no cinematográfico por excelencia, que ha necesitado una nueva política de distribución desde los años cincuenta, mientras que la aparición de la televisión presenta problemas de concurrencia directa o de solidaridad necesaria que implica negociaciones entre los profesionales del medio: en este contexto, uno puede preguntarse si, en consecuencia, el "cine de sala" no habrá conocido su apogeo a mediados del siglo pasado (1925-1985 en Europa, América del Norte y Japón), para ceder su lugar de ahí en adelante a otras formas cinematográficas, más afines a la difusión por televisión o por cable; la naturaleza de las formas de distribución, la composición del público, o mejor dicho, de públicos cada vez más diferenciados, no cesan de evolucionar.

Tales son algunos de los problemas planteados por la relación cine-historia.

LA PELÍCULA: REVELADOR SOCIAL

5. El papel de la película en tanto que revelador social es cuestión que merece un análisis más sistemático. En este dominio, la clasificación instituida por los profesionales debe ser superada: documentales y

ficciones son igualmente digeribles para el análisis, que sólo debe diferenciarse en los procedimientos que se reflejan en las condiciones de producción, difusión y realización. Sabemos que en términos de cine, en 1939 es más grande la distancia entre los noticiarios alemanes y los noticiarios norteamericanos que, aun en 1939, entre los proyectos soviéticos de noticiarios y los proyectos soviéticos de ficción.

Ahora bien, el análisis de unos y otros es una manera real de conocer una sociedad, tanto en términos de sus prohibiciones como de sus *lapsus*. Este trabajo se efectúa por medio de un primer lazo entre el mundo de dentro y fuera de la película, sin tratar aquí la película como objeto cultural acabado, "obra de arte", como se había hecho antes y como lo logró tan admirablemente Kracauer, sino, por el contrario, a partir de la película como hecho o como síntoma. Un primer experimento data de 1973. El estudio de una película soviética de 1925, *Dura Lex,* de Kulechov, mostró que detrás de dicho *western*, cuya acción se desarrolla en Canadá, se esconde en realidad una crítica al régimen soviético, a sus tribunales populares, al primer proceso de los socialistas revolucionarios. La experimentación resultó operativa. Uno de los participantes en la realización de la película en 1925, dijo que "ese análisis lo había vuelto muy sensible y se había vuelto explícito lo que ni Kulechov ni Jatkova, la actriz principal de la película se habían atrevido a decirse a sí mismos, pero que claramente era la realidad profunda de la película". Fuera de la película, el análisis toma en cuenta las intenciones expresadas por el realizador Kulechov y la novela de Jack London, conocido militante socialista y pacifista traducido por la Rusia soviética, la crítica oficial, etcétera. Dentro de la película plantea el escenario en relación con la novela de London, la evolución de los personajes, aparezca o no en el texto, la precisión de los ángulos de las tomas y el contenido de los cartones que contenían los diálogos.

El ejemplo de *Chapaiev* (1934) nos permite entender el estatus de la película como documento histórico. Lejos de verlo tan sólo como reflejo de una situación histórica determinada –lo que una película es, como atestiguan las películas de propaganda antes citadas– expresa contradicciones que no se perciben directamente. En efecto, *Chapaiev* glorifica explícitamente el papel de organizador del partido comunista durante la guerra civil, la manera en que se estableció un vínculo entre el partido y las masas, la forma en que el partido organizó y disciplinó la espontaneidad. El personaje de Furmanov encarna a un comisario político enviado por Lenin a Chapaiev, un jefe que lleva

a cabo combates victoriosos, si bien algo desordenados, contra los Blancos. Esta película acentúa las relaciones entre los dos hombres, así como las condiciones generales de la lucha contra los Blancos, legitimando dicha guerra, llevada a cabo en nombre de la emancipación de las masas y para su bien. La película termina con la muerte de Chapaiev, pero el partido promete que será remplazado, porque si los héroes mueren, el partido asegura la perennidad de la victoria.

Ahora bien, si tal discurso está explícito en la película, el examen de los diálogos, de su construcción y de su puesta en escena revela una realidad diferente. Por ejemplo, en los diálogos se cita constantemente el nombre de Frunze, quien sucede a Trotski como jefe del ejército rojo, pero nunca el de Trotski, aunque la acción está situada en 1919. Se esfuma también toda alusión a los conflictos que reinaban entre los Rojos durante la guerra civil, entre quienes se juzgaba necesario convocar las aptitudes de los oficiales militares, como Lenin y Trotski, y de quienes los rechazaban, como Stalin. En la película, el acercamiento de Frimanov y Chapaiev se lleva a cabo por un asunto de campesinos, algo de lo cual no se hablaba en 1919, pero sí en 1934, cuando se rodó la película. Sobre todo, se nota que si las luchas entre las clases se anuncian en el cuadro general de la guerra contra los Blancos, las relaciones entre individuos obedecen a los usos de la moral tradicional. Ésta no podía funcionar con los Blancos, donde el general no lograba dar protección a la familia de su ayuda de campo; Chapaiev ejerce una función paterna, bendiciendo los amores de su propio ayuda de campo con Ana, la artillera, una vez que cada uno ha hecho su tarea y han logrado la victoria sobre el enemigo.

Es así como triunfan los valores tradicionales: aquí en el dominio de la familia, allá en el del arte, más allá en el de la disciplina y el mantenimiento del orden. Además, en esta película el retrato de los ideales revolucionarios queda de manifiesto en los detalles de varias escenas: la glorificación de la redención por la sangre, el mito del sacrificio, la obediencia al poder central, la legitimación del saber institucionalizado.

De tal manera la película fue glorificada por el partido y por Stalin, publicándose un artículo en *Pravda*, en donde se trata de la aprobación implícita de una reacción moral, no oficial, de carácter popular, ya que la película está dirigida a valorar los ideales de 1917, que eran los de la inteliguentsia.

¿DE QUÉ REALIDAD PROVIENEN LAS IMÁGENES EN LOS NOTICIARIOS?

Junto a las películas de ficción, los noticiarios constituyen un documento histórico. Habrá que hacer la crítica de sus contenidos con mayor atención, pues crean la ilusión de mostrar la realidad y constituyen la imagen de lo real. Pero, ¿de qué realidad se trata?

Observamos que en tiempos de guerra los noticiarios rara vez muestran hombres muriendo; vemos la guerra que ha matado, no vemos la que mata, ni en 1914-1918 ni en 1939-1945. Se contabilizan diez de esos planos en el frente del Somme en 1916 y en Rusia en 1942, en los que vemos hombres que caen. No se podía debilitar la moral de la retaguardia. Durante la guerra del Golfo sólo vimos a los ejércitos de un lado, nunca a los del otro.

También se constata que tanto en tiempos de guerra como de paz, los noticiarios son voluntariamente portavoces del poder de turno: por ejemplo, en 1946, cuando reinaba el tripartidismo en Francia, la salida de De Gaulle se menciona en una breve secuencia de unos cuantos segundos, como si el suceso no tuviera importancia, y De Gaulle ya no es mencionado hasta el discurso de Bayeux seis meses más adelante; eso es verdad para *Pathé*, para *Gaumont*, para *Éclair*, para *Actualités Françaises*. Lo mismo sucede en Gran Bretaña, donde *Pathe News* no evoca el gran discurso de Churchill en Fulbon, porque los laboristas están en el gobierno; el discurso apareció solamente en los noticiarios norteamericanos, aunque en otras diez circunstancias *Pathe News* reprodujo temas filmados en los Estados Unidos.

La crítica global de un periódico semanal permite ver el carácter aleatorio de las informaciones que comunica. No obstante una lectura de segundo grado puede resultar instructiva. En el caso de los noticiarios alemanes de la época nazi, por ejemplo, comprobamos que hay temas completamente preparados, no fechados, que se intercalan con los hechos de la semana, para acallar una realidad. Por ejemplo, un reportaje sobre el buen funcionamiento de los ferrocarriles se presentó precisamente la semana después de los sabotajes a los trenes llevados a cabo por la resistencia en Bretaña. Esta técnica exorcista es típicamente nazi. Leyendo entre líneas las noticias del periódico se aprende mucho sobre la realidad, si se confrontan estas fuentes con otras.

La crítica de las imágenes constituye en sí misma un campo apenas explorado. A veces, aportan revelaciones sobre hechos que no fueron apreciados en su momento. Por ejemplo, la alegría de los alemanes

cuando se anunció el armisticio en 1918, lo que demuestra que no lo veían como el sello de su derrota; otro ejemplo lo podemos ver en septiembre de 1944 con la unidad de los alemanes entregados por la resistencia francesa a los norteamericanos, que desfilan, armados, bajo su protección. Y otras veces es necesario aprender a leer las imágenes: ver por ejemplo el espacio entre los cañones, que expresa la capacidad real de la artillería, y ver también que en los noticiarios alemanes las tropas italianas o rumanas en Rusia aparecen siempre en medio de un paisaje intacto y no se las muestra en combate, etcétera.

Los ejemplos se multiplican.

Hoy en día volvemos a constatar que los noticiarios televisivos informan a la manera del cine de ayer, aunque se plantean dos diferencias: el lugar privilegiado que se otorga al reportaje sensacionalista, una información exclusiva e inédita que se comunica antes que otras y es a menudo simultánea a su emisión; y la posibilidad de manifestar ubicuidad de medios, mostrando simultáneamente personajes o escenas situadas en los cuatro puntos cardinales del planeta. Otra vez en nuestros días se añade la pretensión de filmar la historia *en directo*, una ilusión ya que las imágenes filmadas solamente representan lo que pudo captar la cámara y las grabaciones originales de los hechos filmados se transforman en el secreto de los archivos. Por lo demás, encontramos semejanzas entre los noticiarios de ayer y de hoy: la tentación de la futilidad para *distraer* espectadores supuestamente ávidos de evasión, la preocupación constante por no informar sobre cuestiones de fondo, sino solamente sobre los decorados: *monsieur* Mitterrand se va a Estados Unidos, *monsieur* Mitterrand regresa de Estados Unidos. El desorden temático de los noticiarios forma parte de esta doble preocupación.

EL CINE Y SU VISIÓN DE LA HISTORIA

Agente de la historia y documento de la historia, la película es también un objeto cultural de la sociedad que la produce, de la sociedad que la recibe. Por lo tanto, la película está conformada desde varios lugares: proviene tanto de la cultura popular con su memoria como de los objetos culturales de las élites que expresan la voluntad, los símbolos de las instituciones o del artista.

Sin duda, viendo la evolución de la técnica y el presupuesto fami-

liar, el cine popular sigue en el lugar de la Cenicienta. El cine individual o familiar, como la fotografía, desempeña un papel muy modesto en el patrimonio. Sin embargo nació una cultura cinematográfica de origen popular, individual o colectiva, que rinde testimonio de las preocupaciones y gustos culturales de los dueños de las cámaras. Las películas realizadas por jóvenes en Estados Unidos, como por ejemplo las películas llamadas femeninas, las de los grupos llamados *free clinics*, nos dan, al menos, un objeto cultural que lleva consigo un testimonio y es expresión de individuos, de grupos que no consideran el cine ante todo como arte, sino como arma o espejo.

Una característica de dicho cine, que es también testigo de la historia, consiste en no ser producto de profesionales y como corolario, no queda sometido a la institución de la crítica. Además, este tipo de cine evoluciona poco en su escritura y sus cambios se producen sólo como consecuencia de progresos técnicos.

En lo esencial, las películas del cine son productos situados entre el arte y la industria, y la historia de la fabricación de una película, de su producción y de su recepción debe analizarse también como se examinaría el destino de un automóvil. Tal itinerario está sembrado de conflictos entre autor y productor, entre éste y el distribuidor, los actores, el realizador y el escenógrafo, el equipo de rodaje y el de montaje, la imagen y el sonido, etcétera.[1] El estudio de la historia de *El tercer hombre*, por ejemplo, demuestra que el realizador Carol Reed modificó el sentido del argumento de Graham Greene, a costa de un conflicto tan violento que llega a los puñetazos; al final del recorrido, la comedia policiaca se había vuelto un drama político que reproducía el mito de Antígona, pero en la época del comunismo. Un estudio de la película realizada por René Clément, *La bataille du rail*, muestra cómo los sindicatos, el partido comunista, el cineasta y la dirección de los ferrocarriles pelearon por obtener medios de realizar y controlar el significado de la película, que acabó siendo una glorificación de la unidad de la resistencia francesa, aunque fue originalmente concebida para evocar únicamente la acción de los ferroviarios. Los conflictos de intereses o de ideologías constituyen el recorrido habitual de una película: basta con leer las *Memorias* de D.O. Selznick, o la autobiografía de Cecil B. de Mille para verificarlo.

Ahora bien, la relación entre cine e historia confirma también que la sociedad evoluciona y no necesariamente percibe una película de

[1] Sobre el recorrido de una película, véase el núm. 4 de *Annales*, 1996.

la misma manera con el paso de los años. Un ejemplo privilegiado lo proporciona *La grande illusion,* de Jean Renoir, que al ser estrenada en 1938 se percibió tal como la había imaginado el autor, como una película pacifista, donde se mostraba que la verdadera oposición durante la guerra de 1914-1918 no sucedía entre los alemanes y los franceses, sino más bien entre los aristócratas y las clases populares. Intenta mostrarse igualmente sensible ante las calumnias de las cuales eran víctimas los judíos, al presentar a uno de ellos luchando con sus camaradas y participando en una evasión, cuando la tesis de la extrema derecha denunciaba a los judíos como generadores de emboscadas. O sea, una película de *izquierda*. En 1946, recién finalizada la guerra, la misma película parecía expresar brutalmente las ideas de Vichy antes de Vichy, con Von Stroheim y P. Fresnay como colaboradores ideológicos, los soldados prisioneros que estigmatizaban a las mujeres, el judío como el único que recibe paquetes; los ingleses como dudosos aliados que no parecían verdaderos soldados. La película había cambiado de sentido en menos de diez años tanto más que un texto escrito. El resumen de su trama permite la evolución de un juicio más nítido. Pueden multiplicarse ejemplos de tales cambios de mirada sobre una película.

El cine nos informa acerca de su propia época, es decir, la que es contemporánea a la realización de la película, más que sobre la época que intenta representar, cuando se trata del pasado. Así, la URSS ha realizado dos grandes películas sobre la edad media: *Alexander Nevski* de Eisenstein y *Andrei Rubliov* de Tarkovsky. Pretenden situarse en la misma época; la primera, de 1938, acentúa la amenaza de los alemanes, los caballeros teutones; la segunda, realizada en 1962, muestra sobre todo la crueldad de los tártaros: ahora bien, en esta fecha, 1962, el mito del peligro chino creció en la URSS con la ruptura entre los soviéticos y Mao Tse-tung.

Es menester, pues, cuestionar la validez de las reconstituciones históricas, admitiendo a la vez que el mismo cuestionamiento puede aplicarse a los escritos sobre el pasado. Excepto que en éstos, la utilización de las fuentes de la época encuentra su justificación en las notas. Sin legitimar la elección de las citas o fuentes, cada obra debe ser objeto de un examen crítico; pero en el cine es fácil perder pie. Cuando Fellini hace esa obra maestra llamada *Satiricón,* inspirada en Petronio, la creatividad del artista nos permite vincular el pasado de Roma con la idea que él tiene en mente. Lo mismo sucede con *El acorazado Potemkin,* donde la mayor parte de las escenas son fruto de la imaginación de Eisenstein, que sin duda se informó sobre la revolución de 1905,

y acaba dándonos una versión que es ante todo inventada, y luego más verdadera que aquella que los historiadores han reconstruido.

Las películas históricas cuando se refieren al pasado, un pasado anterior a la existencia del cine, presentan a menudo reconstrucciones fieles, pero la elección de su temática pertenece a la época en la cual se filma. Además, obedecen a una estructura dramática que no tiene ningún motivo para reproducir exactamente el curso de una historia que no está *construida,* sino desarrollada. Esta característica explica que los cineastas al evocar el pasado rara vez se centren en cuestiones generales; el pasado aparece a partir de la historia de una familia, de un pueblo pequeño, de alguna intriga novelesca.

Por tanto, podemos preguntarnos cuál es la visión del pasado que propone el cine y qué aporta a la inteligibilidad de la historia. Podemos considerar asimismo que la principal distinción no marca una oposición entre películas donde la historia es el marco narrativo, como *Lo que el viento se llevó,* adaptada de una novela, y películas donde la historia es el objeto, como *Danton* de Wajda, porque la manipulación aparece, cualquiera que sea el camino escogido. Es fácil constatar que una gran cantidad de películas reproducen las corrientes de pensamiento dominantes, con estereotipos que abordan la historia de grandes hombres (Napoleón, el general Custer, etc.) o privilegian la acción de las masas (*La Marseillaise* de Renoir, *La madre* de Pudovkin, etc.). Siendo trascripción fiel de tales estereotipos, resulta fácil agrupar a todas estas películas acerca de la historia de los imperios, bien sea que la acción pase en la India (*Los tres lanceros de Bengala*), en África (*Jartum*), en Magreb (*La bandera*), etcétera. En dicha categoría de cine, se puede dar un paso más allá cuando el cineasta reconstruye un evento, más que reconstituirlo (por ejemplo Eisenstein en *La huelga,* o también Biberman en *La sal de la tierra*).

Si bien en gran parte de las películas sobre el pasado se exalta la tradición nacional, otras van contra la corriente, como *Ceddo* de Sembene Osmane, que denuncia la opresión del islam en el África negra, o como las películas históricas polacas, que son combates contra el régimen comunista, más que un análisis del pasado.[2] En cuanto a los *westerns,* pasaron de la glorificación de la conquista del Oeste, notable en las películas de John Wayne, a la tragedia del exterminio de indios: el giro lo da *Little big man,* de Arthur Penn (1969).

[2] Preferimos decir *el pasado* antes que *la historia* porque este último término aborda a la vez el pasado y el presente, esencialmente sus lazos. De este modo, el texto siguiente concierne a las películas "de época".

Otras películas, expresan una visión autónoma de la historia, como las de Visconti, el cineasta del desencanto y de la nostalgia por la desaparición de las bellezas del pasado; o también Mijalkov, que en *Quemados por el sol* critica más a la sociedad que a las instituciones.

Pero ante todo, las películas sobre el pasado quieren ser un espectáculo y cuanto más lejano sea dicho pasado, más se burla el cineasta de la veracidad de su testimonio: le importa poco a Howard Hawks que no hubiera camellos en el Egipto antiguo de *Tierra de faraones.* En cuanto a las mujeres, a menudo encarnan valores no históricos, tales como el sufrimiento o la sumisión, a menos que se las convierta en dominadoras.

Un informe cuantitativo respecto de las películas sobre el pasado demuestra, por otra parte, que la casi la totalidad de las películas sobre la revolución francesa (excepto las de Renoir) son hostiles al tema; que sobre la época de las colonias sólo *Tempestad sobre Asia,* de Pudovkin, adopta el punto de vista de las poblaciones dominadas, y que sobre el pasado lejano la única obra que se coloca en el terreno de la lucha de clases es *Espartaco.*

En la relación entre cine e historia es ciertamente la película histórica de ficción, la de vestuarios con túnicas, el eslabón más débil del *corpus.* No debe resultar extraño que se vea desprovista de los talentos y creaciones geniales que han suscitado la necesidad de ir al cine, y que no haya constituido un camino real.

PARA CONSULTAR

Bertin-Maghit, J. P., *Le cinéma sous l'occupation,* París, O. Orban, 1989.
Delage, Ch., *Le documentaire nazi,* París, 1989.
Ferro, Marc, *Cinéma et histoire,* París, Folio, 1995.
Fleury-Villate, B., *Cinéma et culpabilité en Allemagne,* Perpignan, Jean Vigo, 1995.
Garçon, Fr., *De Blum à Pétain, cinéma et société française,* París, Le Cerf, 1984.
Goldman, Annie, *Cinéma et société moderne,* París, 1967.
Lagny, M., *De l'histoire au cinéma,* París, Colin, 1992.
Sorlin, Pierre, *Sociologie du cinéma,* París, 1977.

9. LA HISTORIA Y LAS NOTICIAS SUELTAS[1]

Proponer la cuestión de las noticias sueltas o cápsulas informativas o gacetillas probablemente sea preguntarse sobre lo que durante mucho tiempo para la ciencia histórica no ha sido historia. Pues aún ayer ésta expulsaba de sus inventarios a los "hechos" que no pertenecían a su orden: interrogándose sobre la cronología de los acontecimientos políticos, sobre las causas y las consecuencias de las guerras, sobre las iglesias y los regímenes, etcétera, se hallaba muy lejos de examinar lo que por definición escapa a toda clasificación: las noticias sueltas, la sección así nombrada por no entrar bajo ningún otro rubro de las gacetas y diarios. Las noticias sueltas han sido descartadas por resultar inclasificables.

LA NOTICIA, HUÉRFANA DE LA HISTORIA

Referido a un no-acontecimiento por excelencia, huérfano de la historia en cierta manera, el género de las noticias sueltas fue recogido y adoptado por algunos benefactores. Roland Barthes y Georges Auclair fueron los primeros en darle un estatus, una identidad.[2] Con semejantes padrinos, las noticias sueltas fueron examinadas en cuanto a su estructura y definidas como "hechos sin contexto", "sin ambiente",

[1] Este texto retoma, en versión ligeramente modificada, un artículo publicado en los *Annales*, 4, 1985.

[2] Roland Barthes, "Structure du fait divers", *Essais critiques*, París, 1964, pp. 188-198; Georges Auclair, *Le Mana quotidien, Structure et fonctions de la rubrique des faits divers*, París, Anthropos, 1970 (ed. ampliada, 1983); "Faits divers et pensée naïve", *Critique,* núm. 197, oct. de 1963, pp. 893-907. El interés teórico de las noticias sueltas ya había sido mencionado de antemano en 1954, por Merleau-Ponty, *Signes,* pp. 338-391. Véanse asimismo Romi, *Histoire des faits divers,* París, Éditions du Pont Royal, 1962, 204 pp.; *Le fait divers,* catálogo de la exposición del Museo Nacional de Artes y Tradiciones Populares, redactado por Alain Monestier, con la excepción de las páginas 125-127, redactadas por Jacques Cheyronnaud, y de las páginas 13-16, redactadas por Claude Sales, prefacio de Jean Cuisenier, 1983, 164 pp.; Maurice Lecerf, *Les faits divers,* París, Larousse, 1981, 192 pp.; *Feuilles* núm. 3, 1982, consagrado a las noticias sueltas.

que se comprenden por sí mismos, "que no necesitan de conocimientos para ser inteligibles". Desclasificadas de esa manera, las noticias sueltas se definirían también por el espacio que las separa de la normalidad instituida por el orden político, jurídico o religioso, o por las "leyes" de la naturaleza. Según Georges Auclair, "sería en el orden laico, el equivalente de lo que es la impureza en el orden religioso".

Roland Barthes ha procurado identificar en la estructura de las noticias sueltas sus características fundamentales. Demuestra que su narración puede definirse a veces mediante una relación de causalidad aberrante, sospechosa de ser obra del azar, del tipo de: "Un inglés se alista en la Legión Extranjera, no quería pasar la Navidad con su suegra." A veces mediante una relación de coincidencia, cuando existe una distancia entre dos actores de la narración del tipo de: "Una mujer derrota a dos gángsters", o también: "Un notario se arruina por una bailarina."

Agrandando el campo abierto por Roland Barthes, Georges Auclair analiza otro aspecto de las noticias sueltas, su recepción. Al ser un signo cuyo sentido es percibido por todos de manera idéntica, existen públicos para los cuales "este signo envía más señales". Las noticias sueltas también son un divertimento valorado por algunas capas sociales. Se complacen con su lectura quienes están menos integrados al sistema social dominante. De manera más compleja, las noticias sueltas crean su público dando al lector un sentimiento de superioridad y también transformándolo en *voyeur*; se siente atraído porque realiza sueños inconfesables, sueños que el lector ha tenido que censurar: dramas de celos, actos de codicia, violencia sexual y otros crímenes.

En todo caso, semejante a sí mismas en su estructura, en su enunciación, en sus modalidades de recepción, las noticias sueltas son permanentes, sus temas han sido fijados de una vez para siempre y son universales. Según estos autores, las noticias sueltas no tienen historia.

LAS FRONTERAS DEL SÍNTOMA

Se imponen varias enmiendas a este concepto. Es verdad que las noticias sueltas son un síntoma, pero su significado puede variar en el tiempo y según las culturas. Además, la naturaleza de las noticias sueltas puede igualmente modificarse, así como puede evolucionar la relación

de las noticias sueltas con el cuerpo social, su función y su funcionamiento.

La historia de las noticias sueltas comprende algunas variables.

Observamos una primera ruptura cuando las noticias sueltas desaparecen de la crónica. Un caso notable es el de los periodos de revolución. En Rusia, por ejemplo, en los diarios de gran tiraje especializados en noticias sueltas, este rubro se vuelve exangüe a partir de la primavera de 1917. Lo que denominamos noticias sueltas se disuelve, toda información es reevaluada y clasificada de otra manera. Como la Ley ya no es la ley, un crimen ya no es un crimen. Se esfuman las fronteras entre lo cotidiano y el acontecimiento, lo ordinario y lo extraordinario. Se tambalea el mundo y en una sociedad revolucionada es el detenido quien dice al guardián: "Yo estuve ahí para que tú pudieras ser un hombre libre."

Así, aparece el reverso de la naturaleza de las noticias sueltas. En vez de ser inclasificable, más bien se revelaría como múltiple, sus diversos elementos aparecen en una sociedad y ponen en tela de juicio sus reglas y sus mecanismos.

Se instaura un nuevo orden con normas particulares y, en un instante, cambia la relación de las noticias sueltas con la moralidad y las instituciones, ya que los principios en que se basa el sistema son diferentes y proponen regular una sociedad diferente. Ciertas categorías tradicionales de noticias sueltas ya no pueden existir sino como sobrevivientes. En la realidad social las noticias sueltas persisten sin duda, pero cuando el régimen controla la prensa le niega la eficacia de la crónica: en la URSS ya no se derrumba el Royal Brunswick Theater, ya no hubo incendio en el Bazar de la Caridad. El silencio es opaco respecto de accidentes y catástrofes, notablemente en los casos en que el sistema podría ser considerado responsable. En una sociedad así, que propone domar la naturaleza y ser gobernada de manera racional, cuyo funcionamiento policiaco se afirma a partir de una necesidad histórica que sus dirigentes pretenden interpretar científicamente, no podría haber hechos *fortuitos*: su acontecer atestiguaría que los dirigentes no los habían previsto. Por ende, en la lógica de dicho régimen, esos individuos podrían haber cometido un error; o sea, una sociedad así no podría tener en su seno actos de violencia, pues la supervivencia de actos violentos representaría un fracaso. También la crónica del crimen, como suceso tradicional, ha reducido su volumen. Su importancia se minimiza recurriendo a un vocabulario banalizado: se habla de *hooliganismo*, denominación reservada para jóvenes disolutos, para una delincuencia pasajera.

Sin duda, si hoy existen las noticias sueltas en la URSS y si tienen su propio rubro (*kronika*), su esencia es otra. Es el signo de una disfunción del sistema, de una brecha, pero de naturaleza diferente de la que se observa en Occidente, ya que en la URSS la disfunción social no es la misma. De cualquier modo, se llaman noticias sueltas, con su crónica y su moral.[3]

Otra variable. En las sociedades que no han conocido tal ruptura, el inventario de las diferentes categorías de noticias sueltas ha experimentado modificaciones.

Así, entre los que marcan una brecha respecto del orden natural, anomalías, monstruosidades, desastres de la naturaleza, fenómenos inexplicables, etc., observamos que la serie incluye deliberadamente seres vivientes desconocidos que son situados en continentes ignorados: todavía en el siglo XIX la jirafa seguía siendo la estrella incontestable de los animales exóticos. Sin embargo, gracias a los progresos del conocimiento científico, y más aún al perfeccionamiento en sus modos de difusión, el proceso de uniformización de los conocimientos se ha acentuado y tal categoría de sucesos se ve reducida. Hoy en día, los medios prestan muy poca atención al carnero de dos cabezas, aunque exista; mientras que el rubro de los OVNI, reabierto periódicamente, no deja de suscitar investigaciones y controversias. A su manera, es el avatar de una serie de hechos sobrenaturales en vías de extinción.[4]

En la categoría de noticias sueltas que marcan una ruptura del orden social, cada elemento ha conocido variaciones significativas. Los accidentes, por ejemplo, son el objeto de una publicación cuya función cambia independientemente de su naturaleza (naufragio de un ferry, descarrilamiento de un tren, catástrofe aérea). Así, Romi reporta

[3] En Bor, cerca de Gorki, el asfaltado de las calles demoraba demasiado. La municipalidad estaba cansada de la situación y tuvo la idea de nombrar responsables de la tarea a los miembros del consejo cuya calle estaba peor pavimentada. El efecto fue inmediato. La calle del consejero se pavimentó enseguida, pero todos los esfuerzos se detuvieron ahí. Con la esperanza de resolver este problemas, la municipalidad encargó enseguida de esta responsabilidad a un segundo consejero, cuya calle estaba también mal asfaltada. El trabajo se hizo de inmediato. Se pasó a un tercer consejero y así sucesivamente. En este ejemplo es muy grande la separación entre los principios del régimen, el sentido del deber colectivo que nunca se cesa de inculcar, por un lado, y por el otro, el funcionamiento social real en que intervienen el egoísmo y los favoritismos; el sistema explota esta separación, que puede ser compleja y asumir múltiples formas. Agradecemos a Basile Kerblay la amabilidad de haber compartido con nosotros las noticias varias por él recolectadas en los *Izvestia.*

[4] Cf. el catálogo *Le fait divers, op. cit.*

que la litografía que representa el accidente sucedido en el Saona en 1864 tuvo un uso adicional: las compañías de ferrocarriles la utilizaban para su propaganda. Esa función recuperadora puede servir a otros impulsos diferentes, y así, el libertinaje en Inglaterra transfiguraba los accidentes en escenas galantes: una litografía que representaba un accidente de tranvía en la línea de Hyde Park, mostraba las piernas desnudas de una pasajera cuyo vestido habría sido alzado por el choque.[5]

Las fronteras de las noticias sueltas también experimentan desplazamientos. Su territorio se vuelve vecino al de otro fenómeno: el milagro. Uno y otro tienen algunas características en común y mantienen una relación similar con la sociedad.

Primera característica común: una serie de noticias sueltas, los *rasgos humanos* (niños rescatadores, víctimas del deber, etc.) evocan los *exempla* medievales. Geneviève Bollème ha analizado la literatura de divulgación de los siglos XVII y XVIII, y observa que "las narraciones de sucesos que se encuentran en los almanaques pueden verse como portadores de un sentido de actualidad, sin que se borre del todo el lado *maravilloso* que parece captar el interés", aun si lo maravilloso está a veces laicizado.[6]

Segunda característica común: algunos rasgos del modo de transmisión de ambos fenómenos. En Inglaterra, por ejemplo, como lo señala Jean-Pierre Seguin, las primeras narraciones de sucesos están compuestas a la vez por hechos nuevos y elementos que se toman prestados de noticias sueltas anteriores. A menudo, a las noticias se las denominaba *news*, es decir, una información que rompía con el curso de la crónica, en una época en que la historia seguía concibiéndose como un ciclo recorrido por acontecimientos homólogos que regresan periódicamente (consagración y muerte de los reyes, nacimiento del heredero, etc.). Cuando, según W. A. Christian, en la España del siglo XV las apariciones y los milagros se percibían también como información (*news*), sus narraciones estaban compuestas a veces por hechos nuevos y elementos tomados de fenómenos anteriores, y los peregrinos y vendedores ambulantes aseguraban por otra parte la difusión conforme a itinerarios parecidos a los que utilizaban los rumores.[7] Hasta puede haber una metamorfosis de dos fenómenos en

[5] Romi, *op. cit.*, p. 64 y p. 69.

[6] Geneviève Bollème, *Les almanachs populaires aux XVIIe et XVIIIe siècles. Essai d'histoire sociale*, París, Mouton, 1949, pp. 81, 91, 93; y C. Sales, *op. cit.*, pp. 13-16.

[7] J. P. Seguin, "Nature et commerce des feuilles d'actualité en Angleterre au XIXe siècle", *Études de la presse*, vol. XII, núm. 22-23, pp. 69-86, y también J. P. Seguin, *Nouvelles*

el caso que señala Lucette Valensi: en el siglo XVI los cristianos, no pudiendo vencer a los turcos, imaginaron y repitieron en sus falacias que Constantinopla había sido envuelta por un auténtico diluvio; el milagro toma así la forma de suceso, ya que la catástrofe existe desde la antigüedad. En esta ocasión, milagro y suceso se confunden por constituir un acontecimiento.

Último punto: la participación del destinatario, que suscita comportamientos que se encuentran en torno a los actos milagrosos, al igual que alrededor de los grandes sucesos. Sus formas son variables: la peregrinación, el tocar, aun el robo o finalmente la ofrenda.[8]

La iconografía de los exvotos, en su mayoría, confirma el cruzamiento de los dos fenómenos. Esta sugerencia de Maria Pia Di Bella permite, en efecto, verificar que el progreso de los exvotos figurativos experimenta también un acercamiento a lo laico. Esto lo atestigua el *corpus* reagrupado y analizado por Bernard Cousin: la temática se vuelve típicamente la de las noticias sueltas, como el caso de la agresión de que son víctimas tres burgueses de levita y sombrero de copa a quienes un hombre apunta con dos pistolas. La Virgen y el Niño asisten a este enfrentamiento entre la buena sociedad y las clases peligrosas. En los exvotos figurativos, la connotación milagrosa dominaba anteriormente, mientras que aquí el tema de la noticia ha tomado la delantera.[9]

à sensation. Canards du XIXe siècle, París, A. Colin, "Kioske", 1959. W. A. Christian, *Apparitions in Late Medieval and Renaissance Spain*, Princeton, Princeton Univ. Press, 1981, sobre todo el capítulo IV. Véase también C. Brémond , J. Le Goff y J. C. Schmitt, *L' "exemplum". Typologie des sources de l'Occident medieval*, Turnhout, Brépols, 1982, así como V. Campion-Vincent, "Les histories exemplaires", *Contrepoint*, 1976, pp. 217-232.

Los itinerarios y modos de transmisión del rumor, de la información, forman ya todo un *corpus* de literatura, desde Morin hasta Gritti, y J. C. Schmitt, *Le Saint Lévrier*, París, Flammarion, 1979. Cf. D. Blanc y D. Fabre, *Le Brigand de Cavannac. Le fait divers, le roman, l'histoire*, lagrasse, Éditions Verdier, 1982,198 pp., y véase también la obra colectiva bajo la dirección de P. Retat, *L'attentat de Damiens. Discours sur l'evénement au XVIIe siècle*, Presses universitaires de Lyon y CNRS, 1979, 434 pp.

[8] Cf. los *Furia sacra*, robos de reliquias examinados por P. Geary, *Thefts to Relics in the Central Middle Ages*, Princeton, 1978. Hay ahí un "cruzamiento original".

[9] Agradecemos a J. C. Schmitt, que nos ha provisto de algunos elementos bibliográficos para verificar esta hipótesis. A. M. Bautier, "Typologie des *ex- voto* mentionnés dans les textes antérieurs à 1200". *Actes du 99 Congrès national des Sociétés savantes de 1974*, ed. 1977, pp. 237-282; Bernard Cousin, "*Ex-voto* provençaux et histoire des mentalités", *Revue régionale d'Ethnologie*, 1977, 1-4, pp.183-213; así como *Ex-voto marins du Ponant*, catálogo de la exposición de Nantes, Caen y Dunquerque, 1974-1976. Introducción de Michel Mollat; orientación bibliográfica. Traemos a la memoria los trabajos precursores de Michel Vovelle. Véase también la tesis de Bernard Cousin, *Le miracle et le quotidien. Les ex-*

DEL ESCRITO A LA IMAGEN

Dado que los agentes de difusión de las noticias sueltas tienen como finalidad crear emociones, afectos, la herencia pasa de la literatura de divulgación a la novela de folletín, que conoce su apogeo en la gran prensa de noticias sueltas a partir de la mitad del siglo XIX. No obstante, crear emociones no es la única función atribuida a las noticias sueltas. Se sabe que en la edad media, los *exempla* se utilizaban con fines morales o religiosos. En los siglos XIX y XX ciertos espíritus *iluminados* actúan como reveladores de las disfunciones del sistema social o político; lejos de constituir incidentes menores, expresan por el contrario un fenómeno esencial, la necesidad de las sociedades de modificar su manera de funcionar y sus relaciones entre los hombres. Zola, Camus y Sartre figuran entre los primeros escritores que utilizaron las noticias sueltas como signo, transformándose ellos mismos en analistas, en historiadores. Ahora bien, hasta el día de hoy, la prensa adopta actitudes diferentes ante las noticias sueltas. El periódico *Le Monde* las ignora. En otros lugares, el mismo caso puede apelar al voyeurismo o solicitar el análisis institucional.

La novedad del siglo XX es sin duda la importancia tomada por el cine que se ha vuelto el principal amplificador de las noticias sueltas. Ya señalamos el vínculo privilegiado que tienen con la imagen y el cine resulta su heredero natural. Por otra parte, al menos durante la primera mitad del siglo XX, su público está hambriento de noticias sueltas, "masas de esclavos ignorantes" estigmatizados por Duhamel y la gente culta. El cine da a este público la posibilidad de soñar y la de identificarse. Pero, además permite ver, a veces incluso explícitamente, como por ejemplo en el caso de *M le Maudit* o en las películas de Rosi; o de manera implícita, en las películas de Renoir, de Kazan, o en las de la *Nueva Ola*, que se está procediendo a hacer un análisis de las sociedades. En el registro del crimen, la obra de Jean Renoir propone aquí un itinerario ejemplar. Renoir guía su lectura de la sociedad contemporánea sobre la base de sucesos criminales. Gracias a ellos, repara en la formidable separación entre las aspiraciones colectivas o individuales, y la coerción que destilan las instituciones, las ideologías y las creencias. De manera que los individuos deben renunciar a sí mismos, o más bien a lo que concebían como sí mismos. Ya que el apara-

voto provençaux, images d'une société, Aix-en-Provence, Centre méridional d'histoire, 1983. Véase *Annales* ESC, 1983, 4, pp. 827-920.

to social los priva de un proyecto, sólo buscan un logro inmediato y la espontaneidad es su única libertad. Y aun con todas las esperanzas, el mundo queda decididamente intacto, los hombres sólo realizan sus pasiones en las orillas de la sociedad, en la marginalidad, en el crimen, o bien en el sueño. Es en esta separación, en esta brecha que se inscriben las noticias sueltas. El asesinato, según Jean Renoir, responde a una situación de opresión cuya naturaleza de clases se enuncia cada vez más claramente, y esto ilustra la relación del protagonista con la sociedad. En 1931, Legrand en *La Chienne*, se rebela solo y mata a otra víctima del juego social; en 1935, la colectividad se identificó con *Le crime de Monsieur Lange*. En 1936, fue *Les Bas-fonds*, donde se comentan alegóricamente los asesinatos. En 1938-1939, después del fracaso del frente popular, en *La bête humaine*, Lantier se mata a sí mismo ya que todo está determinado y que todo ha fracasado y todas las ilusiones están perdidas.[10]

Las noticias sueltas ya no aparecen como incidentes fortuitos, no-acontecimientos tal como lo han establecido las instituciones (las iglesias, los gobiernos, los partidos políticos, etc.), sino al contrario, como una necesidad de la historia.

A diferencia de los acontecimientos que conmemoran las instituciones, la noticia no es reivindicada por estar inscrita en sus márgenes. No por ello, sin embargo, la recuerda menos la memoria social, sobre todo si manifiesta una desviación, valga decir "colectiva", que encarna a la vez el pasado y el presente de una comunidad que conserva sus estructuras. Producida y diseminada por la misma fuente, las noticias sueltas se confunden así con la memoria social: de los amados bandidos del antiguo régimen a Salvatore Giuliano, la leyenda nos conserva la huella multiplicada. Sucede a la inversa en las sociedades estalladas pero globalmente informadas por los grandes aparatos (televisión, agencias de prensa, etc.), en que el estatus de las noticias sueltas se diluye: al analizar el acontecimiento, Pierre Nora ha señalado que los medios de comunicación lo transforman en noticia.[11] Lo contrario también es verdad y dichos medios de comunicación, al transfigurar la noticia, crean un acontecimiento. Todo pasa como si, al querer concurrir los poderes y las instituciones que "hacen la historia" a

[10] Cf. Daniel Cerceau, *Jean Renoir, l'Insurgé*, París, le Sycomore, 1981. A este cineasta conviene añadir necesariamente los nombres de Visconti, Godard, Kazan, que utilizan los mismos procedimientos, gracias precisamente a las noticias sueltas.

[11] Pierre Nora, "Le retour de l'événement", *Faire de l'Histoire*, t. 1, pp. 210-229.

tomar el relevo, los medios de comunicación creyeran sustituirlos, para hacer y escribir la historia simultáneamente.

En diferentes momentos de la historia y de acuerdo con las sociedades, lejos de carecer de contexto, la noticia cambia de sentido, de naturaleza y de función, aun si la narración de lo ocurrido mantiene cierta unidad de organización.

*

Las noticias sueltas se quedan fuera del campo de análisis de los historiadores porque éstos, durante mucho tiempo, han procurado resucitar el pasado *como si uno estuviera ahí*, para volver inteligibles las normas del funcionamiento de las sociedades. Tanto en un caso como en el otro, la noticia ha quedado fuera de la jugada; estaba excluida porque era a la vez un subacontecimiento y una desviación de la norma. Y de esta manera parece incapaz de aportar ayuda alguna al historiador.

Antes bien, queda claro que las noticias sueltas constituyen un objeto histórico privilegiado. Como cosa reveladora, señalan las crisis del tejido social, económico, político, o del sistema de valores. Desempeñan el papel, en cierta manera, de un indicador de salud.

A partir de ahí, analizar las noticias sueltas es una operación a la vez parecida e inversa a las que emprenden los practicantes de la microhistoria. Estos últimos toman como objeto una familia, un pueblo: por medio de una permanencia, proceden a reconstruir el sistema global. El historiador de las noticias sueltas escoge un estado de crisis para ubicar las fuerzas y las normas de una sociedad; se trata de dos caminos complementarios.[12]

Las noticias sueltas parecen tanto un hecho simple a primera vista como un hecho residual, dejado de lado por la gran Historia. En realidad, su estudio pasa por la historia narrativa para desembocar en un análisis fino del tejido social constituido por representaciones colectivas. Tómese nota, amigablemente, del desafío lanzado recientemente por L. Stone,[13] quien indica que el estudio de las noticias suel-

[12] Sobre la microhistoria, léase el "Manifeste" de Carlo Ginzburg y Carlo Poni en *Le Débat*, núm. 17, 1981, cuya versión completa fue presentada en el Coloquio de Roma sobre "los *Annales* y la historiografía italiana". Esta versión se encuentra publicada en los *Quaderni Storici*, "Il nome e il come", núm. 40, enero-abril de 1979.

[13] L. Stone ("The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History", *Past and present*, núm. 85, nov. de 1979; existe trad. al fr., "Retour au récit ou réflexions sur une nouvelle vieille histoire", *Le Débat*, núm. 4, sept. de 1980) ofrece una amalgama, bajo la

tas demuestra que aun lo anecdótico hace una aportación a la inteligibilidad de las sociedades.

denominación de historia narrativa, de textos que tienen un estatus desigual, descuidando el hecho de que la historia narrativa de ayer tenía como finalidad el relato, mientras que el historiador de hoy puede tomar el relato como punto de partida para realizar un análisis en profundidad.

10. LAS ENFERMEDADES: EFECTOS PERVERSOS DEL PROGRESO

En un mundo unificado por la economía y los medios de comunicación, así como por los microbios, nuestras sociedades están en condiciones de observar los efectos perversos del progreso. Antes de que la ecología empezara a denunciar los efectos perversos del desarrollo económico en el ambiente, ya sabíamos que los progresos de la química o de la física, bajo el disfraz del aprovechamiento de la medicina, servían sobre todo al arte de la guerra. Hoy en día, insistimos en que la explotación del ADN, el alfabeto genético de aquí en adelante descifrable con la clonación, presenta tantos riesgos para un futuro libre como ventajas para prevenir enfermedades crónicas y otras deficiencias.

En esencia, el espíritu del siglo y de la moda impone la ley de las innovaciones, y en Occidente el mejoramiento indefinido de las condiciones de vida confiere sentido a la historia.

Ahora bien, contra todo pronóstico, la crisis de nuestros tiempos ha creado una coyuntura que coloca la gestión social en posición defensiva, cuando hasta estos últimos decenios había sido siempre ofensiva. Fuera de nuestro país [Francia], los dramas sufridos por poblaciones enteras en África, en Bangladesh, son testigos de que el mejoramiento en el nivel de vida de los más desafortunados, aunque posible, sigue siendo una ilusión.

Cuando decimos que hoy en día nuestras sociedades están enfermas, esta aseveración puede tomarse al pie de la letra, en tal grado ha quedado de manifiesto el vínculo entre el estado de salud de las poblaciones y los efectos perversos de toda índole de progreso. Por lo tanto, al estudiar la naturaleza y el contenido de dicho vínculo, nos vemos llevados a cuestionar el porvenir de las sociedades contemporáneas.

Hace cincuenta años, la ONU creó la OMS (Organización Mundial de la Salud), cuyo objetivo es lograr “la salud como un estado de completo bienestar físico, mental y social; no solamente como ausencia de enfermedades o dolencias”. Tal utopía de un mundo globalmente mejor tiene raíces tan antiguas como la historia.

A fines del siglo XIX y principios del XX, junto a los progresos de la técnica y el mejoramiento del nivel de vida, las victorias prodigiosas de la medicina concretaron ese sueño, ya que la ciencia ha logrado curar o prevenir una gran cantidad de enfermedades infecciosas y epidemias. Actualmente, la prolongación de la vida es testimonio de una mejoría en las condiciones de la salud.

La búsqueda del mayor bienestar se ha impuesto como una especie de ideología sustituta, a la manera de la ecología. Además, a menudo se presenta como una de las pocas ambiciones realizables, si no la única: con el fracaso del ideal revolucionario y la crisis de los proyectos sociales, pensar que el cuerpo goza de *mejor salud* es al menos progresar individualmente.

Pero ¿a qué precio?

De aquí en adelante, estos problemas pasan al primer plano de la escena. No sólo sigue aumentando el costo de la salud, sino que al mismo tiempo no ha pasado un año sin que se produzca alguna tragedia: Chernobyl, el sida, las vacas locas. Ahora bien, tales catástrofes son percibidas, mal que bien, como fenómenos tan ligados a la acción de los hombres, a los progresos de la técnica, como a las reacciones de la naturaleza frente a determinadas innovaciones. Uno se siente indefenso ante acontecimientos que, literalmente, parecen sobrehumanos. El desconcierto que suscitan interfiere con las causas de otros aspectos de la crisis que vivimos. De tal manera, hoy en día, haciendo frente a dichas calamidades, los gobiernos están en primera plana.

La evidente relación que existe entre el estado de la salud de las sociedades y su nivel de vida nos lleva a plantear otras preguntas.

Por ejemplo, la pregunta sobre el resurgimiento brutal de ciertas enfermedades contagiosas (sida, ébola, tuberculosis) y, por otra parte, el problema de la reducción comprobada de los gastos de salud en los presupuestos nacionales. Estos fenómenos aparentemente extraños entre sí ¿no serán más bien un vínculo –directo o no– con la revolución inducida por las nuevas tecnologías, las victorias de la ciencia, el desarrollo económico y sobre todo el proceso de globalización? Ahora bien, estas transformaciones son definidas como avances del progreso y de la libertad de los mercados, independientemente de sus efectos y de los trastornos sociales que han causado en estos últimos decenios.

He aquí otro aspecto del problema: en los países desarrollados, las cosas pasan como si el lugar o el objetivo de los grandes conflictos

sociales tradicionales estuviera desplazado. Ayer, el problema se situaba en la explotación del hombre por el hombre y estos conflictos se expresaban ante todo en movimientos colectivos; hoy, casi parece que la enfermedad ha tomado el lugar de la huelga, o al menos se conjuga con ella simultánea o alternadamente, como forma de rechazo social. A veces, la enfermedad se manifiesta como un tipo de resistencia pasiva a la organización del trabajo, a la falta de seguridad, a la presión que ejerce la situación actual. Por no decir que estos elementos se amplifican o complementan mutuamente. En todo caso, la enfermedad es síntoma de un malestar social. Tanto en Alemania como en Francia se generan movilizaciones en torno a la legislación de los reglamentos de salud, así como sobre salarios u horarios de trabajo.

Es en los países en vías de desarrollo donde actualmente se encuentran más del 85% de las víctimas del sida y las epidemias, y cuantas otras enfermedades infecciosas hayan aparecido, aparece un testimonio discreto pero trágico de que estas naciones, llamadas emergentes, toman parte activamente en la globalización.

Ya sea que provenga de países ricos o pobres, la demanda de servicios de salud aumenta sus exigencias. Como es natural, la dimensión de los problemas en un país o en otro no es igual. La sociedad no se desmorona por las enfermedades fabricadas por ella misma. Responder a su demanda, a las exigencias de rentabilidad de los hospitales o de las empresas farmacéuticas crea toda una serie de efectos perversos, tales como ayer provocaba el proyecto revolucionario o el movimiento por la paz mundial. Al igual que la salud de las naciones, la salud de los individuos se ha convertido en un punto central en torno al cual se anudan conflictos y contradicciones.

Un aspecto nuevo de los últimos decenios, situado en medio de un contexto triunfal, consiste en la *venganza* de las epidemias, cuando ya pensábamos en su ineluctable erradicación. Es verdad que los científicos habían observado que la resistencia de las bacterias a los antibióticos no cesa de crecer en correlación al consumo de dichos medicamentos, pero no podíamos imaginar que desde los años cincuenta y sesenta las bacterias pudieran generar otras estrategias de defensa frente a los antibióticos. Ya podemos hablar de una epidemia de resistencia microbiana.

Otro recurso, ligado al progreso de los intercambios, es lo que el doctor Grmek llama *patocenosis*, el restablecimiento del equilibrio entre las enfermedades y la relación que tienen mutuamente en el seno de una misma población. Estos fenómenos se manifiestan a la mane-

ra de los grandes trastornos históricos, como las migraciones de la Edad Media, la llegada de los europeos a América, etcétera. Así, se realiza la "unificación microbiana" del mundo, que culmina en intercambios de enfermedades: los europeos llevaron a los indios el sarampión, la gripe y la viruela, pero se llevaron la sífilis de regreso a Europa. En el caso del sida, ha ayudado a la reaparición de gran parte de las enfermedades infecciosas que la medicina consideraba ya erradicadas. Por estos motivos, la tuberculosis ha vuelto a ser la principal enfermedad infecciosa fatal bajo una nueva forma, más mortal que las enfermedades cardiovasculares o los cánceres.

Por lo tanto, una enfermedad puede resurgir, lo cual significa que puede haber existido sin estar identificada, o también que estaba latente. Un libro destacado, *The Coming Plague* de Laurie Garrett, hace un inventario de las nuevas epidemias aparecidas en los últimos treinta años y entre ellas, únicamente en América, hay una epidemia ligada a un parásito de los circuitos de agua en Milwaukee, centros de infección de estómago debido a un enterococo bacteriano en Nueva York, la reaparición de la fiebre hemorrágica, enfermedad viral de Machupo en el este de Bolivia, un nuevo tipo de fiebre hemorrágica en Venezuela, el avance del cólera hacia el norte, después de su aparición en 1991 en las costas del Perú.

Este último ejemplo, así como la aparición de la fiebre amarilla por primera vez en Kenia, permiten entender no el origen del fenómeno, sino que el momento de su aparición no es más previsible que cualquier otro acontecimiento histórico. En efecto, se ha podido probar que algunos virus se reactivan en relación con fenómenos cósmicos y climáticos que puntualizan su existencia, fenómenos que podemos nombrar pero no prever. Así, en Bangladesh, donde el cólera es endémico, se descubrió una correlación entre los brotes de cólera y una floración particularmente abundante de algas marinas en la costa, aunque el depósito del vibrión sigue siendo un misterio. Estamos presenciando un fenómeno idéntico en la costa oriental del Pacífico, donde puede asociarse con un calentamiento debido a El Niño, ese desplazamiento de masas de aire que producen incrementos en la temperatura del agua de mar. En 1992 se produjo el mismo fenómeno en relación con el calentamiento de las costas de la India y Perú. Así, se ve que se pudo identificar la modificación de las relaciones entre la atmósfera, los océanos y el estado de las costas como un factor capaz de desestabilizar el equilibrio del ecosistema. Sin embargo, tal modificación no es previsible.

Del mismo modo, puede constatarse que en África la reanimación de la fiebre amarilla obedece a una coyuntura igualmente compleja.

La acción de ciclos constituye un factor de imprevisibilidad, cuya existencia no era imaginable al finalizar la segunda guerra mundial. Su descubrimiento se atribuye a la ciencia, al igual que el fenómeno de la resistencia de las bacterias.

No obstante, tampoco era imaginable que mientras la medicina volaba de triunfo en triunfo, el hombre pudiera ejercer una acción nefasta por medio de sus propias actividades, y de esa manera contribuir *en nombre del progreso* a la regeneración de diversas epidemias y enfermedades.

Así, la naturaleza no es el único origen de dicho fracaso. El hombre ha hecho su parte, porque no debe olvidarse que el hombre también forma parte de la naturaleza.

Podemos distinguir cuatro efectos perversos del desarrollo. En primer lugar, la industrialización de los recursos médicos, que en Francia se reveló en el caso de transfusiones sanguíneas, algunas de cuyas víctimas fueron los pacientes hemofílicos. Antes de que existiera la industrialización del comercio de la sangre, los riesgos de contaminación quedaban limitados a las personas que recibían la transfusión; la industrialización, por razones económicas, lleva a acumular sangre proveniente de varios donantes, lo cual acrecienta los riesgos de contaminación. Más aún, en países donde la donación de sangre era gratuita, nunca se pensó que la donación generara tantos riesgos. A gran escala, las campañas contra la malaria tuvieron efectos desastrosos para el hombre, cuando se sustituyó el *malathion* por el DDT. Las muertes afectaron básicamente a las personas que ayudaron a poner en marcha el programa sanitario.

Estos ejemplos tienen que ver con la actividad ligada a la lucha contra los parásitos. Como vemos, el desarrollo económico propiamente dicho también ha tenido efectos perversos desde que llegó a cambiar la vida de determinadas sociedades. La construcción de grandes represas de agua, que entre otros factores se consideraba como previsión y garantía de progreso, permitió desde luego el crecimiento de zonas de riego, pero también la proliferación de los moluscos que causan *bilharziosis.* Bolivia ha experimentado un fenómeno de la misma clase, llamado *tifus negro.* El problema del agua en las grandes ciudades se revela también como factor esencial de morbidez. Sus efectos se aprecian también en África, pero el caso de México resulta ejemplar. La antigua fuente de agua potable de la capital, Tula, quedó

contaminada a tal grado que cientos de miles de habitantes fueron infectados por un parásito que habita en los desagües y aguas estancadas. Desde los años ochenta, la infección llegó a Los Ángeles transportada por viajeros; en esa ciudad se contaron quinientos casos de *cisticercosis*, una enfermedad parasitaria producida por las larvas de las tenias de los cerdos.

La ruralización de las ciudades, lo cual es considerado como un progreso, también tiene efectos perversos sobre la salud: ya sea el caso de gente infectada que penetra en zonas sanas, o personas infectadas que penetran en una zona no endémica, aunque posea vectores transmisores, o gente infectada que penetra en una zona endémica, etcétera.

El último ejemplo perverso de los efectos del progreso es el de la excesiva rigidez de los programas de desarrollo, tal como se dio en la antigua URSS y que generó su propio retroceso.

El caso de la Unión Soviética resulta revelador para los riesgos que corre una población cuando, en el nombre de una idea particular del desarrollo que da primacía a los grandes proyectos, un régimen sacrifica las bases mismas del bienestar cotidiano de sus ciudadanos.

Si bien es verdad que el desarrollo de los armamentos y los efectos de la globalización contribuyen a desequilibrar los presupuestos y la economía de un país, estas decisiones pueden tener efectos catastróficos sobre la salud de los ciudadanos: el caso de la antigua URSS es un triste ejemplo.

ÍNDICE

formado con fuentes new baskerville 10/12
por susana leal
edición a cargo de daniel gigena
impreso en cargraphics
20 de octubre de 2003